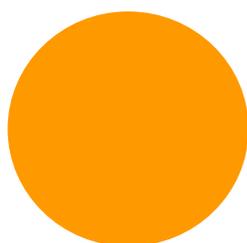

Dossier 52



Ser de un club



Dossier 52

Editorial	3
La rabia será arder: Los versos explosivos de Pedro Montealegre	4
Pedro Bahamondes Chaud	
Luis Chitarroni: Una serie de conversaciones inconclusas	18
Cristián Rau	
Plumas donde hubo piel lisa	24
Alejandra Costamagna	
Vitrina: Viejos zorros	26
Alfredo Sepúlveda C.	
Yanko González: «Una editorial universitaria no puede ser un acuario endogámico»	32
Jennifer Abate	
Las baladas de György Faludy	38
Florencio Ceballos	

Dossier: Ser de un club

La palabra del café	48
Claudia Urzúa	
Pasión y pertenencia: el extraño mundo de los fanáticos de la ópera	54
Roberto Herscher	
Falso club de lectura	59
Oficinismo	
<i>Swish</i>	67
Gabriela Alemán	
<i>Por la patria, Dios y la universidad</i>	70
Paula Arrieta Gutiérrez	
Patadas en la raja	75
Galo Ghigliotto	
El club de la alegría	79
Pía Supervielle	
El club fantasma	82
Jacobo Zanella	
El spot: La mesa Té Club	86
Florencia Doray	
Tres columnas	90
Jonnathan Opazo, Alejandra Moffat y Gazi Jalil	
¿Qué estás leyendo?	94
Jorge Rojas, Josefina González, Claudia Jara Bruzzone, Alberto Arellano y Nayareth Pino Luna	

Revista Dossier N°52
Septiembre de 2023

Facultad de Comunicación y Letras

Vergara 240, Santiago de Chile, 8370067
Teléfono: 2 676 2301
revista.dossier@mail.udp.cl

Directora

Marcela Aguilar

Editora

Andrea Palet

Consejo editorial

Álvaro Bisama

Alejandra Costamagna

Cecilia García-Huidobro McA.

Leila Guerriero

Rafael Gumucio

Alejandro Zambra

Asistente editorial

Danay Mariman

Agradecimientos

Página 4: Emiliano Valenzuela

Página 18: Foto cortesía de La Bestia Equilátera

Página 32: Diego Rivas

Página 38: Museo Literario Petöfi

Página 48: Nicolás Gutiérrez, Devin Avery, Brigitte Tohm (Unsplash)

Página 82: Portrett av Karl Ove Knausgård, av Dons, S.,
Aftenposten, NTB scanpix. CC BY-NC 4.0.

Diseño

Rioseco & Gaggero

Impreso en A Impresores

ISSN: 0718-3011

Inscripción en el registro de propiedad intelectual N° 152.546

Pertenencias

Pertenecer. Este número de *Dossier* da vueltas alrededor de esa idea: qué significa ser parte, qué se sacrifica por lograrlo, cómo te marca el fracaso en ser del club. “Quizás sea mejor/balancearse con una soga/al cuello”, propone Pedro Montealegre en su poema «Año de mierda», citado por Pedro Bahamondes al contar su historia. Vida de mierda cuando no te publican, no te invitan, no te incluyen. ¿Cuánto debe alguien desdibujarse, deformarse, para ser aceptado en un club?

Faludy, en el lúcido perfil de Florencio Ceballos, escribe en magiar hasta el final y rechaza las traducciones, aunque solo en Hungría puedan leerlo. Ese es su lugar, allí pertenece: «En húngaro sabía lo que erdó quería decir, y no era el woods inglés, era otro bosque, tenía otro olor, otra sombra, otro ruido, que quedaba reservado a los hablantes húngaros capaces de sentirse en casa entre esos verbos endemoniados terminados en ik, entre sus veinticinco consonantes y catorce vocales, sus mil combinaciones posibles de c, s y z».

¿A qué tribu pertenece Chitarroni? Cristián Rau no logra dilucidarlo. Chitarroni convierte un diálogo con él en un encuentro con el oráculo («¿Tan críptico soy? Caramba, voy a tratar de moderarme, pero es como preferiría seguir adelante. Probablemente no pueda hacer otra cosa»).

Alejandra Costamagna retoma conversaciones con su madre, con *Las mil y una noches*, con Hebe Uhart. En buena compañía, pide que le salgan plumas nuevas al leer, al escribir. «La lectura y la escritura como transformación en el lenguaje y como festín de lo desconocido. Decirle al ojo: mira eso, todo eso, como si fuera la primera vez que lo haces».

Clubes de lectura virtuales o ficticios. Comunidades de fanáticos. Feligreses, correligionarios, compatriotas, compañeros. Ser magallánico, ser melómano. Obsesionarse con el básquetbol hasta el dolor, amar el café hasta el hartazgo. Incluso las formas tradicionales de pertenecer tienen, si se las mira de cerca, algún rasgo estrafalario, alguna dosis de locura.

Es una locura tibia, entrañable. La fantasía del vínculo. Una idea que, a comienzos de los 90, tomó forma en un aviso publicitario que mostraba una larga mesa de chilenos y chilenas que compartían el té. Todos, parte del mismo club. Una mesa ecuménica, alegre, sin conflictos, como relata en su crónica Florencia Doray. Pero la realidad es fragmentaria. Los clubes brotan, se multiplican hasta el infinito. Sentarse a la mesa o patearla: por estos días, hay muchas formas de pertenecer.

Marcela Aguilar



La rabia será arder

Los versos explosivos de Pedro Montealegre

Pedro Bahamondes Chaud

«¿Qué pasaría si muriéramos aquí mismo y le estropeáramos la presentación a Cecilia Vicuña?»

Era viernes, pleno verano del 2015, y la destacada artista y poeta chilena, radicada en Estados Unidos desde los 80, estrenaba una performance en la Galería D21, en Santiago. El lugar estaba lleno y sofocado de artistas, críticos y un enjambre de groupies. Desde un extremo, Montealegre balanceaba su copa de vino y seguía atento la escena, que en su cabeza daba un giro inesperado y bizarro. Dos amigas que lo acompañaban notaron que andaba de un humor particularmente ácido y descreído esa noche.

Más tarde terminaron compartiendo en un bar de Providencia. Lo invadía una extraña mezcla de suspicacia, hastío y decepción, decía él. Acababa de recibir la evaluación de una beca de escritura a la que había postulado; no solo lo habían rechazado sino que lo habían tratado con la punta del pie. El mismo ninguneo sentía de parte de ciertos poetas que lo adulaban en lanzamientos y lecturas y que luego lo insultaban en posteos nocturnos por las redes sociales. También solía despotricar contra las editoriales locales, que no le daban ni las gracias cuando les hacía llegar sus manuscritos.

Más angustiado lo tenía una biopsia de hígado –una fotocopia de su corazón, decía– que le iban a tomar la semana siguiente, después de meses en una lista de espera en el Hospital Salvador. Años antes se había sometido al mismo

examen y lo recordaba como una tortura. Estaba aterrado.

Con los tragos y la conversa logró relajarse. Parecía ilusionado por la publicación de dos libros suyos en Chile, aparecían proyectos y de a poco retomaba el ritmo después de su milagrosa recuperación tras pasar algunos meses entre la vida y la muerte, hospitalizado a causa de una encefalopatía y otras complicaciones gatilladas por el sida: ahora ya no usaba bastón para caminar y había vuelto a ver.

Bien entrada la madrugada, cuando se despidió, tenía otro semblante. Tomó su bicicleta y se echó a andar por Pedro de Valdivia al sur hasta desaparecer entre los cálidos destellos de la noche.

Al día siguiente, el aviso golpeó a todos: el poeta Pedro Montealegre, el autor de *Retrocrometa* y *Opus morbo*, virtuoso tarotista y mago, se había ahorcado en la casa de su madre. Días antes había respaldado todos sus textos en mails y un pendrive y los había entregado a amigos poetas, que desde entonces asumieron la labor de difundir su obra.

De vuelta

Estuvo doce años radicado en España. Allí se casó –con el valenciano Manuel Gutiérrez– y publicó la mayor parte de sus libros, ganó premios, fue editado y antologado en México y sus libros se distribuyeron someramente en

Latinoamérica. Sin embargo, y a pesar del creciente interés que despertaba su obra, seguía siendo un desconocido. Solo uno de sus libros se había publicado en Chile hasta ese momento. Otros quedaron en editoriales como lectura pendiente o corrían fotocopiados entre estudiantes de Literatura y talleres de poesía queer.

El poeta y periodista nacido en Santiago en 1975 acababa de divorciarse cuando volvió al país, el 31 de diciembre de 2013. Decía que estaba medio ciego y sordo, y además cojeaba, pero no perdía encanto ni temple. Renegaba incluso de su nombre: se hacía llamar Pako Latorre. «Estaba irreconocible. Era ver un fantasma. Decía “Traigo un prontuario, mamá”. Fue la manera que encontré para decirme que poco menos que se estaba muriendo. Pedro era así, tenía un humor brillante y al mismo tiempo muy oscuro, de temer. No tenía filtro, ni siquiera en un momento límite de su vida como ese», dice su madre, Eugenia Latorre.

Han pasado ocho años y aún le cuesta hablar de él, dice mientras recorre de arriba abajo y en un largo silencio un enorme librero de madera en el que abundan enciclopedias, títulos de teoría psicoanalítica, terapias alternativas y lectura del tarot. Es psicoanalista y su consulta está ubicada en la misma casa antigua —de un llamativo color calipso, cercana al Parque Juan XXIII— donde Montealegre vivió en su adolescencia y a la que llegó a instalarse a su regreso.

«Acá casi no hay libros suyos. He intentado leer varias veces su poesía, pero es doloroso hurgar en ella. Es lo más parecido a entrar en su cripta. Me pasó con *Opus morbo*, su libro de la enfermedad. Empecé a leerlo y me reventé. Hay muchas cosas ahí que a estas alturas prefiero no saber y otras tantas que no entiendo.»

El dormitorio de su hijo («Fue ahí donde Pedro se mató») es la habitación contigua a la oficina: pequeña, oscura, sin ventanas, con un baño. La recorre un frío rotundo y anexo al cálido ambiente que recorre el resto de la casa. Nadie duerme ahí y el espacio está convertido en bodega. Algunas de las pertenencias del poeta —libros y documentos de todo tipo, no su preciada colección de cartas del tarot, compuesta por al menos doce mazos, que heredó a una de sus hermanas— están en un clóset. No dejó nota ni carta suicida, sí un testamento.

Donde iba, Pedro hacía aparecer pequeños altares rodeados de piedras multicolores, esferas

de vidrio, figuras de Buda, inciensos y lechos protectores de sal marina celeste, que sostenía que limpiaban las malas energías. Así lo mostraba en las fotografías que compartía en su cuenta de Instagram, una de las varias ventanas virtuales que abrió y que aún permiten asomarse a su intimidad.

«Su suicidio no fue un acto de locura ni un gran acto final poético, como me han dicho en estos diez años. Me enteré de que había estado dando señales en Facebook de que quería matarse. Algunos de sus amigos ya lo sabían; Pedro les avisó y además les dejó sus inéditos y todo su archivo. Él sabía que tenía un tumor en el hígado. Le daba terror tomarse el examen. Pedro se mató y a la semana siguiente lo llamaron del hospital. Fue muy duro, sigue siéndolo.»

Ya reinstalado en Santiago, decidió casi no existir públicamente. No quería ver a nadie y apenas salía a dar breves paseos junto a su madre y su pequeña sobrina, quien aprendió a caminar al mismo tiempo que su tío poeta recuperaba el andar. Se refugió en sus lecturas, escrituras y alter egos virtuales.

No sé explicártelo. No sé el índice
Que te hará pulsátil, como una tecla,
Una piedra tragada por el jilguero:
Lo hace sonar cuando remonta
A punto de abrirse. No estoy seguro
De romper la cáscara correcta, cuando
Las cortinas se inflan por el aire
Como embarazadas, la calle detenida
Sobre una bacteria: la simplicidad de enumerar
Lo que brilla en la punta del grafito.
Es tachadura —su propia vergüenza—
Su visible mordedura. Nombre de ingerir.
La caída: nombrar lo otro. (*High lands*)

Su madre lo había introducido en el tarot; más tarde leyó *El gran libro del tarot* (1998) del escritor, astrólogo y parapsicólogo Emilio Salas, que lo expandió a otras lecturas además de la del tarot de Marsella, el que más usó. Se volvió asiduo de un extraño local en la calle San Antonio que es cuchillería y al mismo tiempo un emporio esotérico donde humea eternamente el nag champa y las figuritas de la Virgen, los dioses hindúes y la Santa Muerte se venden como marraquetas crujientes.

Tirar las cartas se convirtió en un trabajo y en savia para su poesía. Tenía fama de ser bueno,

No volvió a ser el mismo: se hacía llamar Pako Latorre, quería escribir poesía comercial para ganar dinero y tatuarse una gran ave fénix en la espalda.

de ofrecer las mejores lecturas. En su fantasía, Montealegre decía que había heredado la magia. Que era hijo de un mago negro y una bruja blanca.

En paralelo, se puso en contacto con editoriales y terminó reuniendo lo esencial de su obra en un pendrive, que entregó a uno de sus amigos más cercanos, el poeta y editor Nicolás Labarca. Los demás recibieron todo por correo electrónico.

El diminuto dispositivo contiene quince títulos —incluidas versiones preliminares de los seis poemarios que ya había publicado en Chile, España y México—, además de nueve inéditos y otros documentos, como el borrador de su tesis doctoral sobre Roberto Bolaño y el esbozo de lo que parecía ser una primera novela, *Cuarenta grados de papel*.

«Aún no se ha podido establecer el orden cronológico en que produjo cada título. Es difícil de dilucidar, sobre todo después de *High lands*», comenta Labarca, de Cuadro de Tiza, sello que en 2017 publicó *Opus morbo*, que Montealegre escribió mientras estuvo internado en el hospital de Valencia, en 2012.

Una cronología tentativa

1. *Santos subrogantes* (UACH, 1999).
2. *El hijo de todos* (Ediciones del 4 de Agosto, Logroño, 2006).
3. *Animal escaso* (primera versión, inédita).
4. *Animal escaso* (segunda versión, Ediciones Idea, Palmas de Gran Canaria, 2010).
5. *La palabra rabia* (Denes, Valencia, 2005 / Kormorebi, Valdivia, 2019).
6. *Transversal* (El billar de Lucrecia, México D.F., 2007 / Marisma, Madrid, 2018, junto a *Opus morbo* / Aparte, Arica, 2021).
7. *La pobre prosa humana* (Amargord, Madrid, 2013).
8. *Opus morbo* (Cuadro de Tiza, Santiago, 2017 / Marisma, Madrid, 2018).

9. *Cuarenta grados de papel* (proyecto de novela, escrita en paralelo a *Opus morbo*, inédita).

10. *High lands* (inédito).

11. *11:30* (publicado como *Buenas noches, buenos días* por Libros del Pez Espiral, Santiago, 2015).

12. *Retrocometa* (Garceta, Santiago, 2016).

13. *Flores de ulmo* (inédito).

14. *Ombú* (inédito).

15. *Un retablo para el Bosco* (inédito).

«Si uno piensa a un autor más allá de su impronta y se centra solo en su obra, Pedro abrió caminos entre distintas tradiciones y generaciones poéticas. No solo construyó un universo y una obra importante, sino que se aseguró de dejar varios proyectos en marcha antes de elegir morir. Y no creo que hoy su nombre evoque solo un mito por el hecho de haberse suicidado. Su obra ya estaba siendo leída y probablemente si estuviera vivo sería otra la historia.»

En 2014 lo ingresaron a la sección de Infectología del Hospital Salvador. Seguía firme en su negativa a la triterapia, al igual que en España. Tuvieron que obligarlo, aguantar pataletas, hasta que lograron convencerlo. Cuando accedió y comenzó a tratarse su salud mejoró rápidamente. «Los médicos decían que era un milagro que recuperara la vista y pudiera caminar tan pronto, pero Pedro no solo tenía el cuerpo roto sino también su alma. Eso nunca sanó en él», afirma Eugenia, quien revisando entre sus cosas después se encontró con un texto de puño y letra de su hijo. «Lista de las cosas que no me gustan», era el título. «Decía: “No me gusta que me mientan ni me gustan los medicamentos”. Hoy pienso que es probable que nunca haya tomado sus pastillas ese último año.»

El 31 de diciembre de 2014, dos semanas antes de quitarse la vida y un año exacto después de su regreso, pasó su último Año Nuevo entre amigos. Aportó a la cena un pollo marroquí, una

de sus recetas infalibles, y compartió un nuevo libro en el que estaba trabajando, un anillado que llevaba por título *Un retablo para el Bosco* y que podría ser lo último que escribiera. En su desvelo, horas más tarde, publicó el siguiente mensaje en Facebook, otra compuerta al puzle irresuelto del premeditado desenlace de su vida.

Año de mierda.

Todos con el asunto
del balance:
quizás sea mejor
balancearse con una sogá
al cuello.

Praderas y libros

Pedro Montealegre nació en una clínica de Providencia el 19 de agosto de 1975. «Estaban floreciendo los aromos», recuerda su madre. «Pedro era un sonrisal, un bebé muy tranquilo, pero creció y se convirtió en un niño frágil, extremadamente tímido y retraído. Era muy hermoso, con unas pestañas largas, tupidas, y una mirada magnética. Un niño accidentado, algo torpe también (ríe). Él escribió mucho sobre su niñez en uno de sus últimos libros, *Flores de ulmo*, donde recordó una vez en que se me perdió y no lo podíamos encontrar por ninguna parte.»

¿Quién se acuerda de los hermanos Montealegre, en la ciudad de los ríos, comiendo mollejas y corazón de vacuno para ahorrar unos oritos de la olla de los duendes?, ¿quién se acuerda de Pedro Francisco, guagüita y gateando, perdido entre malezas, mojado y sucio con su chaleco blanco, gracias al cual lo pudieron encontrar, mientras que su abuela pensaba que era un conejo?

Con pocos meses de vida sus padres desertaron de sus estudios en la Escuela Industrial y se trasladaron al sur en busca de oportunidades para solventar a la familia, que crecía rápidamente. Consiguieron trabajo en la Lechera del Sur, y con ayuda de sus padres arrendaron un fundo en Puerto Varas, donde había una pequeña casa de madera y una gran huerta con una treintena de árboles frutales, una chanchera, cajones de abejas y cientos de hectáreas de pradera. Inmersos en ese pulmón verde atravesado por el lago Llanquihue están los primeros recuerdos

del poeta. Tras su muerte, allí también fueron esparcidas sus cenizas.

Verano en el Llanquihue. Tostados y despellejándonos. Pequeñas láminas de piel se elevaban con la brisa. Miren, les dije: llevo oro por dentro.

Yo he visto la matanza de los chanchos en casa, y cómo nos dejaban la testa del bicho –a mi hermano y a mí– para pelarla entera y faenarla y cocinarla. Hacíamos junto a las patas un cocimiento espeso. Formábamos un queso de cabeza exquisito, consistente como el sol. El milagro de la gelatina, la redención del cartílago. ¿No han sentido el olor dulcísimo del chicharrón cuando se hace lentamente en la olla? Resulta embriagador, y cuando están listos, relucen como brasas en las tortillas, milcaos, los chapaleles tiernos. He ayudado a castrar sin miedo a los animales, el olor de semen es sabroso y el barro. He cogido con mis hermanos manzanas plátano y manzanas limón de nuestro jardín enorme. Ay, las ciruelas corazón de paloma; mi madre ha hecho kúchenes memorables de luz. Hemos recogido grosellas chilenas, parras rojas de fuego bermellón, de arbustos que levitaban como un grano de aire. (*Flores de ulmo*)

Estudió en el Colegio Germania de Puerto Varas, donde se le educó a la antigua, con disciplina prusiana y una doctrina religiosa impuesta a punta de reglazos en manos y piernas.

Los maricas como yo hablábamos hacia dentro. Los alemanes imbéciles exaltaban su raza aludiendo a mi pacto con el mal de todos. Llorar en clase mientras los hipocampos luminosos hacían compañía al caldillo de la peste.

Su madre pensaba que iba a ser pintor: «Tenía una sensibilidad impresionante con los colores. Se encerraba horas dibujando y perdiéndose en esos mundos paralelos que él creaba (...) Supongo que así evadía todo lo que le hacían en ese colegio. No se hablaba de bullying en esa época, pero lo molestaban mucho por ser un niño distinto».

Tras la abrupta separación de sus padres vuelve a Santiago a los catorce años, a la casa de sus abuelos maternos en un silencioso pasaje cercano a la calle Juan Moya, en Ñuñoa. Su abuelo Sergio Latorre era un conocido crítico literario,

Algunos de sus amigos ya lo sabían; Pedro les avisó y además les dejó sus inéditos y todo su archivo.

contemporáneo y amigo de Alone (Hernán Díaz Arrieta). Escribió en *Última Hora* entre las décadas del 50 y el 70. Su abuela había sido directora de la Biblioteca del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. El poeta creció entre rumbas de libros.

«Leía todo lo que había aquí en la casa, poesía y novela chilena recién publicada, autores latinoamericanos y muchos anglosajones también. Mi papá era muy receloso con su lugar de trabajo y Pedro sentía mucha curiosidad por lo que él hacía, y solo con él era más permisivo.»

En el colegio Calasanz fue un alumno promedio, de 5,5, aunque destacó en artes plásticas. Ya en plena adolescencia comenzó a escribir. Su primera lectora y crítica fue precisamente su madre: «Me mostraba sus primeros textos, y con mi látigo materno exigente y demandante yo le decía: esto no es poesía. Lo que tú escribes parece un diario de vida». A los dieciocho años termina el colegio y planea estudiar Arte, pero su padre no se lo permite. Vuelve entonces a Puerto Varas a estudiar Periodismo en la Universidad Austral y se instala junto a dos de sus hermanos en una cabaña al interior de una residencia universitaria en pleno centro de Valdivia.

Las aves agoreras cantan mal si te olvido
me recuerdan que la muerte es una sola belleza
no tiene explicación con poesía ni pastos
cantan mal si te olvido los grillos
los insectos que se esconden en los troncos
los cardos los helechos la ciudad
es un recuerdo que me sube por el hombro
las aves agoreras cantan mal si te olvido
tu recuerdo es doloroso por su solo esplendor
me trae tu aroma entre estas hojas invisibles
con clavos de olor será crucificado. (Flores de ulmo)

Hizo su tesis sobre Alone y luego casi no ejerció su profesión. «No creo que Pedro haya querido realmente ser periodista, pero fue la única forma que encontró para escribir y estar cerca de las letras», opina el poeta y traductor Rodrigo

Olavarría, amigo suyo desde que se conocieron en febrero de 1995, en el festival Arcoíris de Poesía de Puerto Montt, al que por esos años asistía gente como Jorge Teillier, Manuel Silva Acevedo, Malú Urriola, Soledad Fariña y Soledad Bianchi.

Olavarría tenía quince años. A pesar de la diferencia de edad, engancharon por el amor que sentían por la poesía y la temprana inquietud por lanzarse a escribir. «Éramos los más chicos, un par de mocosos engrupidos con la poesía.» El festival era una de las escasas actividades literarias en una época en que casi no existían editoriales ni talleres. «Duraba cinco días y daban alojamiento y comida en los hogares que pertenecían a los liceos públicos, donde también se hacían las actividades. Lo organizaba un gran poeta callejero y humorístico de Puerto Montt, Nelson Navarro, e iba desde lo más selecto y consagrado hasta lo más freak y outsider. Entre estos últimos estábamos Pedro y yo.»

Los poetas más experimentados solían hacerles el quite, «sobre todo por un tema de clase. Con Pedro veníamos de colegios privados y nos miraban en menos, nos encontraban cuicos, pero al poco tiempo él enganchó con algunos de ellos, y así logramos entrar a ese grupo interdisciplinario de poetas que ya estaba constituido y que se llamaba Quercipinión».

Partieron siendo cinco y llegaron a ser entre doce y quince los poetas que al comienzo se reunían los jueves en la Biblioteca Matías Yuraszeck, en el centro de Puerto Montt. Hacían trabajo de taller; escribían, leían, se comentaban y corregían, y luego bajaban por cervezas a la botillería del primer piso para continuar la noche en fiesta y guitarreo. Poetas argentinos y mochileros andinos que andaban de paso se sumaban cada tanto a la juerga.

Quercipinión

En 1997 aparece *Cinco pájaros de un tiro*, publicado por Quercipinión, que reunía a más de una docena de nuevas voces del sur, como Julieta

Paredes, Manuel Moraga, Nelson Reyes, Jessica Droppelman, Daniela Bahamonde, Rodrigo Olavarría, Johnny Soto y Pedro Montealegre. Fue la primera vez que sus poemas aparecían en un libro. Dos años después, el grupo salió de gira en bus directo a Antofagasta, gira que de vuelta fue deteniéndose en La Serena, Valparaíso, Santiago y Concepción. «Presentábamos en cada lugar una especie de performance colectiva. Quercipinión fue un laboratorio de experimentación para todos los que pasamos por ahí. Pedro, que partió muy tímido, cantaba la raja y tenía una veta histriónica que desarrolló bastante durante ese periodo. Sus lecturas eran bien osadas para la época», cuenta Olavarría.

A partir de ese momento sus poemas estallaron como esquirlas y comenzaron a circular; primero en la antología *Neruda, la lluvia y el río* (UACH, 1997) y luego en *Hipocampos* (Eva, 1998), entre otras. En 1998 apareció además su primer libro, *Santos subrogantes*, el único que publicará en vida en Chile.

La obra aborda la búsqueda de la perfección de la vida espiritual a través de diálogos consecutivos con Dios, el demonio, el hombre, la mujer y del autor consigo mismo. En la primera parte hay versos cortos que apelan al ingenio, al *knock out* del que hablaba Cortázar, estructura que convirtió en un sello de su obra y que el poeta y académico español Antonio Méndez Rubio define como «poema-remolino: se traga a quien se descuida, y está como rogando ese descuido en la lectura; su voracidad, como la del lobo de las fábulas infantiles, no tiene límites, por eso es verdadera».

En la segunda parte desarrolla una serie de salmos con una prosa más reposada, aunque sin perder ritmo ni su carácter simbólico y dramático, expulsado como un alarido.

Ya en *Santos subrogantes* «están claramente expuestas las dos vertientes de su poesía: el poema corto y en verso, y el poema largo en versículo y en prosa, que no están contrastados en su obra sino que dialogan sinuosamente. Ese es sin duda su gran descubrimiento formal», dice el poeta y académico Javier Bello, otro de sus grandes amigos desde esos años.

No me tienes que echar a lanzazos
cierto es que me flagelé como tu hijo
y me quedé hundido hasta la rodilla en esa poza
qué le voy a hacer. Hoy los santos subrogantes

se ofertan a gritos. Pero yo no soy de ellos.
Yo en verdad sangré por ti. Yo sentí los clavos
de ese viernes atroz. Tú verás lo que te pierdes.
(...)

No sabes de esta herida que se arrastra por las
púas: soy yo quien se retuerce en las aguas del
bautismo. Quiero liberarme del carbón y de su
espada: soy yo y tú lo ignoras con tu mano de
mendiga. Me vuelves esa patria que hay detrás
de las tabernas; quieres que te cuiden de mi
herida que se arrastra. No precisas detonar mis
botellas para que tu muerte vista de novia.

Su estreno no tuvo gran difusión, pero tampoco pasó del todo desapercibido: «Toda una revelación» escribió Jessica Atal en *El Mercurio* en 2000. La crítica elogió su escritura barroca y desenfadada, e identificó la herencia de algunos de los padres de la poesía chilena; los ecos desgarrados de de Rokha, la apuesta desafiante y lúdica de Huidobro, la magnitud alegórica de Manuel Silva Acevedo. De hecho, en sus documentos personales Montealegre destaca la influencia en su obra de Huidobro, Mistral y, con mayor fuerza, de Rokha. Asimismo reconoce no sentirse atraído por otros poetas como Gonzalo Rojas o Juan Luis Martínez. Prefería la «poesía ingeniosa y de oído» de Enrique Lihn.

Javier Bello sostiene que Montealegre era un poeta altamente formal, «no en términos canónicos sino un poeta excesivo cuyo exceso está contenido dentro de una continuidad musical y de pensamiento. Tenía una gran capacidad de asimilación y se formó en la escuela del poema corto de los 80, heredera de los poetas del 60 –Gonzalo Millán y Floridor Pérez, especialmente–, aunque con ciertos rasgos de militancia y el lenguaje de censura-autocensura de Enrique Lihn. También hay imágenes que son de los poetas metafísicos –Rosamel del Valle, Humberto Díaz-Casanueva–, pero llevadas al contexto político de su tiempo... E incluso algo de García Lorca, por la imaginería religiosa, popular y esa moral sexual mezclada con el deseo, que es homosexual».

Comenta Bello, que lo conoció en Valdivia en el verano de 1999, que la tragedia familiar es el gran motivo: «Claramente el sujeto con el que está dialogando es el padre abusador, el padre violento y el padre morboso que también castra y marca. Y es un reflejo del padre Dios, de la divinidad masculina, un personaje que está muy

En su fantasía, Montealegre decía que había heredado la magia. Que era hijo de un mago negro y una bruja blanca.

bien definido en *Santos subrogantes* y que estará también en *La palabra rabia*, *El hijo de todos* y *Animal escaso*. En todos ellos».

Situar su obra en el mapa de la poesía chilena es un ejercicio que incluso a sus cercanos les resulta complejo. Aunque se lo suele asociar a la Generación de los 90 o de los «náufragos» (Alejandra del Río, Damsi Figueroa, Marcelo Pellegrini, Andrés Anwandter, Gustavo Barrera, Alejandro Zambra y el propio Bello), algunos coinciden en que Montealegre se apartó geográfica y estéticamente de las propuestas que dominaron la escena local y que luego dieron paso a la Novísima Poesía Chilena.

Algunas de esas mismas diferencias precipitaron la disolución de Quercipinión, cuenta Olavarría. «Había tensiones estéticas en el grupo porque la mayoría, los más viejos, tenían una corriente a partir de autores de la Generación de los 80, Malú Urriola, Sergio Parra y otros, que, en términos bien llanos, era deudora de Nicanor Parra y de Ernesto Cardenal. Pedro los había leído a todos, pero para él y varios de nosotros eran referencias demasiado ombliguistas. En lugar de eso, estábamos leyendo un montón de poesía que no era chilena y nos empezamos a juntar a espaldas de los demás. Pedro, Javier y yo nos considerábamos herederos del surrealismo y del barroco, pero también de influencias antiguas. A Pedro le encantaba Allen Ginsberg, por ejemplo, o Emil Cioran, muchísimo, o también los buenos poetas españoles que eran desconocidos aquí y que conocimos gracias a Javier Bello, como Juan Carlos Mestre. Todos ellos influyen muchísimo más en la obra de Pedro.»

Quercipinión siguió presentándose en distintas ciudades hasta 2001. El poeta Héctor Hernández Montecinos cuenta en *Los nombres propios: Materiales para un ensayo de vida* (Ril, 2018) una de esas últimas actuaciones y su primer y fugaz encuentro con el poeta en Valdivia.

En la Universidad Austral había un congreso académico sobre literatura chilena y fuimos.

Conocí a los poetas del sur, mayores y jóvenes. Recuerdo una lectura de un grupo de chicos de mi edad llamado Quercipinión. Uno de ellos era Pedro Montealegre, de quien me enamoré perdidamente. Su poesía era fruición de significantes que parecían pequeños animales. Nos besamos y nos fuimos a un parque frente al río. Fue la primera vez que me mamaban. Yo tenía el pelo decolorado y usaba un collar de semillas. Él partía no en mucho a España a juntarse con su novio. Le pedí que no viajara, lo pensó, pero debía irse.

Monté-Alegre La-Torre

Tenía 22 años y no le había contado a nadie que era gay. «Él se mostraba súper straight y nos contaba sus dilemas amorosos con la hija de un poeta de Valdivia a la que todos amábamos», dice Olavarría, pero vino el verano de 1999, la escritura de su primer libro, su tesis sobre Alone y haber conocido a Javier Bello, «que se convirtió en la madre del grupo y de todos. Nuestras vidas y la suya fueron otra después de ese verano».

Antes de que cada uno volviera a lo suyo, fueron una noche a bailar a una discoteque gay en la calle Rengifo. Era una antigua casona de tres pisos y en el primero había mesas con teléfonos. Los baños eran, desde luego, el escenario del cruising. Días después, sigue Olavarría, «estábamos en una lectura de Francis Ponge y hablando del éponge, y cuando le tocó a él se mandó un “Monté-Alegre La-Torre”. Así fue como salió del clóset».

Pronto inició una relación a distancia con su futuro marido. «Nos conocimos por internet en octubre del año 2000», dice Manuel Gutiérrez, que hoy trabaja como administrativo en una empresa de telecomunicaciones, aunque hasta hace poco se dedicaba a la política. «Pedro tenía la ilusión de hacer un doctorado y esa fue la manera en que acordamos que viniera, la más sencilla para conseguir su documentación. En noviembre de 2001 ya estaba aquí y se matriculó en la Universidad de Castellón, en el Doctorado

en Lengua y Literatura Hispánica, pero nunca llegó a terminar.»

Los primeros tres años la pareja vivió en casa de los padres de Manuel en Manises, Valencia, un barrio pequeño y famoso por su monumental arquitectura de piedra y sus tradicionales piezas de cerámica. Nadie sabía que Pedro era su novio, ni siquiera que era gay. «Yo no había salido del clóset, en España aún no se legalizaba el matrimonio gay y tampoco tenía independencia económica. Pedro había estado cogiendo pocas materias en el doctorado para que se alargara su estancia aquí, y tuvo que ser así hasta que logramos casarnos en 2005.»

Al comienzo consiguió trabajos esporádicos como asistente de cocina o atendiendo un cibercafé. «Gastaba todo en libros», recuerda Gutiérrez. Los estudios no eran su prioridad: quería desarrollar su obra. La mayor parte del tiempo la pasaba en casa escribiendo y leyendo, metido en la cocina, jugando Warcraft, chateando o alimentando su recién creado blog. Activo hasta hoy, ese blog es otro pasadizo a casi siete años de su vida. Publicaba situaciones de la vida doméstica, recetas de cocina, fotos, dibujos y citas de sus autores predilectos —Foucault, Gertrude Stein, Beatriz Preciado (hoy Paul), Juan Filloy—, comentarios de libros, la mayoría de poetas chilenos cercanos, como Carmen García, Paula Ilabaca o Nicolás Labarca, opiniones de la coyuntura política e incluso vistazos y aproximaciones a su propio proceso creativo.

Tengo frío. Los días en Manises son cuadrados como los edificios de departamentos (las fincas como les llaman aquí); anguloso, aritmético, el frío es cuadrado como el televisor, como el aparato para hacer hielo de los refrigeradores. Dylan Thomas sigue en celo y es completamente cuadrado. Manuel es seno y coseno y sólo yo soy cuadrado con mi jersey de lana cruda comprada en Puerto Montt. Hay una razón poliédrica en el frío, una extraña ecuación que no se resuelve con las estrellas de escarcha, perfectamente navideñas, que no he visto todavía contra los vidrios. (5 de diciembre de 2005)

En 2010 lo diagnostican con VIH. Nunca quiso tratarse. «Encontró en internet un grupo llamado Disidentes del Sida, donde conoció gente que decía que la enfermedad no existía. No es que él lo creyera así, pero se convenció de que

al menos llevando una vida más sana todo iba a estar bien. Empezó a ir al gimnasio y se puso fuerte y en forma como una manera de reafirmar que la enfermedad era una mentira y que podía vivir tranquilo», dice Gutiérrez. Pero estuvo meses en la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital de Valencia, por una neumonía. La recaída, dos años después, fue peor: había perdido mucho peso y le descubrieron una bacteria.

Estaba grave, tenían que volver a internarlo. No quiso. Tampoco accedió a tomar sus medicamentos. A las semanas, desarrolló una encefalopatía que lo dejó con dificultades para hablar y caminar, además de pérdida de memoria y lucidez.

«Decía que estaba ciego y sordo, pero veía y escuchaba perfectamente. Lo que sucedía era que deliraba; los médicos estaban seguros de que su cerebro se había dañado y que podía ser irreversible. Él creía que esto lo iba a llevar a la tumba.»

Poeta de fuego contra el capital

«Pedro era una persona con características muy potentes, te amaba y te odiaba explosivamente — afirma Manuel—. Todo en él era explosivo, fuego. Era una persona autodestructiva, partiendo por su relación con la escritura. Los libros que publicó acá no quería soltarlos. Un día le dije: “Bueno, o dejas de tacharte y autoeditarte o nunca nadie más que tú leerá todo eso”. Ahí recién empezó a entregar sus manuscritos. Muchas otras cosas nunca las mostró. Era un gran poeta, por aquí todos lo decían.»

Se conectó con la escena local a través de la Unión de Escritores del País Valenciano, colectivo integrado por poetas de izquierda radical, que planificaban intervenciones que mezclaban poesía y performance, activismo y protesta contra la globalización y el capitalismo. Primero se ofreció a colaborar como periodista, recuerda Antonio Méndez Rubio, quien integró el grupo y fue un amigo cercano: «Partió difundiendo las actividades que hacíamos y enseguida vimos que como poeta se trataba de alguien descomunal. Y lo más importante de todo: que era una persona entrañable. Su poética era una especie de acracia inconscientemente polémica, rabiosa, subversiva con respecto en primer lugar a sí misma».

En esa fase de vinculación con la izquierda política Montealegre suma a sus lecturas *El capital* de Marx, *El camarada incómodo* de Trotsky

y *El porvenir es largo* de Althusser. Conoce fugazmente a Aleida Guevara, una de las hijas del Che, y en 2007 asume un rol activo en la campaña a concejal de Manuel en representación del Partido Comunista, donde el poeta también militó un tiempo.

«Siempre tuvo un código ético muy marcado, de no estar en ciertos sitios. Rehuía de los espacios y corrientes oficiales. Mientras él vivía aquí estaba toda la efervescencia de la poesía de la experiencia, hubo un acercamiento con algunos y él nunca quiso juntarse con ellos. Pedro fue un poeta más social. Prefería estar en un barrio leyendo sus poemas, rapeando con los jóvenes raperos para que accedieran a la poesía desde sus propias expresiones», dice quien fue su pareja.

Le insistían en que mostrara sus manuscritos y que postulara a concursos y residencias. *La palabra rabia*, que publicó en 2005 y ganó el IV Premio de Poesía César Simón otorgado por la Universidad de Valencia, lo dio a conocer en la península. Tenía treinta años.

La palabra nacer en la palabra lengua. La palabra yo
 en la palabra tú. Política propia del dígito nosotros. Chiquillo. Tú.
 Placer colectivo de lápiz de carbón. Ahora te descuelgas de la refinera
 y al más puro petróleo, cae un niño de sal. Un niño de líquen
 sobre la cara de Marx. Una lágrima de Marx, Usted, como un falso
 zapato de níquel. Zapato de obrero en la rosa cósmica. Usted no es
 aquel hombre colectivo dominado por el colectivo. Hombre. Es.
 El rugido colectivo de hormigas rojas y negras. Boa. Uroboro
 secreto de la hora. Plumas del chico besando el pétalo. Mito del chico
 dotado de alas, miel, alisios, huellas de gavio-ta. Vas a desaparecer.
 Esto es. Esto fue. Moralidad de amapola. La palabra tú en la palabra no.

La poeta y editora valenciana Begonya Pozo recuerda la premiación de Montealegre: «Fue una sorpresa por su desbordamiento, por su potencia, por mostrar una voz personal consolidada y un estilo que se alejaba radicalmente de la poesía que se escribía en estas latitudes». Y añade: «Sé

que le producía cierto desasosiego no sentirse más reconocido en España, sin embargo era leído y apreciado».

Fue reseñado como «uno de los secretos mejor guardados de la poesía chilena de las últimas décadas», y pronto comenzó a ser incluido en antologías como *El decir y el vértigo* de los mexicanos Rocío Cerón, Julián Herbert y León Pascencia (Filodocaballos, 2005); *Voces del extremo, poesía y vida* (Fundación Juan Ramón Jiménez, 2006); *Diecinueve -poetas chilenos de los noventa-* (J.C. Sáez Editor, 2006); *Sin red ni salvavidas. Poesía contemporánea de la América Latina* (CONACULTA, 2009) o *País imaginario* (Amargord, 2014).

Su segundo libro en España, aunque escrito en Valdivia una década antes, *El hijo de todos*, vio la luz en pleno invierno de 2006.

Más hijo que mí esta voz:

tu rosa de viento presa en mi pluma.
 Más hijo que Dios de su propia saliva,
 el corazón de tierra en un puñado basta:
 la sangre es un rojo exceso de hermosura.
 Su nombre sobra para el perdón de los suicidas:
 más rostros y quejas que un golpe de tinta.
 Más hijos y partos que volverse al útero,
 el viento esperando allí nuestro regreso.
 Más áridos que lo árido de ti: tus espinas
 siempre dispuestas a absorberme el agua.

Con meses de diferencia apareció en México *Transversal*, «un poema-enjambre, proliferación del lenguaje en su periferia, multidireccional y de una velocidad por momentos asfixiante. Con una musicalidad que debe mucho al “neobarroco”, de versículos largos atravesados por aliteraciones, este libro se desmarca de los movimientos poéticos más en boga para fundar su propio espacio de referencias», escribió Daniel Saldaña. Otros vieron afinidades con el neobarroco latinoamericano y con autores como Mirko Lauer, Paulo Leminski o Raúl Zurita. Montealegre, al oírlo, se mostró sorprendido.

El mago

La escritora Carmen García pensó que era una persona alucinante al conocerlo en 2005. «Se mandó una cantada a capella y me leyó el tarot con total precisión; eso nos enganchó para siempre. Recuerdo una lectura suya en la Fundación Neruda en la que lloraba. Nunca había visto algo

Le estalló la cabeza e inmediatamente concibió un libro basado en las cartas astrales de poetas chilenos.

así. Pedro estaba conectado con muchas cosas y con una llegada súper directa, y su manejo simbólico lo convirtió en un poeta muy versátil y con una capacidad extraordinaria de construir imágenes de un poder muy estimulante que lo hacían ser también el tarotista que era.»

«Cuando nos conocimos había una influencia muy grande del catolicismo y de alguna manera hubo una especie de desengaño y se convirtió hacia algo mucho más espiritual y esotérico, que incluía desde luego el tarot», cuenta Manuel Gutiérrez. «Para él era un hobby; le gustaba mucho leer sobre eso, coleccionar barajas, echar las cartas y hablar con la gente. Era una forma también de socializar y de romper su timidez, pero nunca lo consideró un trabajo. Él se negaba a hacer cualquier otra cosa que no fuese escribir.»

Un día llegó a sus manos *Contra Natura* (1971), del escritor peruano Rodolfo Hinostroza, que hace una lectura de *El capital* de Marx desde la astrología. Le estalló la cabeza e inmediatamente concibió un libro basado en las cartas astrales de poetas chilenos. «Era un proyecto enorme y único en su momento, aunque ahora no sería tan raro», opina Olavarría. «A Pedro lo obsesionaban los sistemas de pensamiento y la poesía lo es también. Aprender e incorporar idiomas nuevos a su poesía era algo que le atraía muchísimo.»

Mientras adquiría nuevos saberes y engrosaba su obra, nunca dejó de echar mano de sus primeros manuscritos. Podía dedicar largos períodos a la corrección de un solo título, y cuando los entregaba rara vez los sentía acabados. Así sucedió con *Animal escaso*, del que dejó dos versiones. La que permanece inédita es bastante más extensa que la que finalmente decidió que se publicara.

Lijarme el diente con la piedra –eso tengo que hacer–sacar una tripa, llenarla con aire –desde la ola matutina,mi abdomen de espuma– inflarla, elevar ese globo de piel,el zeppelin de la muerte –así lo he bautizado–, la rapsodia de Ra,volutas de metano, aureola en llamas, pulmón

atrapamoscas;resorte de níquel en la quijada del cráneo. Así hablaba este yo–de nadie es sujeto–, repetido en pantalla. Te repites: un hombre y su cerveza. Te repites: la invisibilidad. ¿Qué es? Un fallo contra una flor de lis: una espina contra el cielo, sangre de quien come pólvora, inmolado entre gente. Pólvora: sol. Pólvora: el rico y su espina de radio, el oro en su prótesis, gancho con que un diente se afirma en otro. Otro más: pesticidas más bellos que un grajo. Repetir: una píldora de viento –alada–, como tú, toda lumbre. Píldora: radioescuchas, nariz de pan. Pan y vino que se agria –criadero de moho, bacilos, streptococos, cilios de hombre– se meten allí donde el No, ¿qué es No? Cero y uno de la nada; cero y uno el decir; verbo huir. Verbo matar. Verbo invisible; grafema de la acumulación: muérete tú que nací primero. Primero: asola tu tripa con ácido. Llena tu tripa. Afila el hacha con colmillo. Métete en la boca del narval: saca brillo a tu hueso. Ándate por el filo, letra L que sangra, niño haciendo un agujero en tierra. Labios de niño. Ojo hueco de quien toca su abdomen y escribe con uña el soneto de huir. Animal escaso de la historia, borrado con goma de hablar.

Recaída y regreso

En 2012 estuvo otros cuatro meses hospitalizado, prácticamente no existió para el mundo. Pero no dejó de escribir y produjo *Opus morbo*. «En este libro cambia su forma de escribir y se percibe otro registro menos opaco, que pudo haber sido provocado por la enfermedad», dice Nicolás Labarca. La edición en formato plaquette de Cuadro de Tiza incluye solo dos de las cinco partes originales. «El manuscrito tenía también una suerte de diario que no estaba anexa al libro; comienza como una novela y luego es un punteo largo de hechos que suceden en el hospital.»

Punto. Fin. La vena azul de la sien. La vena hinchada y llena de vocablos. Acumular cuadernos,

repetir y repetir, hojas lavadas sin número ni día. Arder con el termómetro puesto en el sobaco. Cantar arriba parias de la tierra. Porque no me llamo Pedro. No tengo 38. No me llamo. Tengo bastantes años menos, un libro de poemas sin publicar. Hago guardia en el instituto. El frío ladra. Vino un policía. Me pateó en la nuca. Entre varias culpas, me agradan las palabras pompa y boato. Acumular cuadernos, hojas blancas y negras. Los necesitaré un día para cuando nos lo quiten todo y me los guarde enrollados secretamente en el culo. Soy dado a la enfermedad. Quizás muera. En la escasez y en la penuria, ¿podré encontrar un lápiz? Estoy cada vez más solo. Lo único que me afirma es el amor. Porque no me llamo Pedro. No tengo 38. La vena de la sien a veces me late como una mariposa.

A su salida del hospital no volvió a ser el mismo: se hacía llamar Pako Latorre, quería escribir poesía comercial para ganar dinero y tatuarse una gran ave fénix en la espalda.

Mi mayor enemigo es Pako Latorre. Es el mago que me hace directamente la competencia y que vive en este mismo monasterio, en 7 torres por sobre mí. Tiene estilo diferente al mío. Vive encaramado en una pila de libros donde los hermanos le suben comida, agua, trapos húmedos para limpiarse, bacinicas de oro para sus necesidades. Sabe todo sin uso del éxtasis. Su magia es tal que sus libros levitan. Es especialista en hacer llorar a sus fieles y ve el futuro. Si yo soy un espíritu de la misma venganza, él es un espíritu del más puro perdón. Continuamente aparta caracoles fosforescentes de sus libros queridos. Son sus mensajeros. Cuando quiere verme me envía un caracol. Lo cojo y me lo como. Y sé lo que quiere. Pako Latorre luce bellissimo como la carta del sol. Mi belleza es mórbida como la de la carta del diablo. A mis fieles les dan ganas de tocarse frente a mí. Sus fieles levitan alrededor de él transformados en libros. Pero yo poseo a Retrocometa. Él usa solo la mirada. Pako Latorre está sobre mí. Le he quemado siete veces sus siete torres. Siete veces las ha reconstruido y ha revivido a los muertos. Mi venganza no tiene poder sobre él. Le pongo a su paso setas venenosas y sutiles chinchetas. Es inmune al dolor. Siempre me perdona y por más daño que le haga más poder

me da. Soy Lukas Cohen. Soy judío. Y Pako Latorre me vuelve bueno. (*Retrocometa*)

Carmen García recuerda haberlo invitado a un encuentro de poetas que se iba a realizar a fines de 2013. «Prefirió no participar. Estaba muy enfermo, un poco ido también.» Tampoco quiso asistir al lanzamiento del último libro que publicó en España, *La pobre prosa humana*. Estaba decidido a volver.

Al otro lado del precipicio, vio una dulce y tentadora posibilidad de arrojarse al vacío del retorno. «En su familia me decían que no era el mejor momento para que volviera. No podían mantenerlo. Pedro insistió y además quiso divorciarse —dice Manuel—. No quería darle el divorcio porque sabía que no estaba bien y que eso era romper definitivamente, pero tampoco podía obligarlo. Él quería rehacer su vida en Chile y yo por supuesto lo dejé. Eligió un abogado, dividimos la casa en partes iguales. Nos despedimos en el aeropuerto y perdimos contacto de a poco. Le fui enviando el dinero y otras cosas suyas. En noviembre de 2014 me llamó para pedirme perdón y tras eso no volvimos a hablar. Lo siguiente fue cuando me contaron que había muerto.»

Se abrió una amapola y dio a luz un niño: con un trozo de aerolito y de alga adentro al crecer desde la tierra, cierto del mar en cada uno de mis brazos, yo era ese hijo, abriendo la boca para que en ella cayeran los planetas de arroz y la leche en polvo, los padres muertos, girando como pétalos, volviendo hielo mi castaña, mi cometa, siempre de regreso al mismo vientre. (*El hijo de todos*)

«Buenas noches, rubia suicida»

Mayo o junio de 2014, pleno invierno. La lectura había terminado y seguía la conversación con los asistentes. Rodrigo Olavarría se acomodó en su asiento del escenario y observó al público que había llenado el auditorio del Café Literario del Parque Bustamante. Un tipo entre los asistentes lo miraba fijamente. Llevaba chaleco, calcetines de lana, unos bototos de cuero enormes y un gorro chilote. Al comienzo no lo reconoció.

«Chateábamos mucho más de lo que lo veía. Yo sabía que había llegado con una maleta llena de libros y le decía que nos juntáramos a revisar el

botín como una excusa para verlo, pero siempre se corría. Ahí supe por qué. Estaba demacrado, frágil. El sida se lo estaba devorando. No sé qué cara le habré puesto, pero apenas nos saludamos dijo: “No te espantes”. Solo lo abracé.»

Ya no ocultaba su enfermedad. Posó incluso para el libro de fotografías *Ciudad capital* (Das Kapital, 2014), de Emiliano Valenzuela. Es uno de sus últimos retratos: a torso desnudo, en blanco y negro y con uno de sus amuletos al cuello. Ya podía desplazarse solo nuevamente y había vuelto a andar por el Parque Forestal, el cerro Santa Lucía y la cuadra esotérica de San Antonio donde compraba sus mazos. Meses después retomó la bicicleta, las salidas nocturnas, los amores, y consiguió un trabajo esporádico leyendo las cartas en un centro de Providencia.

La mayor parte del tiempo la seguía dedicando a escribir y tratar de publicar. La escritora Verónica Jiménez fue una de sus últimas editoras; con ella trabajó *Retrocometa* (el título alude al arma de uno de sus juegos favoritos), que Garceta publicó en 2016. Montealegre murió en pleno proceso de edición.

Verónica recuerda el impacto que le produjeron sus poemas. «Evoca la exuberancia de Humberto Díaz Casanueva, el rigor racional de Eduardo Anguita, la severidad de Stella Díaz Varín, el desborde de los sentidos en Gonzalo Rojas (...) y lo hace desde la materialidad original de sus poemas y desde su propio mundo poético. Uno de los ejes de ese mundo es el tratamiento subversivo del homoerotismo. Su escritura arranca a fines de los 90; hay un contrapunto con lo que estaba haciendo Lemebel y con una época en la que aún se penalizaban las relaciones homosexuales y en la que Gabriela Mistral seguía siendo representada en el discurso público como una figura asexual.»

Retrocometa tiene dos partes y los poemas llevan por título los arcanos mayores del tarot. Así fue como bautizó también un trozo de rama que encontró en el patio de su casa y que pulió hasta convertir en su bastón cuando le costaba caminar. Nicolás Labarca cuenta que más tarde en uno de los archivos apareció una tercera parte, que se llamaría «Retroviral».

Amy Winehouse se hizo la raya en el ojo y la inhaló. Puso un kilo de carne en la joroba de su cabello; luego estando borracha lo hizo sólido, hizo polvo ese kilo en un mortero de roca,

cantando, mientras el solechaba semillas –los gorrones felices. Hizo polvo esa carney lo inhaló. Sacó la lengua para recibir una hostia pero entró un pequeño disco de vinilo. Todos los amanesson la chica inglesa, la maravilla, el portón abierto entre sus dientes. Los amantes pusieron la radio; giró la luna y no el grifo del agua: el rostro con tizne, rastro de caracoles o pequeñas estelas de cuarzo manchando la entrada de la nariz. Porque la estrella sale arañada de una fiesta, adelgaza, la cara se le chupay aparece la calavera, otra gramática. Los amantes devolvieron un plato. Vomitaron a la cuenta de 3; los parafilicos dijeron algo bajo la ducha: el disco de la Winehouse al girar de noche: no, no.

Estuvo en terapia psicológica gran parte de su último año. «Es difícil volver a armar a una persona. Ese año recuperamos al Pedro niño que vivía en nuestros recuerdos y lo reconocimos como el hombre adulto que estaba viviendo una depresión fuerte. Lo que más alterado tenía era el ciclo día y noche», dice Eugenia.

Mi vida es una fotografía
tomada con una cámara estenopeica
es decir papel sensible dentro de una lata
de cerveza que se expone a la pequeña
apertura de la luz y capta un perro
una ciudad ladeada sola en blanco
y negro algo similar al abandono
un poco de brillo pero definitivamente
curva (Facebook, 2 de enero de 2015)

Buenas noches, Buenos días, el primer libro póstumo, es un artefacto desde su diseño conceptual y material. Andrés Florit (Overol) hizo la selección a partir de textos que el poeta publicó en Facebook en 2014, de los cuales la mayoría comienza del mismo modo: «Buenos días», «buenas noches». En la tapa y contratapa hay reproducciones de las cartas de los arcanos del tarot de Marsella, y sus páginas interiores se alternan entre blancas y negras, como el día y la noche. Montealegre barajó otros dos títulos para el volumen: *11.30 (Buenas noches, buenos días)* y *Buenas noches, rubia suicida*. Este último se incluyó como epígrafe en la edición final. El autor trabajó en la edición y casi alcanzó a ver lista la maqueta.

Buenos días, poetas leves como galletas de agua; poetas dulces, como frutos del paraíso;

ásperos, como un cactus de San Pedro; buenos días, poetas santos, que saben bien por dónde sangran; poetas espinudos, como las grosellas, llenos de pinchos, de dientes redondos como lampreas; buenos días poetas buenos, expertos en desaparecer.

(...)

Buenas noches, poetas críticos, que me susurran por inbox que escribo azucarado; buenas noches, poetas azucarados e hipoglicémicos, poetas negados para componer un poema con algo inefable como la «enjundia», poetas que pelan el hueso de Pluto, poetas que hacen excelentes pantrucas, poetas bellísimos que saben disponer una flor seca en un jarrón minúsculo (de la tienda japonesa) y le llaman ikebana ante las visitas; poetas maravillosos que se matan a pajas con la sinceridad más tierna, que ven porno en internet, mientras a su lado vibran un libro de Novalis, de Samuel Taylor Coleridge, un libro de Percy Bysshe Shelley, un libro de Sylvia Plath. Buenas noches, poetas simples, que echan edulcorante en un vaso de agua, que muelen en la picadora pastillas de menta y las espolvorean luego sobre un yogurt de kéfir. Buenas noches, poetas que saben hacer pan.

En las últimas dos páginas, sin embargo, Montealegre no da los buenos días ni las buenas noches. Ya no había mañana posible.

Oh, poetas, que pacientemente me han leído, ante la lata, ante la verborrea y la verbigracia: desaparecen mis saludos por ahora, porque mañana le sacarán una fotocopia a mi corazón, para ver si puedo resistir la extracción de este puñado de perlas, que crío en mi barriga: gracias, por vuestra atención y vuestros besos de mariposa, ya que el poeta solo cría cuervos que le sacan los ojos, que le sacan palabras, poeta solo que escribe sin mirar, con su computador sobre las rodillas, sintiendo cómo crece poco a poco su joyel, sus pequeños pesos de antiguo gimnasta destinado a un gotero, a una sala de hospital, y a leerles a vosotros, desde la maligna clandestinidad, de quien se sabe tocado por algo. Y que ese algo le mira.

Entrevista



Luis Chitarroni

Una serie de conversaciones inconclusas

Cristián Rau

La sola mención del apellido Chitarroni hace que se agucen los oídos, se arriesquen las fosas nasales y se persiga, prejuiciosamente, el origen de la invocación.

Es, como decía Adolfo Couve –autor muy leído por Chitarroni, y por Aira, ya que estamos– la «tercera mano fantasma» o una especie de contraseña entre supuestos iniciados. Santo y seña de autores míticos, que se leen poco pero que son una marca de certeza de algo innombrable pero muy atendida. Pienso en voz alta, para ver si flota la idea, en apellidos que empiezan a transformarse en sustantivos como «calassos», «pratolinis», «vincens».

A estos escritores se llega siempre de rebote. En general, gracias a otro tipo de autores igual de escasos que son los portadores del secreto. Aquellos que van dejando miguitas; una huella por aquí, una cita por allá, la página doblada en el poema exacto en un libro prestado. Juan Forn fue por mucho tiempo ese guía en la oscuridad, el rastreador semanal de *rara avis*.

Junto a José Tomás Labarthe, con quien hicimos los libros de conversaciones con poetas y narradores chilenos *La viga maestra* y *Jaguar*, pensamos en cerrar la trilogía con un libro de entrevistas a escritores latinoamericanos cuyo objeto escondía, en realidad, la posibilidad de conversar largo y tendido con Forn. Él, con humor, decía vía mail: «Convenzan a Andrea Palet para que me inviten a Chile». Pero Forn murió en junio de 2021 y esa conversación quedó trunca.

La idea, sin embargo, ya estaba inoculada. La proposición de Damián Tabarovsky,

deslumbrante y algo antojadiza, de buenos contra malos, de literatura de *izquierdas* –dedicada a un lector invisible– versus la de *derechas* –para el mercado y la academia– parecía un debate extremadamente contemporáneo pese a tener ya casi veinte años. Sumada a las rupturas y polémicas que se generaron al escindir por la mitad el mundo de los escritores, se merecía otra regurgitación hecha ya no solo desde y para Argentina. Tabarovsky mandó unos audios cancheros aceptando la invitación. Teníamos todo organizado, pero eran los tiempos más oscuros de la pandemia y todo quedó en nada.

Mientras preparaba la entrevista a Tabarovsky apareció *La vanguardia permanente* (2021), de Martín Kohan, un ensayo eruditísimo que propone, usando a Piglia, que «la literatura es la vanguardia de un ejército que retrocede». Ese texto, más el espectacular *1917* y el cuento «El amor», donde retoma y retuerce el *Martín Fierro*, nos permitía de alguna manera reconducir la fallida entrevista con Tabarovsky amplificándola y haciéndola, tal vez, menos de nicho. Lo imaginaba hablando acaloradísimo, citando a Lacan con la bandera de Boca de fondo. Algo nos pasó, ni me acuerdo, pero también se chisporroteó.

Más o menos en paralelo, a fines del 2020 apareció la antología de críticas *Pasado mañana*, del escritor y editor argentino recientemente fallecido Luis Chitarroni: un hallazgo. «La densidad de lucidez y originalidad por centímetro cuadrado es por momentos abrumadora, pero es como desmayarse aplastado por la biblioteca

que un lector acumuló toda su vida (hay muertes peores)», dijo Matías Serra Bradford a modo de elogio fúnebre. Ese libro fue, para mí, la personificación del sustantivo «chitarroni», que aparecía tenue hasta ese momento, diseminado en otros textos, pero aquí ya se establecía como un modelo sistematizado; una escritura abigarrada, plasmada de tal modo que parece no querer llegar a ningún lado, donde las hipótesis se van neteando, renegando de sí mismas.

Sigo con esta intrincada trenza: para Tabarovsky, Chitarroni era el comandante de la pandilla salvaje de los rebeldes –la literatura de *izquierdas*– y Forn, cómo no, el general rockero de los otros.

Poco tiempo después, una editorial española reeditó la inhallable *Peripecias del no* (2007; 2022), experimento bartlebian por donde se le mire –claro, Chitarroni prologó a Melville– que, sumado a *Siluetas*, compendio de pequeñas biografías apócrifas de escritores, a la manera de Cabrera Infante, Schwob o Bolaño, la novela iniciática y fantasmal *El carapálida* (1997) y el libro de relatos circulares *La noche politeísta* componen el cuerpo más sólido de un escritor que, a modo de corolario simplón, armó una narrativa poderosa e increíblemente digresiva con un pie en la propia biografía –o en la de escritores famosos o en sus amigotes– y con el otro en un intrincado sistema de autorreferencias y engaños literarios. Es, al parecer y finalmente, como bien dice Aira –y Chitarroni suscribió–, «como si los únicos cuentos de que dispusiéramos para contarles a nuestros hijos a la noche fueran la “vida y obra” de los escritores que amamos».

Como editor, su faceta más conocida, en los años noventa desde Sudamericana publicó a una buena parte de los que consideramos como los autores argentinos contemporáneos más importantes: Fogwill, Aira, Piglia, Fresán, Pauls, María Martoccia y María Negroni. (Quizás algo parecido a lo que intentó hacer Germán Marín a este lado de la cordillera.) Y luego desde La Bestia Equilátera, su propia editorial, ya en los años dos mil, dando a conocer a autores «nuevos» en el continente: Muriel Spark, David Markson, Alfred Kubin, Arno Schmidt y otros.

Durante la pandemia me inscribí en un curso que hacían, vía Zoom, Chitarroni y Daniel Guebel, titulado «El caos: un programa desorbitado de lecturas», que era una especie de recorrido rápido y salpicadísimo del canon

occidental, desde, pongámosle, Homero hasta Mariana Enríquez. La performance era más o menos así:

Guebel –«Dani» para Chitarroni–, autor harto interesante y con una cultura impresionante en asuntos árabes y japoneses (lo que hacía aun más raro el curso), abría los fuegos explicando los textos en cuestión –con un constante espejo con Henry James– y luego de largos monólogos llenos de pelambres decía:

«Vos, Luigi, ¿cómo lo ves?».

Y ahí Chitarroni, delgadísimo, parecido a un Quijote sin armadura, masajeaba su barba rala y se lanzaba con unos soliloquios llenos de ramificaciones, insertos en varios idiomas; saltos temporales inatrapables para las decenas de caritas que aparecían en la pantalla –el «caos», que lucía un tanto presuntuoso en el cartel, lo era, maravillosamente–. Tras una media hora de devaneos oraculares y literarios, Guebel llamaba a cierto orden y remataba la clase.

Juan Forn murió mientras se dictaba ese taller. Chitarroni contó que por allá por los noventa viajaron juntos a Santiago a conocer la exitosa fórmula de las editoriales chilenas posdictadura y la Nueva Narrativa. La historia relativizaba las diferencias –o la *grieta*, para argentinizar aun más el asunto– insalvables entre las dos facciones que dirigían los entonces editores Forn y Chitarroni. En un desliz, en el largo ir y venir de correos que tuvimos, a Luis se le coló lo siguiente:

«Nos costó toda la vida literaria con Juan fingir enemistad pública. Difícil encontrar un antagonista tan leal. Y después, antes que yo, de un infarto, se muere. Nos veíamos esporádicamente, porque él vivía en la costa, pero siempre era un gran placer encontrarnos».

De un taller similar surgió el libro *Breve historia argentina de la literatura latinoamericana (a partir de Borges)* (2019), interesantísimo esfuerzo inspirado en el maestro italiano Asor Rosa de pispar toda la producción narrativa latinoamericana con Borges haciendo de clivaje. El resultado es hipnótico: una mezcla de franca sabiduría borgeana, un sinfín de anécdotas y, claro, una especie de destilado de las influencias del propio Chitarroni; me atrevería a mencionar, por lo reiterativa e improbable, una apuesta –perdida– por dejar a Donoso en el centro del *boom* y una equidistante inclinación por el magnetismo de Sarduy y el barroquismo de Lezama.

Así, entonces, principiar un libro de conversaciones sobre literatura latinoamericana con Borges como punto de partida y de la mano del sabio de la tribu tenía todo el sentido del mundo.

A la hora de proponerle la entrevista fue extremadamente cariñoso —rechazó un diálogo vía Zoom, culpando a un tratamiento dental y a la malísima señal, y se inclinó por el intercambio escrito— y celebró todas las preguntas. Para mi horror inicial —y posterior terror asumido— sus respuestas fueron como las de los oráculos de la Matrix: indicios iluminadores que abren infinitas puertas, o como las de las tres brujas de Hamlet (y de *Sandman*, ya que estamos), que solo responden verdades atrapadas en laberintos.

La entrevista, cómo no, se iba a llamar «Borges y las formas», hasta que llegué a un breve artículo de Guillermo Martínez —el único que realmente se enfrentó a Tabarovsky, sacando chispas— en el que dice que dentro de la infinidad de libros titulados *Borges y...* había una colección de ensayos bastante interesante llamada *Borges y la ciencia*, en los que se relaciona al sabio ciego con todas las ramas del conocimiento cartesiano, hasta que llega al mejor: «Borges y la biología». Allí el biólogo, luego de algunas faramallas y esfuerzos por llenar páginas, reconoce que tras haber leído varias veces las obras completas de Borges admite que no hay ninguna vinculación entre él y la biología. Martínez lo remata perfecto: «¡Ninguna! El hombre había descubierto con terror algo en este mundo —la biología— que Borges no había tocado».

I

Cualquiera que haya entrevistado mis *Peripecias del no* conoce mi inconstancia en el proyecto inmediato y mi lealtad a una especie de proyecto infinito.

LUIS CHITARRONI

Lo que viene a continuación es una parte del intercambio que tuve por mail con Luis Chitarroni, intercambio que era, como habíamos acordado, el bosquejo de una conversación que se daría algún día en persona. Como se verá, no es una entrevista propiamente tal. Se pensó y se planteó como una, pero no resultó. No la veo, de ninguna manera, como una entrevista frustrada, sino como una atípica: el entrevistado no responde nunca directamente a lo que se le pregunta, no porque quiera hacerle el quite a algo, sino

porque parece estar persiguiendo una especie de hilo invisible que solo él percibe. Es como una de esas figuras de gitanos autómatas de las ferias de variedades gringas: uno le mete una moneda y responde algo misterioso, tirando un anzuelo insondable. Es un gólem lleno de respuestas y a este reportero se le acabaron rápido las fichas.

El último mail que me mandó Luis Chitarroni fue el 6 de abril y de ahí todo quedó en silencio. Murió el 17 de mayo del 2023.

—Alan Pauls en *Factor Borges* da cuenta de un hecho extremadamente menor pero que podría ayudarnos a iniciar esta conversación: Borges se quitó un año de vida (dijo varias veces que nació en 1900 y no en 1899, como realmente pasó). ¿Hay alguna diferencia en que Borges sea hijo del siglo XX y no del XIX?

Soy fanático de Alan ensayista, me parece el mejor. No recuerdo esa aseveración, o trato de olvidarla porque no es mía. Borges es del veinte, dada su precocidad ultraísta, y luego convoca ese anacronismo abnegado, que exigirán dos escritores tan distintos como Nabokov y Hemingway, que nacieron el mismo año que Borges.

—Una idea más de Pauls. «Él mismo, cuya literatura fue leída, en los años sesenta y setenta, como ejemplo radical de prescindencia y evasión, es el escritor más peleador de la literatura argentina». Incluso llega a decir que *el duelo* es el modelo de su ficción. ¿Concuerdas con esta idea? ¿Qué sentido tiene esta tesis?

En cuanto al remoloneo de poner a Borges a izquierda o derecha del caos, no hay mucho que argumentar. Borges tuvo la responsabilidad y el privilegio de ser no solo de izquierda sino de exaltar la revolución «maximalista», como hubiera dicho él, en sus primeros y benditos *psalmos* o ritmos rojos, de los que tanto renegó. Apropiarse de esas generosas veleidades ahora importa bien poco. Después, y en más de un caso, de la defensa de «esas otras Termópilas, El Álamo» a la muerte de Francisco Narciso Laprida, otro antepasado ilustre, dio muestra de conductas, no solo literarias, difícilmente honorosas. «*Life's man is this meat*», como pudo decir un poeta inglés que no le hubiera gustado nada, pero con quien compartía una admiración parecida por Carlyle.

«La densidad de lucidez y originalidad por centímetro cuadrado es por momentos abrumadora, pero es como desmayarse aplastado por la biblioteca que un lector acumuló toda su vida...»

–Cuentas que en el diccionario de J. A. Cuddon, bajo la entrada «ficción» solo pone: «Borges». Al unir sus libros *Artifícios* y *El jardín de los senderos que se bifurcan* lo hace justamente bajo el nuevo título de *Ficciones*. «Y va a armar –dices– con esas ficciones un género absolutamente nuevo.» ¿En qué consiste la novedad de este género?

El gusto por el relato «raramente» puro, la verdadera ficción de la que habla Cuddon, que consigna señales del ensayo y no desiste de lo narrativo, como demostraron Kipling y Henry James, a quienes Borges leyó, y Machado de Assis, a quien no. Los parricidas primero y luego quienes indicaron a Macedonio como absoluto precursor, algo que estaba de moda cuando Alan y yo crecimos, se equivocaban, como la paloma de Rafael Alberti. Lo cierto es que Borges es, como señala de Quevedo, menos un rictus que un gesto eterno, menos un escritor que una literatura.

Y es eso lo que Cuddon encuentra en su diccionario. Las traducciones de las *Mil y una noches* y las versiones homéricas, Joseph Cartaphilus y Philemon Holland se alinean con Herbert Quain o Ireneo Funes. La irrealidad tiene fundamentos visibles como la pesadilla de la historia. Esto es algo que Borges y Nabokov saben, aunque se detestaran, habían nacido el mismo año, 1899.

–Victor Hugo dijo que el XIX fue un siglo «shakespearizado», tú propones que el XX, en cambio, se ha «borgeanizado». ¿Dónde ves las marcas de Borges en el siglo?

No creo que el siglo XXI se haya puesto borgeano pese a mi escasa incidencia –o a su falta de–, no en lo que va de él, *au contraire*, los procedimientos

son cada vez más pedestres, exentos de referentes y alusiones (y hasta de omisiones). Excepto en casos muy excepcionales, como el de Merino, en Chile, cuyo tratamiento de los barrios santiaguinos tiene sentimientos e inflexiones borgeanos. Una vez, sentados a la puerta de un bar, me contó que había tenido una discípula cuya voz literaria era un sobresalto chileno, como lo puede ser la de Juan Emar –a quien yo comencé leyendo hace mucho, puesto que una editorial argentina había comenzado a publicar *Umbral* sin mayores explicaciones, excepto una contratapa de Neruda (eran los setenta) en que trataba a *Don Juan* con una suficiencia y una superioridad muy nefalíes...

La alumna nunca había oído hablar del autor de «Pibesa», pero vivía en una casa en la que Emar, alguna de las veces que estuvo en Chile, vivió... Nos divertía pensar cómo hizo Emar, seguramente motivado por la belleza de la discípula/espía, para intentar taparse la boca para no prestar eso tan único que tuvo y tiene: la voz «animadversa».

II

Querido Luis, muchas gracias.
Déjame decodificar tus respuestas y seguimos trabajando en la segunda tanda de preguntas.
Un abrazo!
CR

¿Tan críptico soy? Caramba, voy a tratar de moderarme, pero es como preferiría seguir adelante. Probablemente no pueda hacer otra cosa.
Otro abrazo,
lwg

Luis, caro, ¿cómo estás?
Te pido disculpas por la demora; anduve dándole varias vueltas por donde seguir.
Te dejo una segunda tanda de preguntas, con la

esperanza de que no te nos aburras.
Te dejo un abrazo!
CR

Mil gracias, Cristián. «Solo lo difícil es estimulante», como dijo Lezama Lima. (...)
lwg

III

–Volvamos al principio. A estas alturas, ¿qué valor simbólico, real o mítico, le das al hecho de que Borges haya leído por primera vez *El Quijote* en inglés?

A una especie de travesura con Sábato, que alguien se ocupó luego de grabar y publicar. Si Borges leyó *El Quijote* que tradujo Smollet, tendríamos un prodigio de paciencia. Si le dio la idea de Menard, es decir la de ver cómo se comporta un *clásico* en otro contexto, en otro idioma, la idea vale por muchos de los disparates que le dijo a Sábato, porque es de una identidad alarmante y meteca, como le gustaba a Couve considerar a Duchamp.

–Luis, no seas tan críptico y escurridizo y cuéntame la anécdota completa (jajaj) para entenderla. Una buena parte del mito de la lectura *européizante* de Borges (más allá de los años de infancia en Europa) está en este.¹

Los mexicanos tenían una rabia especial contra el europeísmo de Borges. Mi poeta favorito, Juan Almela (Gerardo Deniz), nacido en España, detestaba las posiciones y poses de Borges. Una vez tuve una discusión en el Zócalo porque tuve que explicar por qué en la Argentina no hay novela agraria, tal como ellos entienden *Pedro Páramo* y *José Trigo*. Fundos distintos. Hubo, sí, un gran admirador de Borges, Arreola, pero al final de su vida se había convertido en un payaso. La anécdota completa está en el libro *Diálogos Borges/Sábato*.² Borges dice eso que solía decir a interlocutores proclives al enojo. En la reunión siguiente, Sábato viene con una pila de libros para probar que Borges se equivoca. Borges, tranquilo, le dice que comprobó que Sábato tenía razón.

1 «When later I read *Don Quixote* in the original, it sounded like a bad translation to me», dice Borges al enfrentarse a la versión original del libro de Cervantes.

2 Orlando Barone, ed., *Diálogos de Borges y Sábato* (Emecé, 1966).

–Luis, buen día. Mientras pensaba en cómo hacer la próxima pregunta en torno a los procedimientos de reescritura –«de ver cómo se comporta un clásico en otro contexto», según decías más arriba–, va y se nos muere María Kodama, lo que nos permite pensar en torno al *affaire* Katchadjian pasados ya unos buenos años. ¿Era necesario el escándalo de parte de la viuda de Borges por ese experimento? ¿No era al menos conceptualmente, más o menos, lo que hacía el propio Borges?

Sí, y así lo dije en su momento públicamente: en realidad, el problema hubiera sido que el querido Katchadjian restituyera el relato a su peso verdadero y publicara «El Aleph» tal como lo hizo Borges cuando salió la primera vez, no me acuerdo si a comienzos de los cuarenta. Duchamp le sacó el bigote a su Mona Lisa después de un tiempo y la dejó como era. Un abogado me explicó que «el caso» lo constituía el hecho de que «El Aleph» estaba completo en la edición de Katchadjian, y eso lo obligaba a pagar derechos... ¡pero un juicio penal! Se trataba de un autor libre de derechos, pero Borges pone las mismas palabras que Cervantes cuando habla del Quijote de Menard en la ficción de marras. En fin, es parte de la inescrutabilidad central de Borges el hecho de que incluso las personas que estaban más cerca de él ignoraran su genio verdadero. El propio Borges pareció menoscabar el «Pierre Menard» y no incluirlo luego en sus antologías personales, y armar modelos parecidos con Bioy en Bustos Domecq. Pepe Bianco y Michel Lafon sí advirtieron la genialidad del acto, de, como se dice hoy, «la operación».

–¿A qué te refieres cuando dices que el problema hubiera sido que Katchadjian republicara la versión original? ¿Te refieres a sus consecuencias literarias o al brazo pesado de la ley?

Era el efecto duchampiano por antonomasia. Magia y cirugía. Y «El Aleph» tal como era cuando se pensó como venganza a quien fuera modelo de Daneri. Y listo. Y la vanguardia literaria a la altura de la de las artes visuales.

Abrazo,
lwg

Cristián Rau es periodista y máster en periodismo cultural de la Universidad La Sapienza, Roma.

Plumas donde hubo piel lisa

Alejandra
Costamagna



A primera vista asoman dos mujeres: mi madre, sentada cada noche en la orilla de mi cama, en los primeros años de la década del setenta, leyéndome las historias de Sherezade. Y la hija del visir, sentada en la orilla de la cama del sultán despechado —que se ha propuesto matar a una mujer por noche—, atreviéndose a contarle historias con final abierto y dejando que el suspenso pactado cada madrugada la salve de la muerte. Dos mujeres que encantan con la palabra por más de mil noches: Sherezade y mi madre. Y que parecen traer con ellas una definición del encanto provocadora, que algunos atribuyen a Camus: «El arte de hacer que te digan que sí sin haber hecho ninguna pregunta clara».

La historia violenta de esa princesa de la noche que es Sherezade y la historia cálida de esa extranjera en Chile que es mi madre coinciden en que ambas mujeres, sin preguntar nada, modifican sólo con sus voces y sus historias nocturnas la disposición de quien las escucha. Dice Borges que hubo unos hombres apodados *confabulatores nocturni* que tenían por oficio contar cuentos en las noches. Algo así como la fiesta fabulada del insomne. Vistas hoy a lo lejos, varias décadas más tarde, aparecen en mi memoria las confabulaciones nocturnas y maternas para engañar al insomnio. Desde luego, los cuentos de sultanes, jardines, lámparas y genios de *Las mil y una noches* nunca más se irán de mi cabeza.

Dice Borges que hubo unos hombres apodados *confabulatores nocturni* que tenían por oficio contar cuentos en las noches.

El insomnio, desafortunadamente, tampoco. Quizás se le pueda llamar a eso una influencia lectora.

La memoria se escurre

Recuerdo haber leído *Boquitas pintadas* con hepatitis, *Patas de perro* con bronquitis aguda, *Léxico familiar* con licencia laboral por estrés, *La hora de la estrella* con amigdalitis, *La condesa sangrienta* con apendicitis, *El libro vacío* y *Los años falsos* con el tobillo esguinzado, *Eisejuaz* con tormentos del alma. Y, ya más cercano en el tiempo, recuerdo haber leído *Cuando las mujeres fueron pájaros* con covid. Y *El corazón del daño* con el segundo covid.

La lectura como las aguas de un estero que se ha salido de cauce, un inesperado y bienvenido desborde, incluso si el cuerpo está inmóvil, derrotado y febril.

«Quiero que me salgan plumas nuevas», dijo alguna vez Hebe Uhart. Eso quiero, eso mismo quiero yo al leer, al escribir. Plumas donde hubo piel lisa. La lectura y la escritura como transformación en el lenguaje y como festín de lo desconocido. Decirle al ojo: mira eso, todo eso, como si fuera la primera vez que lo haces.

Estoy sentada a orillas de la cama de mi madre. Su memoria se escurre, las aguas de un estero

que cada día pierde su cauce. «Era distinto cuando viajaba al otro mundo», me dice. Le pregunto si se refiere al otro de la cordillera, a su país de origen. Rastreo el arraigo en sus palabras. Pero ella se aclara la garganta y dice: «Más allá». Dice: «Mucho más allá». Y sigue describiendo una travesía por un pueblo al que se llega a través de un río que ella cruza en bote y rema y rema y al otro lado están los perros y los gatos y los carpinchos y las ranas y las libélulas y los pájaros que son, dice, un encanto de personas. Y mueve los brazos como quien ensaya un aleteo prematuro. Y se queda en silencio, masticando las imágenes con los ojos cerrados.

A la escucha, sé que eso significa que mi madre está a la escucha. Preparada, lista. Tengo el libro en la mano, será la primera vez que lo hagamos. Espero que abra los ojos, acción: soy la confabuladora nocturna de mi madre y estoy sentada a orillas de su cama, leyéndole *Las mil y una noches* en la misma edición que ella usaba para leerle a esa hija que todavía soy yo.

Alejandra Costamagna es escritora, periodista y académica. Su último libro es *El sistema del tacto* (Anagrama, 2018).



Viejos zorros

Alfredo Sepúlveda C.

En algún momento antes de que termine 1958, el periodista Raúl Silva Castro pone el punto final a su contundente libro *Prensa y periodismo en Chile*; hasta ahora la última y única «historia general» del oficio. Para entonces, la televisión en Chile era una guagua de probeta y los periodistas de radio recién, con la llegada de las cintas magnetofónicas, se dan el el lujo de salir de sus oficinas.

Silva Castro escribe una obra monumental y detallista en extremo: revela no solo las intimidades de la *Aurora de Chile* sino la de buena parte de los diarios que vivieron en el siglo XIX y en la primera mitad del XX. Casi en el mismo momento, Alfonso Valdebenito hace lo mismo con un libro que tiene un título casi idéntico: *Historia del periodismo chileno*, acaso más que una historia en el sentido general, un ensayo que mira no solo la cronología sino la profesión misma, incluidas sus zonas oscuras que, por ese entonces, en el zénit de la democracia desarrollista chilena, tenían que ver con la repetida costumbre –vicio, diría uno– de las autoridades de encarcelar periodistas o de enviarlos a lugares lejanos y aislados (en una época sin internet) cuando se cruzaban en su camino.

Silva Castro es un hombre de mañas: ignora olímpicamente la época en la que vive, pasa por alto el fenómeno editorial de su tiempo: *Clarín* y la prensa popular comercial, que a la vez

que retrataba horribles crímenes y publicaba mujeres semipiluchas en portada incidía decididamente en política. Valdebenito, por su parte, disecta directamente a los periodistas, y termina su trabajo con un «quién es quién» en 1956: solo hay una mujer en el largo listado.

Para ambos, me imagino, como lo ha sido para mí, hubo un problema epistemológico esencial al aventurarse a escribir una historia del periodismo en Chile. Aunque se trata de una disciplina que, reducida a lo mínimo, se dedica a registrar más o menos todo lo que le llama la atención o es de su interés, ha dejado, a lo largo de doscientos años de historia, un vacío más o menos contundente con respecto a su propio «ser»: el periodismo chileno no se ha mirado demasiado en el espejo.

Pero, en fin, algo hay, afortunadamente, entre la aparición de la *Aurora de Chile* en 1812 y el terremoto de febrero de 2010, que marca la aparición de las redes sociales en las prácticas y rutinas del periodismo profesional chileno. Lo que sí es, me parece, común es que cuando hablamos de periodismo hablamos de un triángulo en cuyos vértices están los medios de comunicación, los periodistas y el poder político. Es decir, puede ser atractivo documentar cómo se realizó la primera transmisión vía satélite de televisión en Chile (julio de 1968: unos huasos y huasas tremendamente ABC1 cantan tonadas desde la

residencia del embajador chileno en Washington, D.C.), pero teniendo claro que la acción fue fruto de un involucramiento directo del Estado, y de una interpretación de la modernidad a través de la tecnología como un esfuerzo gubernamental, además de la participación de un medio que acepta esta realidad y modifica sus rutinas y prácticas periodísticas.

Por lo demás, no hay una diferencia sustantiva que haga del periodismo que se practica en Chile algo especial, si se lo compara con el periodismo argentino, peruano o colombiano. Más bien se trata de ver cómo esta disciplina, profesión u oficio (el debate sigue abierto) se ha desplegado a lo largo de la historia en el país.

Entonces, señoras, señores, revisemos a continuación uno de los momentos más terribles, uno en que el sistema político, un medio de comunicación y unos periodistas se lanzan a la arena en una especie de comedia, claro que en el momento no se vivió así.

Donde las papas queman

El protagonista, por supuesto, es el inefable *Clarín*, periódico clave del siglo xx y representante eximio de la prensa popular comercial chilena, aquella que sin mayores ingresos por publicidad pagaba las cuentas a punta de mujeres semidesnudas, escandalosos crímenes, fieros partidos de fútbol y coloquiales —y hasta groseros— juegos de palabras y apodos en los títulos.

Clarín bebía de la tradición de *Las Noticias Gráficas*, periódico que lo antecedió y que hizo de la crónica policial un muy buen negocio, además de forjar a una generación de rudos cronistas que estaban siempre «donde las papas queman». La escuela de *Las Noticias Gráficas* —sensacionalismo, posición política de izquierda o al menos antiderecha, y denuncia a favor de las clases sociales más pobres— perduraría y encarnaría en un candidato improbable.

Durante la dictadura de Ibáñez, a fines de la década de los 20, un joven boliviano que se había avecindado en Valparaíso de niño apareció en escena como mano derecha del contralor Pablo Ramírez. Pero su carrera en la política se vio frustrada prontamente: por su condición de boliviano, y tras un episodio de bullying sufrido en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, Darío Sainte Marie optó por el periodismo. Después del 52, y tras una carrera en la editorial Zig-Zag y en Estados Unidos (fue

editor de la Associated Press), figuraba como director del diario gobiernista *La Nación*. Nunca abandonó el ibañismo.

En 1954 Sainte Marie dio con la idea de salir a competir con los diarios de la tarde, que entonces eran *La Segunda* y *Las Noticias de Última Hora*. Con *La Nación* como nave nodriza, ese año, entonces, apareció *Clarín*. Tras un par de años malos, la empresa decidió cerrar la operación. Pero su director vio la salida: compraría él *Clarín* a *La Nación*, se quedaría con la propiedad y publicaría el diario en la mañana. Tendría, como socio en la operación, nada más y nada menos que a su amigo, el presidente Carlos Ibáñez.

Clarín mantendría las características sensacionalistas de los vespertinos (para entonces, *La Segunda* también estaba en esos pasos). Sería, así, un ave rara, que competiría directamente con *Las Últimas Noticias* pero con la mezcla explosiva de los diarios de la tarde, llenando el vacío dejado por *Las Noticias Gráficas*. Con el tiempo, esa competencia se transformó en un fenómeno: *Clarín*, con su explosiva mezcla de humor corrosivo, titulares alaracos, mujeres ligeras de ropa, fútbol, crímenes y política irreverente y descarnada se transformaría en el diario más leído y vendido de la historia de Chile, y el ícono máximo de la «prensa popular». Su director y dueño además escribía en el diario, y mucho. Para firmar usaría varios seudónimos, pero sin duda el más recordado de todos es Volpone.¹

Aún en el momento de escribir estas líneas los ecos de *Clarín* no se han apagado. Un tórrido proceso judicial que buscaba una indemnización fiscal sobrevivió a la muerte del diario en el golpe de 1973 y a la dictadura y llegó hasta 2020, en un triángulo en el que estaban los herederos de Sainte Marie; Víctor Pey, empresario cercano a Salvador Allende que fue el último controlador del diario, y el Estado de Chile.

Miles de chilenos recuerdan el rol de *Clarín* durante la Unidad Popular (1970-1973) y a Sainte Marie como una suerte de hacedor de reyes, el hombre que durante muchos años realmente controló, desde las sombras, la política chilena. Esta especie de J. Edgar Hoover no necesitó, dice esta narrativa, de un cuerpo de investigaciones policiales, sino de un simple diario.

¹ El nombre viene de una obra de Ben Jonson, dramaturgo contemporáneo de Shakespeare. *Volpone* («zorro» en italiano) es un personaje vividor, lascivo, estafador y amante del dinero. Goza de una gran capacidad retórica.

«Lo que el señor Sainte Marie hace es algo más utilitario y menos elegante: adhiere, después, al vencedor. Yo diría que adhiere no en el sentido literario o político de la palabra: “adhiere” como un molusco al casco de las naves.»

Tal vez convenga contar esta historia por el medio y partir con un ejemplo que sirve para dar cuenta del impacto de *Clarín* en la clase política, el estilo que Sainte Marie le imprimía al periódico para conseguir el doble efecto de influencia política y éxito comercial, y la visión que la elite tenía del fenómeno.

En 1966 se discutían una serie de reformas a la «ley mordaza», la famosa ley de abusos de publicidad que venía de los años de Jorge Alessandri y que el nuevo gobierno demócratacristiano pretendía suavizar. La ley era una actualización de un viejo decreto que provenía del año 1925 y que a *Clarín* no le gustaba. La izquierda, al menos el Partido Socialista, había prometido derogarla. El 2 de septiembre *Clarín* en su editorial acusó al senador socialista Raúl Ampuero de obstaculizar la reforma, lo que a juicio del periódico constituía traición.

Ampuero era un viejo rinoceronte de la política chilena, y ciertamente no era la primera vez que era atacado en la prensa. Pero los dardos de Sainte Marie lo hirieron y decidió contestar en el Senado las imputaciones que le hacía el diario. Sus descargos dan cuenta de los efectos que, en los años sesenta, pero hay evidencia de que también en los cincuenta, *Clarín* tenía en la vida política del país. Tras explicar el complejo proceso de técnica legislativa que había retrasado la reforma de la ley, dijo Ampuero:

Existe la idea generalizada, en los ámbitos parlamentarios y en los altos círculos de los partidos políticos, de que quien se enfrenta a *Clarín* debe poco menos que renunciar a la vida política.

(...)

Sé que esta explicación, con ser tan clara para quien quiera entenderla, será inútil para el diario *Clarín*. Este busca amedrentar; sólo amedrentar. Impedir que alguien alce la voz para

contradecirlo. Para eso cuenta, no sólo con sus redactores habituales, sino también con otros, políticamente desplazados, que llegan hasta sus columnas para revalidar sus nombres o sus seudónimos. Particularmente, dos: «Callampa» y «Picotón».² ¡Viejos zorros! Con esos seudónimos, parecen haber producido, desde el primer momento, una extraña fascinación en el experimentado dueño de *Clarín*.

(...)

Sé que mis alusiones de esta tarde desencadenarán nuevos enconos; pero, ¿qué puedo perder? En el editorial que comenté denantes, *Clarín*, exteriorizando un rencor visceral, me supone «autocandidato a la Presidencia de la República»; y a continuación, repitiendo tres «jamás», asegura que nunca ese diario prestará apoyo a ninguna postulación mía. La verdad es que esto puede ser contraproducente. Porque ocurre que el señor Sainte Marie nunca ayudó a vencer a nadie. Siempre se equivocó medio a medio en sus preferencias presidenciales. Lo que el señor Sainte Marie hace es algo más utilitario y menos elegante: adhiere, después, al vencedor. Yo diría que adhiere no en el sentido literario o político de la palabra: «adhiere» como un molusco al casco de las naves. Succiona al vencedor, establece con el triunfante una especie de pacto de sangre, en que uno paga con halagos, con adulaciones, y el otro con facilidades para que prospere el negocio del señor Sainte Marie, y eventualmente, para que no llegue a la cárcel. Adulación por indulto; halago por impunidad.

² Técnicamente el primero era Lord Callampa, seudónimo empleado por el abogado socialista Oscar Weiss como homenaje al político de los albores de la república Mariano Egaña, quien también usaba este seudónimo en la prensa. Ver Francisco Mouat, *Chilenos de raza* (2011). Picotón era el columnista y periodista maucho Ricardo Boizard. Mezcla de demócratacristiano, pinochetista y anarquista, se calificaba como «anti-todo». «Odiaba a la derecha por putera y a la izquierda por pornográfica y borracha», Mario Verdugo, «El venenoso periodismo de *Picotón*: Contra los mamones de centro», *The Clinic*, 1 de agosto de 2013.

Uno se embriaga con la popularidad barata y falsa de *Clarín*; el otro goza de la impunidad y sigue acumulando dinero.³

Si la editorial de *Clarín* ya había incendiado la pradera, la contestación en el Congreso apagó el fuego con combustible. Todo el mundo se sintió con derecho a intervenir, mayoritariamente a favor de Ampuero, cuyo discurso le había abierto puertas a la futura nominación presidencial de su sector. Alone, el célebre crítico literario de *El Mercurio*, sin embargo, se restó de las alabanzas, y de su puño y letra elaboró sus pensamientos sobre el rol que *Clarín* cumplía en la política nacional.

«Volpone» y *Clarín* han asumido la tarea de ser las alcantarillas de este país y se dedican a recorrer los bajos fondos recogiendo esas materias cuyo solo nombre hiede (...) la prensa más o menos sucia o criminal tiene tradiciones remotas.

Pero una cosa no se puede negar: nadie le había sacado tanto partido como «Volpone» y *Clarín* marca una cumbre, «bate un récord».

Hay allí depósitos de inmundicia y tesoros de infamia que creemos difíciles de superar. (...)

Cierto que no hay negocio como ese, tan seguro. Pariante de la cantina, émulo de los prostíbulos, satisface necesidades inextinguibles de la especie humana, vende una mercadería que siempre halla compradores.

Confesémoslo. Todos tenemos adentro un rincón canalla y sentimos necesidades inconfesables. ¿A qué más hipocresías? No por reprimirlos dejamos de experimentar los impulsos de matar a este, de escupir al otro, de inventarles a aquellos calumnias mortales.

«Volpone» no se reprime. Tiene ese gusto y lo luce. En la plaza pública, a la hora de más concurrencia, sin ocultarse de nadie, se baja los pantalones, etcétera. Algunos apartan los ojos, otros dan muestras de náuseas y varios protestan contra el insolente; pero no faltan los atraídos por el espectáculo que alaban la franqueza, se aproximan al orificio pestilencial y hasta los hay que sacan la lengua y se relamen, como ante un posible alimento.

Es bastante probable que sus palabras tuvieran la doble función de estar a favor y en contra de *Clarín* al mismo tiempo: decir que la fecca es necesaria no quita la calidad escatológica al objeto de análisis. Alone ejerció la crítica a niveles muy altos, y esta refutación es a la vez formal y chiste borgeano. Con todo, da cuenta de que *Clarín*, pese a su toxicidad en la forma, era un actor relevante del escenario político, social y cultural, y lo seguiría siendo.

Pero acaso en *Clarín*, tal como en los diarios gaceteros, la impronta del dueño, aún rodeado de la modernidad de la segunda mitad del siglo xx, es clave en el carácter y destino del diario. La contestación que desde Alemania del Este hizo Sainte Marie del discurso pronunciado por Ampuero debe ser no solo una de las diatribas más excelsas de, acaso, la literatura nacional, sino que da cuenta de un periódico que usa las armas del lenguaje popular y la identificación con una izquierda que «no perdona». Permítaseme ser generoso y reproducir buena parte de la contestación. En términos literarios, es una columna escrita por Volpone que sale en defensa de Darío Sainte Marie, y se produce el juego de estar escrita en tercera persona pese a que seudónimo y persona humana remiten al propio Sainte Marie. Volpone lanza acusaciones de todos los tipos, desde la escatología a la alta política:

Creo que fue en enero o febrero de 1964, en una tarde estival de sol quemante, cuando llegó Raúl Ampuero a visitar a Darío Sainte Marie en su casa de San José de Maipo.

El «bicharraco» arribó manejando un flamante Fiat. Vestía atuendo de «colérico», una camisa de cuello largo y manga corta, color violeta de Persia llamarían ahora a esa ceñida entropierna que le iba desde más arriba de sus rodillas hasta debajo de su ombligo. Su reconocida falta de higiene, agravada por el exceso de la canícula, hacía despedir un tufillo a «churrete» que obligó a su anfitrión a mantener la distancia sentado debajo de un guindo.

Continúa, Volpone, haciendo un repaso de las declaraciones de Ampuero en el hemiciclo, y contestándolas; la mayoría de ellas se torna personal o alude directamente al problema legislativo con la «ley mordaza» que había comenzado todo. Lo que resulta interesante para la comprensión de *Clarín* a lo largo de su vida

3 Raúl Ampuero, «Réplica a ataques del diario Clarín». Diario de sesiones del Senado, versión taquigráfica. Sesión 62a, 7 de septiembre de 1966.

«Confesémoslo. Todos tenemos adentro un rincón canalla y sentimos necesidades inconfesables. ¿A qué más hipocresías?»

es, quizás, cómo el columnista y dueño del diario reacciona ante la «acusación» que hace Ampuero de que el diario es una especie de hacedor y destronador de reyes en la izquierda chilena:

Pero no solo en esto nuestro diario es una excepción y ha roto la norma de lo usual y acostumbrado. También es el único rotativo en el mundo que no depende del centimetrage de sus avisos comerciales ni de ninguna clase de información pagada para financiarse, y esto se debe principalmente a que su propietario, Darío Sainte Marie, no es un mercachifle y mantiene su independencia económica exenta de colusión o «polución» con los sectores oligárquicos y plutocráticos nacionales y extranjeros, a los que combate inexorablemente en todos los frentes de la vida ciudadana. Esto lo sabe y lo siente el pueblo, y por eso el pueblo quiere a *Clarín* y lo ha hecho su principal órgano de orientación, mal que les pese a esos políticos intrascendentes y de menor cuantía que, como Ampuero, solo sirven de postillón a sus bajas pasiones y menudos rencores. *Clarín*, para su honra impecederá jamás será aplaudido por *El Mercurio* ni será congratulado por el Marqués Bulnes ni por el Cachimoco Ibáñez ni por el Paquetón Durán⁴ como lo es este «rábula» (...).

Ni *Clarín* ni Darío Sainte Marie jamás serán lo que actualmente es Ampuero: un «come-mierda» de la oligarquía, un «limpiaculo» de la plutocracia.⁵

La polémica creció y creció al punto de que cuando Volpone regresó de Europa, en barco, Ampuero lo fue a esperar a Valparaíso, y en la escalera de la embarcación se trenzaron en un duelo verbal que terminó en algunos manotazos, un paraguazo y la expulsión de un botón de

la chaqueta de Volpone. El tole-tole, anunciado por Ampuero con semanas de anticipación, concitó la atención pública durante las semanas previas, y se produjo, finalmente, frente a unos cien periodistas de todos los medios de comunicación y varios detectives que estuvieron ahí para impedir que el asunto escalara.

Dijo Woody Allen o Groucho Marx que comedia es tragedia más tiempo, y acaso esta olvidada anécdota de la segunda mitad del siglo xx sea una demostración de esa oportuna frase. Pero también es una demostración de que grandes diarios, empresas periodísticas basadas casi exclusivamente en su circulación, como era el caso de *Clarín*, eran una parte «no reglada» pero muy real del sistema político, y de que no solo los políticos ejercían presión sobre los medios en tanto instituciones, sino que también, como en el caso de Sainte Marie, había hacedores y destructores de reyes, en una situación casi paritaria.

Alfredo Sepúlveda es máster en periodismo de la Universidad de Columbia y director de posgrado de la Facultad de Comunicación y Letras UDP. Este texto es un extracto de su próximo libro, *Historia del periodismo en Chile*.

4 Se refiere a Francisco Bulnes Sanfuentes y Pedro Ibáñez Ojeda, entonces senadores del Partido Nacional, y a Julio Durán Neumann, senador del Partido Radical.

5 Ver «Volpone responde desde Europa: ¡Ampuero!», *Clarín*, 24 de septiembre de 1966.

Yanko González:
**«Una editorial universitaria
no puede ser un acuario
endogámico»**
Jennifer Abate



Un académico de tomo y lomo es Yanko González (1971), antropólogo, magíster en investigación básica y aplicada en antropología y en ciencias sociales aplicadas, doctor en antropología social y cultural, y decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Austral de Chile entre 2011 y 2017. Sin embargo, al menos hasta la publicación de su ensayo *Los más ordenaditos. Fascismo y juventud en la dictadura de Pinochet*, ganador del Premio Mejores Obras Literarias en la categoría Escrituras de la Memoria en 2021, su nombre se asociaba de manera más instintiva a su obra poética, con la referencia ineludible del ya mítico *Metales pesados* (1998, reeditada en 2016) en boca de lectores de todas las edades. Menos conocida aun es su faceta de editor académico, la que ejerce en Valdivia como director de Ediciones UACH, la editorial de la Universidad Austral, que se ha anotado algunos hitos desusados en el campo local, como la instalación de una colección sobre cultura escrita y bibliofilia con títulos como *Bibliofrenia*, de Jesús Rodríguez, *Tocar los libros*, de Jesús Marchamalo, *Ojo crítico. Las peores críticas a los mejores autores*, de Constantino Bértolo, o *Shakespeare and Company. Memorias de una librería crucial del siglo XX*, de Sylvia Beach. En esta entrevista se refiere a los desafíos de dirigir una editorial universitaria y a la relevancia de tener una mirada política que no deje morir proyectos intelectuales como estos en las universidades.

–Me llama la atención que la editorial de una universidad de tanto prestigio como la Austral tenga una vida tan corta; recién fue creada en 2014.

Estábamos molestos con la universidad y haciendo ruido hacía mucho tiempo. Sí, es muy breve su trayectoria, pero es muy larga, es larguísima, la lucha por tener un sello editorial. Era bastante vergonzoso no tenerla. Yo no estudié para editor, no tengo estudios formales en el ámbito, pero llegué a empujar la creación de la editorial junto a varias y varios colegas y a dirigirla por amor a los libros, pero también por vergüenza: hacer una vida académica en una casa de estudios desabrigada de algo tan fundamental para la esencia universitaria como una editorial es bochornoso. Imagínate, la Universidad Austral de Chile nace en 1954 –su nombre se la puso nuestro exdecano Jorge Millas– y recién formaliza la creación de una unidad editorial el 2014... Después de sesenta años.

–¿Y por qué no se había concretado antes?

Hay varias razones, pero yo creo que una de ellas es que la universidad tuvo desde su nacimiento una impronta silvoagropecuaria, pero con una suerte de balance, de equilibrio político muy fuerte hacia una concepción humanista, integral desde el punto de vista formativo, dada por el rector

Es como en la poesía, cuando te dan un pie forzado tú puedes transformar esa limitación en una joya posible o hacer un soneto insufrible.

fundador Eduardo Morales. Pero poco a poco, más allá de esta impronta, el poder académico y político lo fue tomando una tecnocracia y algunas áreas científicas que asumieron como modelo de comunicación el *paper* y les interesó, por tanto, invertir tiempo y recursos en revistas científicas, lo que estuvo muy bien, pues se crearon *Archivos de Medicina Veterinaria*, *Estudios Filológicos*, entre otras, pero se abandonó por completo el soporte que con más profundidad, solera y tradición impacta en el «ágora», como el libro.

En los años sesenta la universidad creó una imprenta y tú sabes que ha sido muy fácil confundir una imprenta con una editorial, muy difícil sacar de la cabeza de la gente que una imprenta imprime y una editorial criba, modela, difunde, en fin, edita. Ahora bien, lo interesante es que en esa imprenta comenzaron a publicarse, junto con algunas revistas científicas, documentos internos y burocráticos, la revista de arte y creación literaria *Trilce*, que fue una de las revistas fundamentales de la década de los sesenta y que, junto a otras pocas, descentralizó el canon literario en Chile.

Pero una imprenta no está bajo criterios editoriales y empezaron a salir también algunos volúmenes pésimamente editados, sin sello ni domicilio editorial. Esto se agudizó bajo dictadura, porque se publicó muy poco; lo que hacía la imprenta era publicar papeles meramente administrativos. Hasta que llegó Manfred Max-Neef. Cuando me integré como profesor en la universidad, el año 95 o 96, estaba él de candidato, creo que se estaba presentando por segunda vez, y le insistí majaderamente que era muy necesaria la creación de una editorial, pero él dijo que no, que iba a aliarse con una editorial de Costa Rica para publicar nuestros libros. Al año siguiente, para más infortunio, Manfred cierra la imprenta. Después asumió la rectoría Carlos Amtmann, que era del ámbito de las humanidades y ciencias sociales y con quien teníamos cercanía. Yo me estaba doctorando en Barcelona y tomé

contacto con la editorial de la Universidad Autónoma de Barcelona y la editorial Paidós para estudiar sus experiencias. Le dije: «Carlos, hagamos esto rápidamente». Estamos hablando del año 2002, 2003. En ese tiempo llegué más entusiasta porque veía que había posibilidades de resolver esta vergonzosa deuda. Además, aunque estaba dedicado a la antropología, seguía ligado fuertemente a la literatura, o sea tenía vínculos con la escritura, las publicaciones, los libros.

Bueno, presenté el proyecto editorial y finalmente encalló en la vicerrectoría académica y fue a morir en nada. Hasta que una década después fui elegido decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades y desde ahí, con más fuerza e incidencia, nos reunimos colegas de varias facultades, más profesionales de la Dirección de Extensión y el apoyo de las nuevas autoridades y sacamos en conjunto la editorial adelante. Fue un esfuerzo mancomunado, y con un hambre atrasada.

–Pones mucho énfasis en que han sido personas relacionadas con el ámbito de las ciencias sociales y las humanidades las que se han preocupado de desarrollar un proyecto editorial en la universidad.

Quizás, pero supongo que es casi natural, pues el libro o este tipo de soporte es primordial no sólo para comunicar los saberes de estos ámbitos del conocimiento, sino para generarlos. Algo que a veces es difícil de explicar. El continente es capaz de modelar, activar e imaginar el contenido, de ahí el problema del *paper*, su corsé y su propio modelo narrativo; aparte de uniformizar los modos en que el pensamiento discurre y se expresa, lo conforma, lo dispone. El libro y los poliédricos géneros que en él caben permiten una libertad y una extensión mayor que posibilitan a su vez fertilizar otros modos de conocer, cavilar y comunicar conocimiento. Lo relevante, creo, es que las ciencias físicas y naturales que convivieron tanto y de manera tan gravitante con el libro

Esa idea de Vallcorba la encontrarás en las memorias de muchas y muchos editores: cuesta enormemente construir el prestigio de una editorial y cuesta nada destruirlo.

se resistan a ser domesticadas totalmente por el *paper*. Son impensables, por ejemplo, teorías axiales sin los «tratados» contenidos en la obra de Darwin, en los *Principios matemáticos de la filosofía natural* de Newton o en *Systema Naturae* de Carl von Linneo.

—¿Cómo fue el proceso de construcción del catálogo?

Sé que alguna gente cree que las editoriales universitarias están condenadas a publicar literatura gris, libros académicos cifrados, pero en nuestro caso lo primero que planteamos fue que una editorial universitaria tiene que retomar y enriquecer esa tradición latinoamericanista de ser porosa, amplia, compleja desde el punto de vista del conocimiento y la creación con la que trabaja. De tal modo que las ediciones académicas comenzaron a publicarse, pero en paralelo empezamos otras colecciones más abiertas a todo lector, como la patrimonial, la Caballo de Proa de traducción de literaturas nunca traducidas al español o acá en Chile, en la que participan como traductores poetas del sur de Chile o de América Latina. Libros en tapa dura, con los que intentamos darle dignidad a la «literatura de imaginación» y jugar un rol activo en los procesos de descentralización y desconcentración cultural, apostando por otros territorios como polos de irradiación inversa.

También la colección Biblioteca Luis Oyarzún, compuesta por «libros sobre libros», colección que siempre consideré urgente armar y publicar habida cuenta de los cambios y nuevas tecnologías en el ámbito de la lectura y la escritura. Otra denominada Biblioteca Jorge Millas en la que hemos publicado ensayos contemporáneos, y la colección Biblioteca Hugo Campos de divulgación científica. Quieren ser una señal potente de que una editorial universitaria no puede ser un acuario

endogámico que publica sólo a sus docentes, de espaldas a la región, al país y a otras lenguas y tradiciones culturales. Está en la propia definición de universidad: la prescripción de universalidad.

—¿Cómo toman las decisiones de publicación?

Hacemos todo lo posible por publicar un promedio de diez libros al año y es un proceso que está muy regulado. Nos preocupamos de eso desde la fundación del sello, es decir, que no fuera la tiranía de una persona, que cree que lo sabe todo y toma todas las decisiones de lo que se publica lo que rija la editorial. Pensamos que debía ser una casa editora encarnada en la universidad, institucionalizada y, por tanto, colegiada. Uno de los procesos más importantes que tuvo la editorial fue la creación de un reglamento, que tanto los miembros del Consejo Editorial y de la dirección editorial, estuviese reglado, desde sus atribuciones hasta su permanencia. Eso nos ha permitido sortear crisis institucionales importantes y contar con procesos claros e informados de publicación. Puedes ir a la página web y vas a ver los procesos que tenemos para recepción de manuscritos, cuáles son los tiempos, etc.

Pero tampoco es maniáticamente reglado, porque nos permite, como equipo y dirección editorial, tomar la iniciativa en algunas colecciones que no son académicas y de alto impacto en una comunidad de lectores más amplia y que, por lo mismo, a veces son los libros que más se conocen de la editorial.

—¿Y la universidad te pide publicar a autores por compromiso, académicos o académicas del plantel?

Por eso son tan importantes los procesos de institucionalización. En nuestro caso, es

La editorial universitaria tiene que seguir con esa tradición latinoamericanista de ser porosa, amplia, compleja.

fundamental que la editorial se componga de un cuerpo colegiado de alta competencia y trayectoria científica, porque eso evita ese tipo de presiones indebidas. Una editorial universitaria sería debe tener una observancia absoluta sobre los criterios y procesos de selección de los libros que publica; para ello tanto la línea editorial como los pares especializados y los baremos de calidad son esenciales, no sólo para evitar la arbitrariedad sino para evitar el descalabro de la integridad, trayectoria y prestigio de un sello.

Alguna vez, al pasar, le escuché decir al finado Jaume Vallcorba, fundador de Quaderns Crema y Acantilado: te demoras años y años en construir el prestigio de una editorial y el descuido de un solo libro, un solo volumen impresentable e injustificable que publiques, arruina el trabajo de décadas.

–Hay que intentar independizar a la editorial de las autoridades de turno.

Exacto. Esa idea de Vallcorba la encontrarás en las memorias de muchas y muchos editores: cuesta enormemente construir el prestigio de una editorial y cuesta nada destruirlo con un par de libros malos, impuestos o arbitrarios. Uno de los puntos relevantes de una editorial universitaria es que pueda tener un peso político tal que no le quiten presupuesto, que no la transformen en la editorial del rector, que no la conviertan en una mera imprenta de tesis o *papers* con lomo.

En el caso de Ediciones UACH, hubo un debate interesante en el consejo editorial a propósito del reglamento sobre las características del director, sus métodos de elegibilidad, cuánto duraba, cuál sería su plan estratégico. Si la editorial la dirigía un profesional [no un académico], podía ser alguien supercapo, extraordinario desde el punto de vista de la edición profesional, pero no iba a tener la musculatura científica

y, sobre todo, el peso político al interior de la institución para que la editorial subsistiera y asegurara a largo plazo su independencia política interna, su calidad académica e intelectual. Ese peso es crucial para que no sea un instrumento, ni un arma arrojada de ninguna autoridad unipersonal, sino un puente de toda la comunidad universitaria para generar una conversación y una escucha social con el país y su entorno.

–¿Cuáles son las vías de financiamiento de la editorial?

Desde que hicimos el reglamento, un modesto presupuesto basal que estos últimos años ha sido muy variable. También buscamos recursos en el Fondo del Libro u otros organismos. El año 2021 postulamos cuatro proyectos al Fondo del Libro y los ganamos, lo que nos permitió fortalecer algunas colecciones académicas. El año pasado lamentablemente perdimos la propuesta para publicar cuatro libros de traducciones de diversas poetas, lo que le hubiera dado proyección a nuestra colección Caballo de Proa, pero bueno, ganamos uno, que nos permitirá publicar el nuevo libro del destacado filósofo y ensayista Vicente Serrano.

–Es una constante la búsqueda de financiamiento en este tipo de proyectos editoriales.

Mira, los recursos van saliendo poco a poco en la medida en que la comunidad universitaria entiende que esto es muy relevante. En nuestro caso, no era imperativo que toda la estructura editorial estuviera lista. Esta debía supeditarse a las obras, a una buena curatoría de libros. Tenemos obras de Jorge Millas, de Luis Oyarzún, María Catrileo o del naturalista Rodolfo Amanda Philippi, de Fernando Santiván (primer secretario general de la universidad), a los cuales acudir. De hecho, mi idea siempre fue partir con

el libro, que finalmente terminamos publicando el año pasado, *Defensa de la Tierra*, de Luis Oyarzún, un par de obras de Jorge Millas y el diccionario de María Catrileo, y con esos libros empezar a caminar. Y así fue ocurriendo, aunque según el albur de los recursos...

—¿Cuál es el público objetivo de la editorial?

Tenemos un mandato, como editorial universitaria, de divulgar lo mejor del conocimiento generado tanto por nuestra institución como de otras comunidades académicas. Ello implica un énfasis en la vocación comunicativa de los libros que publicamos, cuestión que el Consejo Editorial tiene muy presente porque está en el reglamento. Ahora, a nivel personal y en lo que me cabe en cuanto a curatoría y selección, va a sonar un poco cursi, porque es cursi, pero vuelvo a la metáfora del regalo. Cuando busco obras y autorías, pienso en personas a las que quiero mucho y a quienes les gustaría leer esos libros.

—¿Cuáles crees que son las ventajas y desventajas de una editorial universitaria frente a una editorial comercial?

La ventaja es que siempre vas a tener un piso infraestructural, digamos, puedes contar con funcionarios, tener un presupuesto mínimo garantizado que permite cierta viabilidad en el tiempo, todo ello si es que no te tocan en suerte autoridades persecutorias, mandos palurdos o catetos del *paper*, sin ese *minimum minimum* ethos universitario. Entre las desventajas está la colisión de temporalidades: los libros se planifican y conllevan procesos que ocupan dos y hasta tres años o más, si consideramos la gestión de derechos o traducción, y las instituciones funcionan con presupuestos anuales, por lo que hacer entender la necesidad de recursos proyectados es muy difícil.

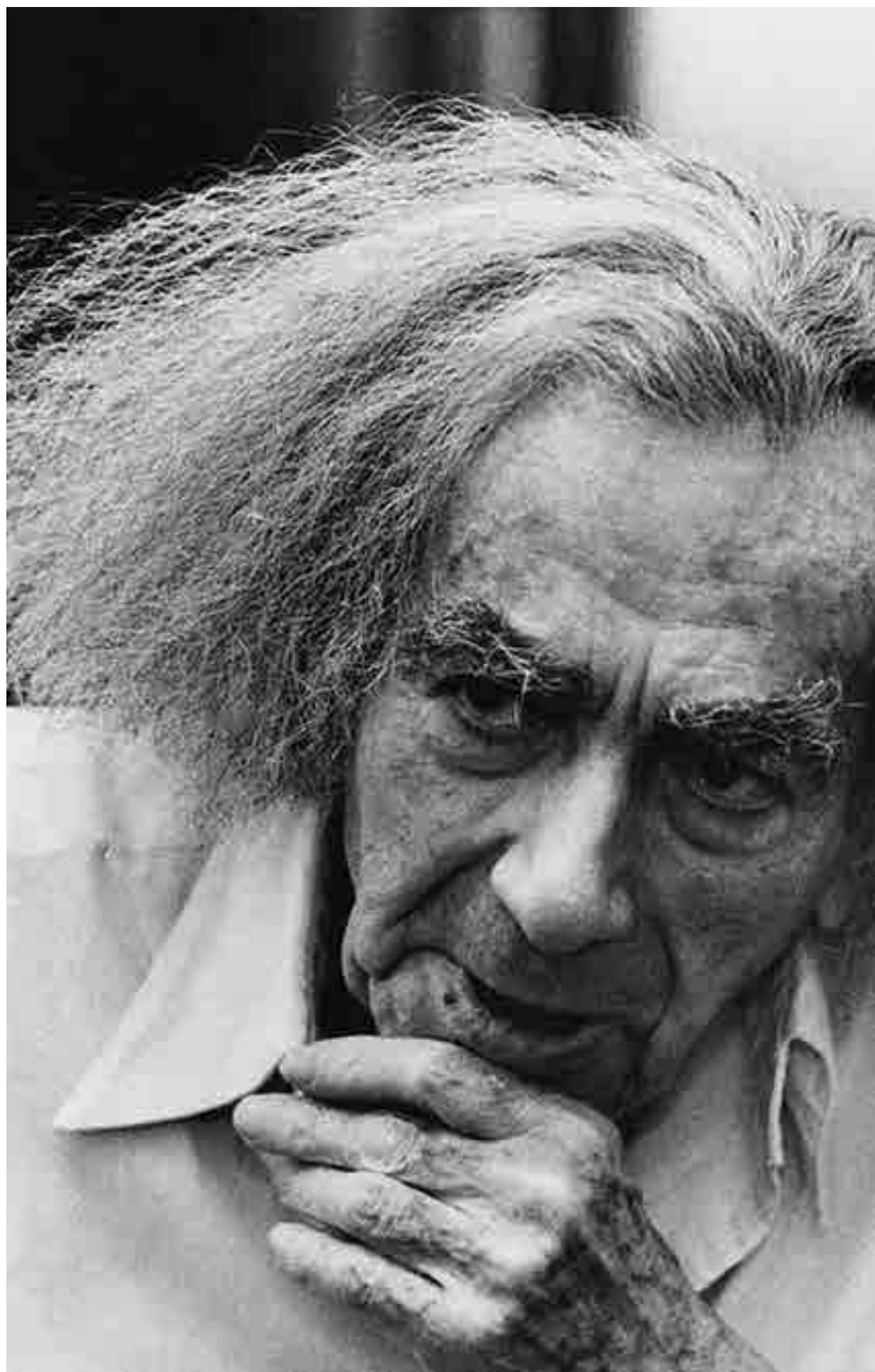
Para algunos podría considerarse una desventaja el publicar obligadamente libros para especialistas que no los lee nadie, o deberse a la sociedad y a los territorios donde una universidad se inserta, por una suerte de limitación de las libertades editoriales. Para nosotros, esos son pies forzados virtuosos. Hemos abrazado ese último pie forzado como impronta, hemos tratado de convertir en una impronta la responsabilidad y compromiso con nuestro entorno,

pero entendido de manera amplia, que incluye el territorio sur austral y mucho, mucho más allá. Como la poesía, cuando te dan un pie forzado tú puedes transformar esa limitación en una joya posible o hacer un soneto insufrible.

Pero bueno, nos falta mucho, muchísimo, nuestro catálogo es muy modesto, recién alcanzó los noventa libros publicados en junio de 2023, y no hay un solo día que no deje de pensar en los libros que faltan y en los sesenta años que nuestra universidad estuvo prácticamente muda en términos editoriales.

Jennifer Abate es periodista de la Universidad de Chile.

Perfil



Leyó, paseó y amó

Las baladas de György Faludy

Florencio Ceballos

La fijación con Hungría me la inoculó Pali, un viejo amigo que en sus correos y sus cada vez más raras visitas intenta con insistencia introducirme al conocimiento de personajes notables, brillantes, judíos y húngaros como él.

Así conocí, entre otros, a la imbatible ajedrecista Judit Polgár y sus casi tan imbatibles hermanas; a la familia Polanyi, repleta de genios y polímatas excéntricos; a Agnes Heller, la filósofa imprescindible que murió nadando a los noventa años en el lago Balatón; a un grupo de científicos extraordinarios que en los pasillos del Proyecto Manhattan apodaron «los marcianos» y al fotógrafo Robert Capa, que dijo eso de que «no basta con tener talento, además hay que ser húngaro».

En una de sus visitas, Pali me trajo de regalo —aunque últimamente le ha dado por insistir que fue solo un préstamo— la autobiografía de un poeta del que jamás había escuchado, y que compartía con Pali un origen y un tránsito por el siglo xx perturbadoramente análogo. Un tránsito hecho de literatura y exilios, de campos de concentración y pequeñas victorias, de amores y pasiones, de viajes y retornos. Hay buenas razones para hablar de un poeta poco conocido fuera de las fronteras de su país y de su lengua. La primera: su biografía es apasionante, excesiva, compleja, y encarna la historia de un siglo del que fue testigo privilegiado.

La segunda razón es tan política y atenta a los vientos de la historia como lo son el poeta y su

obra: cuando una ola de fanatismo autocrático y nacionalista recorre el mundo revisitando con versiones *aggiornatas* los mismos demonios del pasado, es buena idea escuchar a quien padeció, vio nacer, crecer, morir y bailó sobre la tumba de más de un totalitarismo, ya fuera fascista, nazi o estalinista.

Pero la razón principal es que György Faludy, nacido en el otoño de 1910 en el barrio de Erzsébetváros de Budapest bajo el nombre de György Bernát József Leimdörfer, fue siempre, hasta el último día de sus 95 años de vida, un poeta magnífico.

Judapest

Para 1919, el país en que nació, la gran Hungría de Francisco José I, había desaparecido. Un tratado leonino firmado con pompa en los salones de Versalles le acababa de arrancar dos tercios del territorio y la mitad de la población para repartirlos entre los vecinos triunfadores. La nueva nación, apenas la sombra de la anterior, está presa de lo que se conoce como síndrome de Trianón: mezcla de nostalgia por un pasado glorioso, cicatriz de la humillación del despojo y obstinación irredentista.

Mientras aún se sienten los coletazos de la guerra y la mal llamada gripe española deja un reguero de muertos más grande que el de las balas, en Hungría Béla Kun ha instaurado un sóviet siguiendo instrucciones radiales de Lenin

directamente desde Moscú. El experimento dura 133 días y deja varios cientos de muertos. La respuesta está a cargo del almirante Miklós Horthy, ungido gran regente: fueron dos años de pogromos y veinticuatro de un régimen filofascista que sin ser estrictamente nazi dejará un terreno fértil para la llegada del nazismo y su filial local, la Cruz Flechada.

Hay que entender que la burguesía judía húngara era diferente de cualquier otra en Europa. Su asimilación a la nación magiar era simbiótica y –en apariencia– absoluta. «Magiars de fe mosaica» se les llamaba en las actas oficiales. Hungarizaron sus nombres hebreos y abandonaron el yiddish. Un judío húngaro era un ciudadano más. Eso por encima. Por abajo, hacía gracia el nombre de «Judapest» con que el alcalde reconocidamente antisemita de la vecina Viena, Karl Lueger, solía referirse a la ciudad.

Pero si hasta hacía poco sus retratos poblaban los salones de la Academia de Ciencias, las universidades y la Cámara Nacional de Comercio, ahora, con Horthy, se habían convertido en chivo expiatorio, acusados simultáneamente de haber perdido la guerra, del despojo de Trianón y del sóviet fallido. Las primeras leyes antisemitas, el *numerus clausus* que reduce radicalmente los cupos para judíos en la universidad, llegan una década antes que las Leyes de Núremberg a Alemania.

Aunque a los trece años a György le hubiese tocado hacer el *bar mitzvah*, la familia Leimdörfer ha decidido cambiar su nombre y hacerse bautizar. A los dieciséis ya sabe que quiere ser poeta, un poeta admirado en un país que venera como pocos a sus vates. Su padre Joachim, que siempre lleva un ejemplar del *Fausto* en los bolsillos de su abrigo, ante tiempos que se anuncian tormentosos preferiría verlo de químico industrial. Faludy insiste, se rebela, no cede, desprecia el conformismo de Joachim. Pasa seis años pobres y felices estudiando en Viena, Graz, París y Berlín. Aunque para desgracia de Joachim jamás obtiene un título, lee ávidamente, recorre las calles, aprende cuatro, cinco idiomas, memoriza, recita, discute, seduce, vuelve a leer. Faludy ya es Faludy, una personalidad intelectual única, un clasicista a destiempo, un conversador cautivante y mordaz, que salta con una desenvoltura admirable de tema y de siglo.

Las baladas de Villon

Mientras su generación huye de una Hungría cada día más hostil, Faludy retorna. Ha traducido la *Balada de los ahorcados* del poeta medieval francés François Villon, o más bien las ha «recreado» y las ha puesto patas para arriba. Ha eliminado versos y agregado unos propios. Villon ridiculiza al poder de su época –el clero bien alimentado, la policía, los usureros–, Faludy lo hace por su intermedio con el poder de la suya: Hitler, Horthy y su pandilla. La publicación por entregas de las baladas en un diario de Budapest ha sido un éxito total. Indignados académicos presentan traducciones «correctas» del poema, menos licenciosas, más respetuosas, mucho más precisas, aunque completamente muertas y sin interés. Sin quererlo, Faludy ha colado a un poeta medieval francés en el canon de la literatura húngara del siglo xx.

Y no solo ha tomado prestada la escritura del francés, también lo ha hecho con la impostura del personaje bohemio, marginal y deslenguado. Pero, a diferencia de Villon, que mató a un cura a puñaladas en una riña callejera y robó 500 escudos de oro de la sacristía del Colegio de Navarra, él no tiene problemas con la justicia.

No por ahora.

Miro sus fotos y no sé si era buen mozo, como se consigna entre quienes lo conocieron, o lo que en mi país se llama un «feo tincudo». Nariz angulosa que da a su cara un perfil triangular; frente amplia, cejas tupidas, ojos redondos, pequeños y penetrantes, como confirmando la mueca sarcástica que suele formarse en su boca, como la del que sabe por adelantado el final de un chiste. En fotografías de juventud su melena negra, espesa y rebelde se adivina mantenida a raya a punta de gomina y peineta. Luego encanecerá y se disparará escarmenada hacia todos lados, hasta convertirse en el distintivo de su efigie, haciéndoles más fácil la tarea a los que alguna vez lo retrataron.

Ha conocido a Valy y se ha casado. Pronto pierde interés en ella y se sumerge en la escena de Budapest, de la que es el *enfant terrible*. Ha cumplido tempranamente su objetivo: es un poeta famoso, al menos en los cafés del Nagykörút.

Sus poemas son requisados, prohibidos, quemados, pero circulan en *szamizdat*, ese preciso término ruso –la necesidad crea el órgano– para

Pudo ser un poeta universal –como los que solía traducir– si no hubiese escrito empecinadamente en magiar. Pero para Faludy eso era intransable, su poesía no tenía sentido en otra lengua.

referirse a las ediciones clandestinas que pasan de mano en mano. Cuentan que uno de ellos, con mofas al gobierno, llegó a las manos del ministro András Csilléry y le provocaron un infarto al miocardio. «Lo considero el mayor logro de mi carrera», dijo alguna vez. Poco después, con veintiocho años y su primer problema con la justicia, una condena de ocho años de cárcel por traición a la patria, partía por primera vez al exilio.

Patriota de la lengua

Cuando en junio de 1940 los alemanes entran a París y marchan con sus tropas sobre los Campos Elíseos, Faludy sabe que debe treparse a un tren hacia el sur, siguiendo el destino de más de dos millones de parisinos. Pero antes se sienta en el altillo donde vive junto a Valy, y con ruido de sirenas y morteros de fondo escribe durante largas horas una oda al húngaro que guarda en el bolsillo interior de su chaqueta mientras abandona a la carrera una ciudad donde ya ondea la suástica.

Fue un apasionado de la singularidad de su lengua, el *magyar nyelv*, esa isla fino-ugria en un océano latino, anglosajón, otomano y eslavo. Apenas dio con unos parientes lejanos dos mil kilómetros más al norte, los primos estonios y fineses, con los que no se entienden ni un carajo pero comparten un tatarabuelo común hace más de mil quinientos años en los Urales.

No pretendía ser neutro en cuestión de idiomas: el húngaro no era cualquier idioma; su estructura, su cadencia, la precisión de sus términos lo situaba aparte del resto. Faludy se pasó la vida traduciendo al magiar literatura universal, al tiempo que consideraba su poesía intraducible a otras lenguas. No al menos sin que el resultado fuese siempre algo decepcionante, pese al esfuerzo de sus traductores. Capturaban ideas, argumentos, tramas, pero no la melodía de la rima ni la evocación consustancial al uso de ciertas palabras. En húngaro sabía lo que *erdő* quería decir, y no era el *woods* inglés, era otro

bosque, tenía otro olor, otra sombra, otro ruido, que quedaba reservado a los hablantes húngaros capaces de sentirse en casa entre esos verbos endemoniados terminados en *ik*, entre sus veinticinco consonantes y catorce vocales, sus mil combinaciones posibles de *c*, *s* y *z*.

¿Era acaso un nacionalista? No lo sé. Fue sin duda un enamorado del país que lo maltrató, y como en esos amores tóxicos, dañinos e imposibles de terminar, siempre volvió a esa comunidad que era su lengua y su diáspora. Si existe una forma ni chauvinista ni xenófoba ni antiglobalista de ser nacionalista, esa sería la fórmula de Faludy, una suerte de patriotismo democrático y multilateralista, redoblado con un compromiso ineludible de agitar e incomodar las convenciones que construyen una nación y su lengua.

En los faldeos del Atlas

Nunca debió llegar a Casablanca, debió morir junto a Valy en el naufragio del *Château de Boncourt*, carguero francés de dudosa reputación que resultó partido por la mitad por una explosión a la salida del puerto de Bayona. Pero ellos habían saltado de vuelta al muelle cuando el barco ya zarpaba. Esas fogatas para cocinar sobre la cubierta, en medio de tambores de combustible, le habían dado mala espina. Ninguno de los pasajeros sobrevivió. Pudieron finalmente embarcarse en otro barco y llegar a Casablanca hambreados, exhaustos, sin equipaje y con la ropa hecha jirones. Pero vivos.

Amar, joven marroquí, antiguo estudiante de filosofía de La Sorbona, algo menor que él, que ha conocido en el café, lo invita a visitar su *kasbah* en los faldeos del Atlas, a un par de días de viaje. Esas semanas en las montañas Faludy las vive sin preocupación por las convenciones. Una tarde, Amar le dice que Alá ha dado al hombre muchas vidas en una vida, y solo la convención le impide vivirlas. El joven le ha traducido los poemas de Al Andalusi sobre Portugal y el de Ibn Zaydun sobre Córdoba. Faludy lo ha mirado

La purga estalinista se intensifica, sus conocidos van cayendo en desgracia y ya nadie osa publicarlo. Se mueve en el filo de la navaja, se cuida, al menos lo intenta, pero no ayudan sus odas a Stalin, que circulan en *szamizdat* y que de oda tienen poco.

dormir sobre tapices persas en el techo fresco de la *kasbah* y ha admirado su cuerpo a la luz de la luna. Han visto el sol ponerse sobre las colinas del oeste y luego, por un segundo, han podido distinguir el rayo verde, un destello breve y perfecto como ese año feliz en Marruecos mientras el mundo se derrumba.

Rumbo a América

El presidente Roosevelt le ha ofrecido radicarse en Estados Unidos y en Nueva York ha sido nombrado secretario general del Movimiento Hungría Libre y editor en jefe de *Harc* («lucha»), el semanario de la diáspora. Le preocupa que en el futuro sus biógrafos –confía en que los tendrá– escriban: «Durante la Segunda Guerra Mundial, Faludy permaneció en Nueva York y escribió algunos bellos poemas», y, peor aun, que agreguen luego: «... mientras frecuentemente y con entusiasmo incitaba a otros a arriesgar sus vidas en defensa de la libertad». Así, tras Pearl Harbor se enlista en la Legión Habsburgo del U.S. Navy con checos, croatas, serbios y eslovacos, y parte al frente del Pacífico.

Después de tres años movilizado ha vuelto a Estados Unidos y su primo lejano, el físico Leó Szilárd, lo lleva una tarde a conocer a Einstein, su antiguo maestro en la Universidad de Berlín. Rememoran aquella otra ocasión, verano del 39, en que Leó visitó a Einstein en Long Island, esa vez para hacer sonar la alarma. Otto Hahn, Fritz Strassmann y Lise Meitner, sus antiguos compañeros de la Universidad de Berlín, habían descubierto algo que bautizaron como «fisión nuclear». Al bombardear con neutrones el núcleo de un átomo de uranio habían obtenido bario, un elemento más liviano. Se había perdido masa, y desde $E=mc^2$ eso significaba liberación de enormes cantidades de energía. Leó ya estaba

atento a la tercera derivada: una reacción en cadena capaz de alimentar un arma de una escala hasta entonces inimaginable, que decidiera la guerra a favor de Hitler. «*Daran habe ich gar nicht gedacht!*» (¡No se me ocurrió pensar en eso!), lanzó un consternado Einstein tras escuchar a sus colegas. A continuación, en dos carillas perentorias, le informa a Roosevelt de este peligro y le pide hacer lo necesario, por lo pronto cortarles a los alemanes el aprovisionamiento de uranio del Congo. El resto de la historia es conocida como Proyecto Manhattan y es la base material de la Guerra Fría en la que tanto Einstein como Szilárd tendrían roles importantes como activistas contra la proliferación nuclear. A Faludy, esa tarde, Einstein le habló de lo mal que hacen los calcetines para la circulación de la sangre y de cómo eso indefectiblemente afecta la claridad de nuestros pensamientos. Por el resto de su vida, incluso durante el invierno canadiense, Faludy no volverá a usar calcetines.

Poemas como programa

Después de la guerra viaja de vuelta a Hungría y en su equipaje van mil poemas traducidos de lo que considera la mejor poesía del mundo. Un legajo de hojas disparejas con textos de autores tan diversos como el chino Wang Wei o Robert Frost, el japonés Enomoto Seifu, el persa Abu Nuwas, Baudelaire y Ósip Mandelstam. Es su obsequio a la Segunda República –la alianza entre socialdemócratas y comunistas en la que aún tiene fe–: poesía universal para atemperar los ánimos nacionalistas y autorreferentes de sus compatriotas, para poner las cosas en perspectiva. Es también el programa político de un humanista bañado en las fuentes clásicas y conocedor de los meandros de la historia, consciente del péndulo de los horrores y de quienes siempre

salen perdiendo, sabedor de que ninguna época ni tiempo ha sido en vano y que mantener la brasa de esa frágil memoria universal, barrida, olvidada, quemada mil veces, importa. Eso representa para él el legajo de poemas que, para su inmensa decepción, un soldado ruso le confisca en la frontera.

Más de medio millón de judíos húngaros, «magiars de fé mosaica» como los llamaban delicadamente hasta hace un par de décadas, han sido deportados y han muerto en Auschwitz. La operación se desarrolló en su mayoría durante los últimos tres meses de la ocupación nazi y bajo las órdenes de una eficacia aterradora de Adolf Eichmann. Miles más han sido asesinados en los pogromos de las viejas juderías. En Budapest, meses después del fin de la guerra, persiste el olor putrefacto de los cadáveres enterrados a poca profundidad. Faludy se entera de que cerca del final su hermana ha sido fusilada a orillas del Danubio por una patrulla de la Cruz Flechada. Su padre Joaquim, mal alimentado, enfermo y sin acceso a medicamentos, partiría poco después.

En la antigua casa familiar, que tras el desalojo nazi ha sido ocupada como lugar de descanso de unidades rusas, ahora solo vive su madre, recluida en un cuarto al fondo del patio. En el despacho de Joaquim ve los agujeros de los tiros en las paredes y el cielorraso: los disparaban los soldados aburridos cuando se emborrachaban. En una esquina se ha salvado el librero del padre: a nadie le importó la astronomía de Flammarion, el tratado de zoología de Haeckel, un libro de citas de Schopenhauer y el *Fausto* empastado en cuero azul que su padre solía llevar en el bolsillo.

En el filo de la navaja

Ha conocido a la periodista Szuszie Szego en el periódico liberal donde trabaja, se ha enamorado y ha dejado finalmente a Valy. Pero las cosas no pintan bien en el país. La alianza entre comunistas y socialdemócratas que alguna vez lo entusiasmó tiene corta vida. Mátyás Rákosi, secretario general del Partido Comunista, ha acuñado la expresión «táctica del salame» y va rebanando en delgadas capas las bases y las dirigencias de sus partidos aliados para hacerse con el poder total. La purga estalinista se intensifica, sus conocidos van cayendo en desgracia y ya nadie osa publicarlo.

Se mueve en el filo de la navaja, se cuida, al menos lo intenta, pero no ayudan sus odas a Stalin, que circulan en *szamizdat* y que de oda tienen poco, la verdad.

La AVH, la policía secreta del régimen, lo retiene en Kistarcsa, su centro de detención, con cargos de traición. En calabozos con manchas de sangre y charcos de orines, donde los alaridos de los torturados rompen cada tanto un silencio tembloroso, el aire hiede a los cuerpos que, por las noches, en las salas del fondo, los guardias disuelven en ácido clorhídrico.

Faludy mantiene la mente ocupada. Recuerda el año del tratado de Westfalia, la fórmula del volumen de una esfera, los nombres de los emperadores romanos desde Augusto a Marcos Aurelio. En las manchas de humedad de las murallas imagina las islas jónicas, las nombra, viaja de Corfú a Léucade y de ahí a Ítaca. Dice estar tranquilo, aliviado, pues ya no necesita mentir, esconderse, temer las delaciones, aparentar para no caer. Está donde debe estar moralmente un opositor al régimen de Mátyás Rákosi. Pero las torturas y amenazas de llevarse a Szuszie terminan quebrándolo, como a cualquiera, y accede a firmar una confesión. No puede evitar precisar en su declaración que había sido reclutado por el servicio secreto norteamericano a través del capitán Edgar Allan Poe y el mayor Walt Whitman. Ante sus torturadores mantiene una suerte de superioridad lacónica y despectiva, atenta a lo patético y absurdo de la situación. En su celda, en cambio, escribe con sangre y una pajita de escoba un mensaje en un trozo de papel higiénico que ha logrado guardar. Lo esconde enrollado en una grieta para los arqueólogos del futuro y el juicio de la historia: *Nem vagyok bűnös* («No soy culpable»).

En 1461, mientras espera la horca en un calabozo parisino, perseguido por viejos delitos, François Villon escribe su último poema. Casi cinco siglos más tarde, a Faludy tres guardias de la AVH le han traído su última cena, le han dejado lápiz y papel, y le han anunciado que a las 5:30 am le espera la horca. Escribe esa noche sobre sus muertos. Pero, al igual que a Villon, cuya sentencia conmutó *in extremis* Luis XI, a Faludy tampoco lo cuelgan tras esa noche de simulacro cruel y ese último poema no sería por suerte el último.

A la sexta semana de encierro ha descubierto que papel y lápiz no son de la esencia de la

poesía, que tiene todo el instrumental de su oficio dentro de la cabeza y puede «fabricar» poesía sin escribirla. Siente que está engañando a sus celadores. Sonríe. Huye de sus desgracias cotidianas escribiendo de memoria sobre aquello que le importa: el sexo, la naturaleza, la buena comida, la literatura clásica. Rabelais era, después de todo, su autor favorito.

Memoriza cincuenta líneas diarias. Repite veinte veces cada línea, luego cuatro veces el resto del poema desde el inicio y finalmente dos veces todos los poemas que ha escrito en su cabeza desde que lo encarcelaron.

Sus guardias pensaban que rezaba, y en cierto modo es lo que hacía.

Poeta y picapiedras

Lo han transferido al gulag secreto de Recsk para cumplir una sentencia eterna picando piedras de la cantera cercana. Esmirriado y débil por la falta de alimentación, apenas logra levantar la picota lo suficientemente alto para arañar la roca. Además, no descansa. A los 1.700 prisioneros del campo solo les queda aferrarse a las pocas horas de sueño para descansar los músculos doloridos y el cuerpo hambreado sobre un tablón con paja húmeda. No a Faludy. Durante el día fabrica poemas y los repite veinte veces al ritmo de la picota, y por las noches organiza en torno a su camarote una verdadera universidad abierta. Ante un puñado de prisioneros murmura lecciones de filosofía, historia y literatura. Otros se suman, ya son un par de docenas sigilosas. Un exministro conoce de memoria *Sueño de una noche de verano* y lo recita por capítulos. Un profesor de matemáticas enseña los teoremas de Gödel. Un coronel de la antigua nobleza sabe silbar *Aida* de principio a fin. Pero Faludy es el centro de la atención. Su charla más exitosa se llama «Personajes femeninos en la literatura de los que he estado enamorado».

La revolución de 1956

Ha muerto Stalin, Nikita Jrushchov ha dado su «discurso secreto» ante el Politburó en el xx Congreso en febrero. Rákosi sale del gobierno y su sucesor, Imre Nagy, cierra los campos y pide disculpas a los sobrevivientes. Antes de dejarlos partir, sin embargo, se les advierte que en caso de revelar dónde han estado volverán a meterlos en prisión. Faludy abandona Recsk con las secuelas físicas de tres años de encierro, un libro

completo de poemas en la memoria y la incómoda certeza de que conocer la bajeza del ser humano, explorar el acantilado de sus propios miedos y experimentar la debilidad de sus límites lo ha convertido en una mejor persona.

En la casa en el campo donde pasa la mayor parte del tiempo con Szuszie y su hijo, el pequeño Andras, le llegan las primeras noticias de protestas universitarias. El sindicato de escritores de Hungría, del que es socio fundador, es el puntal intelectual, político e ideológico detrás del movimiento estudiantil que acaba de estallar. Escribe, firma declaraciones, observa con vértigo a una generación que no es la suya reunirse en las calles por centenas de miles, combatir tanques con bombas mólotov y tumbar un gobierno en una sucesión vertiginosa de eventos. Pero Faludy es escéptico, conoce al enemigo, sabe de su crueldad y sangre fría, la ha sentido en sus huesos.

Tiene razón: a doce días de iniciadas las protestas contra el autoritarismo comunista, las orugas de los tanques soviéticos han retomado con extrema dureza el control del país. Veinte mil húngaros han muerto combatiendo en las calles, otros tantos terminan en prisión, 250.000 dejan el país, Faludy entre ellos.

Vitalismo irreductible

En Londres escribe sus memorias y se une así a un canon trágico: el de la vida y la muerte en los campos. En *Si esto es un hombre*, Primo Levi se atrevió no solo a hacer un recuento temprano de los horrores de Auschwitz sino a realizar un esfuerzo de enorme altura, en el lenguaje conciso y preciso de los químicos, para intentar entender lo humano tras el horror del Holocausto. Charlotte Delbo escribió antes incluso que Primo Levi —en *Auschwitz y después*— un relato intimista, compasivo, cortante y descarnado, al que decidió sumarle treinta años de espera antes de darlo a conocer, para asegurarse de que su descripción del horror resistiera el paso del tiempo. Aleksandr Solzhenitsyn, con una pluma bastante menos privilegiada y difusión de *best seller*, cumplió la función más prosaica de describir y denunciar con persistencia los horrores silenciados del gulag soviético. Las memorias de Faludy, en cambio (*Días felices en el infierno*),¹ narran el horror desde un lugar insospechado:

¹ Traducción de Alfonso Martínez Galilea. Logroño, Pepitas de Calabaza y Fulgencio Pimentel, 2014.

Ante sus torturadores mantiene una suerte de superioridad lacónica y despectiva, atenta a lo patético y absurdo de la situación.

el de la irrefrenable preferencia por lo absurdo sobre lo grave, y la invocación rabeliana de los placeres en medio del horror.

«Nunca supe muy bien cómo sufrir, ese fue siempre mi talón de Aquiles», reconoce. Para Faludy el sufrimiento es más un instrumento que una virtud, dado que provee material para escribir buenos poemas, y quizá por eso en su escritura persistentemente autobiográfica hay una falta absoluta de victimismo, y abunda en cambio un vitalismo irreductible.

Eric

Mientras termina de escribir, Szuszie se apaga por el cáncer. Andras tiene nueve años y será enviado a un internado privado. Su padre recibe invitaciones a conferencias, viaja, pasa un tiempo en Florencia, luego se traslada a Malta, a vivir en las afueras de La Valeta.

A la puerta ha golpeado un día Eric Johnson, estadounidense, excombatiente de Corea, bailarín de ballet profesional, veintiocho años menor que él y capaz de presentarse en un húngaro sorprendentemente comprensible. Ha leído sus memorias y, sin conocerlo en persona, cree haber encontrado su alma gemela y ha partido a buscarlo a Budapest sin saber que ya no estaba ahí. Se ha quedado unos meses, ha trabajado en una radio y ha aprendido los rudimentos del magiar antes de continuar su búsqueda por Alemania y terminar aterrizando en La Valeta, donde, preguntando, ha logrado dar con su casa. Por los próximos treinta años Eric será su pareja, su numen, su cable a tierra, su alumno, su corrector, su mayordomo en un departamento de cincuenta metros cuadrados, el encargado de sus horas al médico y de recoger las ayudas fiscales. Fuera de su círculo cercano (que es extremadamente amplio en todo caso), Eric es presentado como «el secretario», así como la pareja por cuarenta años de Marguerite Yourcenar, Grace Frick, fue siempre presentada como «su traductora».

En 1967 se instala en Canadá. «Vivo en un país excelente con personas aburridas en vez de

en un país horrible con personas interesantes», dice de Canadá, aunque sí se rodea de personas interesantes. En su departamento en St. Mary St., en Toronto –un centro de la numerosa diáspora húngara– se reúne un grupo de hombres: ingenieros, contadores, taxistas, carpinteros. Ahora en voz alta, continúan las discusiones que tuvieron en susurros veinte años atrás en Reszk, alrededor del camarote del poeta. Este da entrevistas esporádicas en la radio pública, es objeto de jornadas académicas en su honor, es traducido y publica en pequeñas tiradas. Y sobre todo cuenta con la corte que necesita para repetir la liturgia de la conversación grande y trascendente que tan bien oficia.

Y ahora la gloria

Ha muerto János Kádár, la figura de proa del régimen por los últimos treinta años, se anuncian vientos de *glasnost* y *perestroika* en el país que para entonces ya es de todos modos el más «abierto» de Europa del Este. Faludy ha visto nacer el «siglo corto», ha conocido sus mejores momentos y sus peores miserias, y lo quiere ver morir en Hungría. Tiene 78 años y en su equipaje viajan esta vez 1.400 poemas traducidos, cuatrocientos más que los que el soldado ruso le requisó hace casi 45 años.

Ahora, en la Hungría postsoviética, ha recibido su primer reconocimiento literario, el prestigioso premio Kossuth. Luego se suceden los honores y las condecoraciones: la Orden de la Bandera de la República de Hungría decorada con rubíes, la cruz central y la gran cruz de la Orden al Mérito, Ciudadano de Honor de la Ciudad de Budapest. Se publica todo lo que escribe, y se escribe sobre él, ya no en ediciones clandestinas sino en unas muy cuidadas. Más importante aun: le ha sido asignado un pequeño departamento amoblado en el centro de la ciudad. Su poema a la lengua húngara escrito durante la ocupación de París cinco décadas atrás se recita en las escuelas.

Le horroriza ser parte del currículum.

En 1461, mientras espera la horca en un calabozo parisino, Villon escribe su último poema. Casi cinco siglos más tarde, a Faludy tres guardias de la AVH le han traído su última cena, le han dejado lápiz y papel, y le han anunciado que a las 5:30 le espera la horca.

Se rodea de jóvenes estudiantes de literatura que quieren leerle poemas, escuchar sus historias, estar cerca y de ser posible fotografiarse con esta nueva figura pop de la transición democrática. Lo entrevistan en los programas de televisión, lo reconocen en la calle, lo llaman «tío Gyuri».²

Y algo que había ocurrido vuelve a ocurrir. Fanny Kovacs golpea la puerta del pequeño departamento que Faludy comparte con Eric. Tiene veinticinco años, está nerviosa, se presenta como fan, le pide leer unos poemas que ha escrito. Es atractiva, lo admira, lo visita seguido, cada vez se queda más tiempo, hasta que finalmente Eric decide hacerse a un lado y parte a Nepal. Aunque no ha dicho nada, se sabe enfermo. Durante un par de años se dedicará a labores humanitarias, pero el cáncer a los huesos le hace todo más difícil. Tras repartir sus últimos bienes entre los pobres, se suicida en un hotel de Katmandú.

El escritor se casa a los 92 años. Nombra a Fanny como la persona responsable de sus archivos. Posan desnudos para la edición local de *Penthouse* y una Hungría crecientemente conservadora se indigna: una cosa es «soportar» con estoica discreción su bisexualidad y su poesía impertinente, pero este escándalo de papel couché es demasiado. A Faludy no le importa. Celebra su cumpleaños número 95 en el Teatro Nacional ante una multitud de admiradores; sentado en una butaca sobre el escenario, responde preguntas amables y escucha los homenajes con la misma mueca burlona de siempre. Como de costumbre, no lleva calcetines.

Sus críticos ya no podían esquivar la evidencia: era el poeta vivo más importante de

Hungría. Para los poetas húngaros esa denominación no es un detalle, menos si son longevos y vanidosos. Existía otro consenso: pudo ser un poeta universal –como los que solía traducir– si no hubiese escrito empecinadamente en magiar. Pero para Faludy eso era intransable, su poesía no tenía sentido en otra lengua, como sus huesos no tenían sentido en otro lugar que no fuera el cementerio Kerepesi de Budapest.

«Leer, pasear, amar» llamaron a la celebración de su centenario, en 2010. Ese mismo año Viktor Orbán ganaba las elecciones con holgura encabezando una alianza de ultraderecha muy distante del tono liberal de su anterior mandato. A paso firme y con un talento perverso pero innegable, ha sentado las bases de una autocracia electoral, iliberal, xenófoba y cleptocrática que funciona como un reloj. Admirado por Trump, aliado de Putin, figura de culto de los movimientos de ultraderecha, Orbán se ha convertido en un modelo para el asedio a las debilitadas democracias europeas.

Faludy, por su parte, supo retirarse a tiempo, con elegancia, antes de que la fiesta degenerara. Murió en 2006. Poeta de sonetos, sabía que si la historia efectivamente rima, como dicen, aún quedaba una última estrofa en la que reviven los viejos fantasmas despóticos y totalitarios, que él hubiese desnudado con la pluma afilada y el desprecio lacónico que reservaba para los de su estirpe.

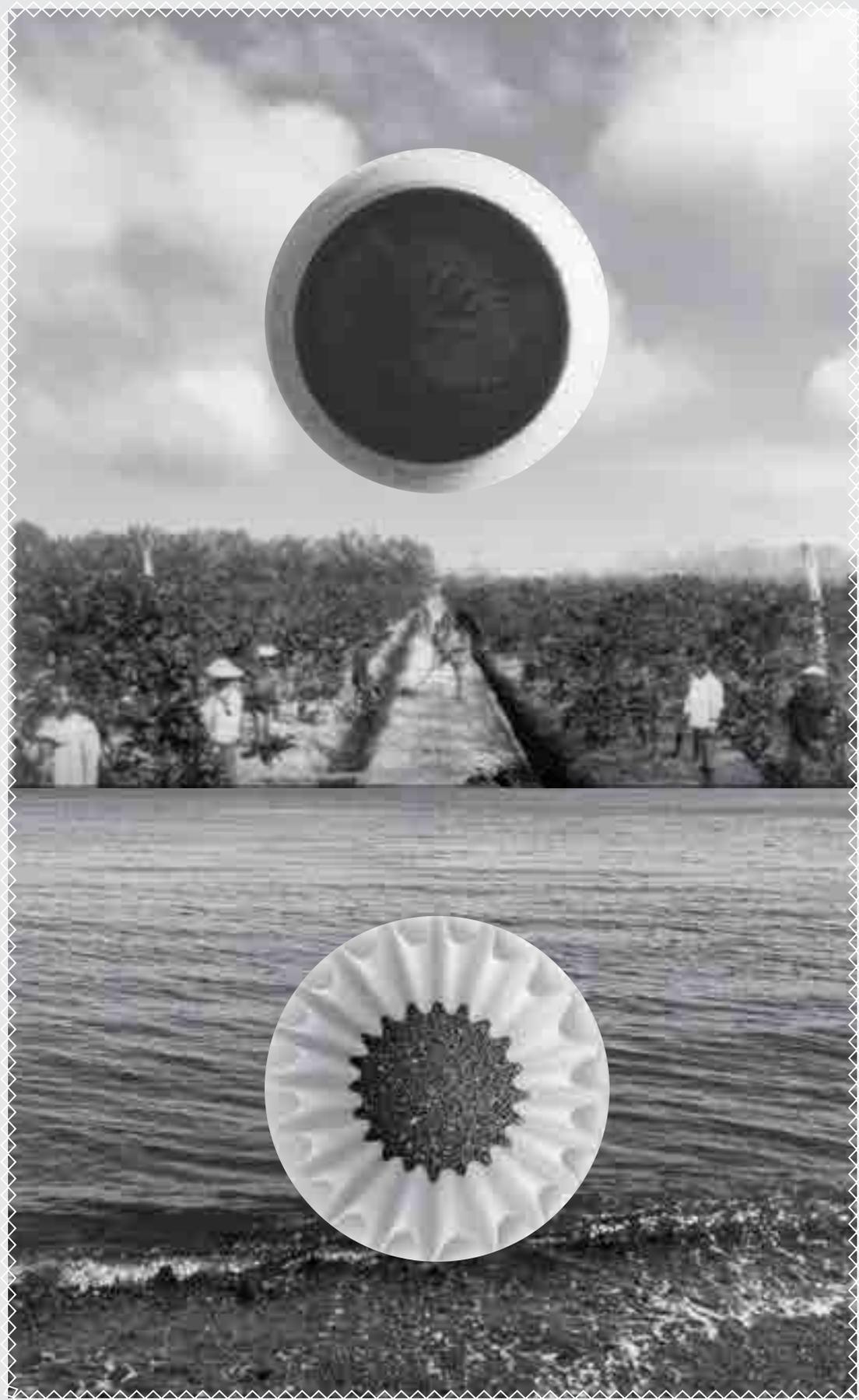
Florencio Ceballos es sociólogo. Vive en Canadá y es un gran admirador de la intelectualidad húngara.

² Gyuri es diminutivo de György en húngaro.

Dossier

Ser de un club





La palabra del café

Claudia Urzúa

En algunas fincas productoras de Colombia, las recolectoras de café recuperaron la costumbre de pintarse las uñas de rojo fuerte con tintes fucsia para saber cuál es el fruto que está óptimo para ser cosechado. Con el pulgar desgranar las cerezas, que así se llama el fruto del cafetal, separándolo del grano verde o amarillo que no está listo, y lo dejan caer en los tambores que les cuelgan del cuello. En Colombia son decenas de miles las chapoleras que se levantan de madrugada y están en lo del café hasta entrada la tarde, cada una a cargo de tantas hileras de cafetales según lo productivas que sean. Cualquiera que vio la teleserie *Café con aroma de mujer* lo sabe.

Poniéndole la nota romántica a una práctica centenaria que remite a la esclavitud, una importante marca comercial las homenajeó en el día internacional del café con la campaña mediática #Elcolordeellas, la que incluyó obviamente un esmalte de uñas color cereza madura elaborada por una gran firma cosmética.

Con Miguel estamos en Punta Arenas, Chile, sentados entre los tambores y sacos de yute de Meraki, la sociedad que creó con su hermano Rodrigo y que es distribuidora, tostaduría, tienda y cafetería. Su barista Alonso, veintitrés años, autodidacta con un talento sensorial innato, entrenado como tantos baristas de cafetería en cafetería, prepara nuestros brebajes.

Casi siempre estamos hablando de café mientras tomamos café, yo un macchiato doble,

Miguel un capuchino con azúcar y Alonso alguna preparación que está ensayando.

El dato de las uñas de las chapoleras es el primero con el que yo les sorprende durante nuestras largas conversaciones sobre el café. Pareciera que todo lo saben: mientras más les pregunto, más conocimientos extraen. Se sorprenden con mi anécdota de folclor encantador sin detenerse en la probable precariedad laboral de las recolectoras, tan ancestral como la costumbre de pintarse las uñas, que en realidad era el punto que yo quería poner. Es que, con el fruto de la cosecha seleccionada, embalada y despachada desde sus países de origen hasta nuestras tazas, la injusticia es lejana, el malestar es fugaz y se sabe que el síndrome de abstinencia de la cafeína tiene más de diez síntomas y es horrible.

La poderosa tostadora alemana Probat, con capacidad para cinco kilos, domina el espacio, limpia y aceitada como el tesoro que es, zumbando suavemente mientras los granos dan vueltas y vueltas sobre un contenedor redondo alimentado por un horno. De nuevo el método es milenario, aunque la tecnología lo perfeccione más y más. El extractor de aire alivia la presión, se lleva el humo y deja un aroma maravilloso. Luego Alonso selecciona a mano los granos tostados, dejando fuera los que tienen imperfecciones. Pruebo de los dos, hacen crac en mi boca y el de borde irregular, o «feo» como le dicen ellos, es más amargo que el otro.

Llévame

Buques de distintas banderas, cruceros de lujo de seis o más pisos, rompehielos antárticos, cargueros, regatas elegantes, todo tipo de embarcaciones atracan en el muelle principal de Punta Arenas, y otro tanto recalca en el astillero al norte de la ciudad para reparaciones o pintura. A veces es una sola embarcación solitaria que delinea el horizonte; otras, pesqueros pequeños comandados por un patrón con nervios de acero.

«Llévame», le murmuro a este brazo de mar llamado Estrecho de Magallanes. Llévame a las orillas de Karukinka, a vivir al máximo el encuentro del Atlántico con el Pacífico, al bellissimo Onashaga, mar de yaganes. Llévame a la aventura de lo salvaje que todavía resiste en este rincón del mundo.

Traigan los granos

Los contenedores de la zona portuaria guardan diversas mercancías transportadas por el mar. Llegan y se van, lejos de la espectacularidad del juego de legos gigante de Valparaíso, pero su flujo, por pequeño que sea, es esencial para ciudades costeras remotas, aisladas (o extremas, que les llaman en el centro del país). Si el ferry no atraca en Porvenir, los habitantes podrían no tener balones de gas para la calefacción o bien maestros especialistas en arreglar las estufas; si no puede seguir su camino hasta Puerto Williams o hasta el diminuto Puerto Toro, por una semana podría no haber plátanos, fósforos o cecinas.

Desde que Magallanes existe en el mapa de Chile, el mar fue la enorme carretera que trajo todo. Gente, materiales, víveres, ovejas. Los primeros colonos llegaron desde Chiloé a bordo de la goleta *Ancud*, los inmigrantes europeos lo hicieron desde distintos puertos de Europa. El legendario *Beagle*, bergantín inglés de Su Majestad, y otros buques militares-expedicionarios tuvieron que pasar por este puerto. En la segunda década del siglo xx no había cómo dar la vuelta al mundo. La década de oro de Punta Arenas como la verdadera perla del fin del mundo duró hasta la apertura del Canal de Panamá, lo que recordará cualquier magallánico de cierta edad que se respete.

Hasta hace unos años, Miguel probó importar directamente de África Oriental, la cuna del café, donde la mayoría de las cooperativas de Etiopía, Ruanda o Nigeria prefieren separar las cerezas de distintos orígenes antes de quitarles la pulpa para potenciar sus notas cítricas o florales.

Este proceso es el lavado. Pero recibir la mercancía en el puerto después de una espera de meses, como un inmigrante de los primeros tiempos, no resultó rentable. Las semillas de países exóticos todavía llegan en barco, pero hasta Valparaíso, donde un distribuidor las retira y reparte a sus compradores. Junto con el cargamento latinoamericano de Brasil y Colombia, los sacos de yute siguen el viaje por tierra hasta llegar a dar a Magallanes a las manos de no más de cinco importadores de café verde, Meraki uno de ellos.

Ahora estamos esperando 500 kilos de grano brasileño que han generado expectación porque se trata, me explican, de una cosecha de este año y no de 2022, como la mayoría de lo que se comercia. Se sabe que el camión dejó Santiago. El resto lo dirán la frontera, la aduana, la nieve, la escarcha y otros imponderables del camino que obligan a tener paciencia. Pero en cuanto llegue ese café vendrán a probarlo de a uno todos los miembros del club de adictos cafeteros de la Patagonia.

Los Toppins

Reinaron por una década en una mesa larga y arrejuntada del café Vegalafonte, clásica cafetería del centro de Punta Arenas. Entre ellos había un exintendente, militantes de la Democracia Cristiana, periodistas, escritores, estancieros, médicos y otros elevados personajes de la escena magallánica. Predominaba el fenotipo croata en la altura, colores y vozarrones. Con lluvia, viento o nieve, lo que en Magallanes es más que un decir, se instalaban a mediodía a pedir sus cortados en vaso, capuchino con harta crema o café negro instantáneo, atendidos por la garzona de siempre. En una hora, ataban y desataban los nudos del panorama regional, compartían copuchas políticas, criticaban al gobierno de Chile —un país distinto del de Magallanes—, conspiraban, especulaban y recordaban las peripecias familiares.

Les decían Los Toppins.

Era el principio de los años noventa, llenos de promesas. Me encantaba ir al centro de Punta Arenas a la hora del «cafecito» después de los trámites bancarios. Daba prácticamente lo mismo el sabor del brebaje. La máquina de espresso del Vegalafonte no garantizaba la calidad del café, que requiere hasta de la calidad del agua y de la limpieza de las piezas para salir pasable, pero dudó que alguien la exigiera. Yo me juntaba con mi padrino, dueño y socio de una distribuidora de frutas y verduras, a compartir un churrasco en pan de molde cortado en

Pedían la otra mitad del café, que les calentaran aparte la leche, preguntaban si los estaban hueveando, se paraban y se iban con portazo.

cuadraditos que quedaba perfecto como picoteo antes de almuerzo.

El Vegalafonte tenía paredes de colores claros, manteles rojos sobre fondo blanco, servilletas de papel brillante y suelo embaldosado. Funcionó por más de cuarenta años, generación tras generación de la misma familia detrás de las finanzas, hasta que declinó junto con el resto del comercio de esa zona y terminó por cerrar. Como Punta Arenas a principios del siglo pasado, tuvo su década de oro. Más de alguno de los movimientos culturales opositores a la dictadura de Pinochet, en los que destacaron profesores, ingenieros, abogados y jueces, lo usó de centro de reuniones. También inspiró el café de la novela *Un adiós al descontento*, de Eugenio Mimica Barassi, en el que un grupo de amigos regionalistas se juntaba a diseñar el plan para fundar un país en la Patagonia.

Conseguí sentarme en la mesa del club de los Toppins a propósito de un reportaje sobre regionalismo. Estuve tan callada como el azucarero mientras los oía discutir a gritos sobre quién llevaba más años en la región. Las cifras eran de tres numerales: 100, 110, 114, refiriéndose al primero de sus antepasados que pisó la tierra de Magallanes, probablemente desde las islas dálmatas de Split y Brac. Mientras tanto, se les enfriaba el café que les habían servido negro, hirviendo, con el tueste italiano amargo o el argentino quemado con azúcar, y hasta el borde en tazas blancas comunes. Pero a la una de la tarde, como llamados por un megáfono, la concurrencia se ponía de pie y salía en estampida a almorzar.

Pioneros

Según la Organización Internacional del Café, Chile es el tercer país de América Latina que más consume café detrás de los productores Brasil y Colombia. Si bien el té sigue siendo por lejos la bebida más consumida, los chilenos se toman 0,4 tazas de café al día, principalmente instantáneo, para botarse de la cama, activarse antes de trabajar, resistir la jornada de la tarde o el trabajo nocturno, pasar el frío con la taza entre las manos, compartir una conversación y usándolo como eufemismo —¿tomémonos un

café?— para reunirse con alguien por trabajo, negocios o recuperar una amistad o un amor. Ninguna de estas variables es excluyente.

Dicen los entendidos que el mercado nacional está recién incorporándose a la «tercera ola», la del café de especialidad, que en el mundo empezó a principios de los 2000 y predica la compra basada en el origen, la valoración de una cadena de producción artesanal y la posibilidad de trazar el producto en todas sus etapas, desde la finca hasta la taza.

El minúsculo 3% de café importado de especialidad se hace notar de todas formas en la proliferación de distribuidores y cafeterías que de a poco instalan su cultura sin reemplazar, necesariamente, a las tradicionales. Ahora tomar café puede ser una ceremonia, una clase de química o el equivalente a un plato de alta gastronomía o a un perfume francés, lo que dependerá del entusiasmo específico de cada barista.

Más que si está caliente o tibio, cargado o como agua con barro, se busca la combinación de cuerpo, acidez, dulzor, sensación en la boca, etc. También se discute con qué tipo de bocadillo queda mejor, si dulce, si salado, si algo ácido. Dibujar con leche sobre su superficie se considera, ahora, un arte.

Me tomo mi macchiato mientras escribo esta nota porque es una mañana de lunes después de una nevazón que dejó las calles cubiertas de escarcha. Tengo los pies helados y necesito cafeína para enfrentar el comienzo de la semana. Francisco, «Mincho», barista del muy bien ubicado Simple Café & Gelatto, me acaba de servir mi brebaje levantamuertos sin preguntarme lo que quiero porque lo tiene claro desde que me vio entrar. Lo escucho conversar/educar a la clientela sobre el origen de los granos, ventajas del filtrado, opciones de extracción y preparaciones recomendadas.

Él y Danko, barista en formación que me sirvió a mí el primer macchiato que hizo solo, hacen café, sirven y se ocupan de la caja.

En poco más de un mes de funcionamiento, el Simple tiene una clientela fiel compuesta por aficionados al «buen café» y transeúntes que pasan por la calle y vuelven sobre sus pasos al

Estuve tan callada como el azucarero mientras los oía discutir a gritos sobre quién llevaba más años en la región.

descubrir este lugar medio escondido entre un hostel y un banco. Piden un café con leche y, pese a las entusiastas explicaciones de Mincho sobre la cosecha almacenada en barriles con mandarina y chocolate, se van poco convencidos con un latte, un cortado o un americano.

En el sector norte de la ciudad, Cristóbal, veintisiete, barista del Café Tostado II, toma café desde los doce. Pasó del instantáneo a las cápsulas hasta que probó un moka sin azúcar en un local del centro que ardió hasta los cimientos al principio de las protestas masivas de 2019. Aprendió a usar la máquina de espresso mientras trabajaba de garzón, piletero y cajero en el Tostado I, la primera cafetería que tuvo la audacia de ofrecerle a la clientela, acostumbrada a una bebida larga y negra, un espresso como es debido: no más de 30 ml de grano tostado en Meraki.

La recepción fue pésima. Miguel, Jeanette, Enzo, Cristóbal, Carito y otros que estuvieron en los primeros tiempos le pusieron el pecho al asombro y la aversión de los clientes, que no podían entender la insignificancia de taza que les estaban sirviendo. Pedían la otra mitad del café, que les calentaran aparte la leche, preguntaban si los estaban hueveando, se paraban y se iban con portazo. A todos se les explicaba pacientemente que el espresso era pequeño y que si querían algo más grande tendría que ser un americano o un capuchino, por último un cortado o latte. Costó, pero no se dieron por vencidos.

El flechazo del café

Cuando la reacia comunidad se fue adaptando a nuevos tipos de café, partiendo por aceptar el espresso, lentamente se constituyó un grupo de fieles que empezó a seguir el grano de origen por toda la ciudad. En este club espontáneo hay de todo: artistas, amantes de la vida outdoor, personas interesadas en productos orgánicos o naturales, veganos, no pocos biólogos. Gente común y corriente que podría no tener nada en común salvo el entusiasmo por el buen café.

Pero no habría club sin los baristas, apasionados hasta la obsesión con granos nuevos, tuestes,

extracciones, preparaciones, *latte art* y accesorios de diseño. En Punta Arenas no son más de diez, que llevan años coincidiendo en las mismas cafeterías o restaurantes, formándose y probándose los unos a los otros, pasándose el dato de los locales nuevos y dedicando horas a hablar de café, además de tomarse varios al día.

El flechazo del café los hizo dejar o pausar estudios universitarios. Erick, que emprendió en el Guanacoffee con poco más de veinte años, renunció primero a la carrera de Administración de Empresas y después a su trabajo de garzón en un gran hotel de Punta Arenas para tomar un curso en el Instituto Chileno de Café, de Santiago. A Mincho, del Simple, le falta solo el examen para titularse de compositor y arreglador musical. Alonso piensa retomar la Ingeniería en Informática cuando vuelva de pasar un año en Australia preparando café.

Mincho es competitivo: en julio fue uno de los representantes de la región en el campeonato nacional Latte Art Grading de la Expo Café 2023, que consistía en duelos uno a uno sacando distintos patrones de dibujo en un ambiente barista buena onda, donde precursores y mentores del café de especialidad lo trataban de colega. Con la experiencia se dio por satisfecho, por ahora, porque sigue estudiando.

Quien sí obtuvo un lugar en la competencia fue el talentoso Sony, de la cotizada cafetería Holaesté! de Puerto Natales, un lugar pequeño y de diseño cuidadoso en el que el cliente no siempre tiene la razón. Los granos premium que compran a fincas de excelencia no están para vulgaridades como el americano, favorito de muchos, que simplemente, no preparan y así lo dirán. Lo de ellos, aparte del espresso, son los elegantes filtrados preparados con la tecnología alemana de la cafetera Chemex, de vidrio, madera y filtro de papel. Y sin conversación.

En Meraki, Miguel, que no es purista, está por darle al cliente lo que él quiera y no le cuesta exhibirse sobre historia, procesos, proyecciones y avances de la industria cuando capta que tiene un oyente interesado. Los clientes conversadores

van pasando de a uno a hacerle compañía en la pequeña barra o en su escritorio improvisado entre barriles y sacos. Pero como barista es severo: no hay excusa para entregar un café malo, entendiendo por malo el que esté amargo, quemado, insulso o excesivamente ácido. Hay que estudiar la física y la química de las preparaciones, leer libros de papel o revisar tutoriales de YouTube, tomar los cursos que se pueda y practicar todos los días y todo el día.

Satélite

A Enzo, treinta y tres años, se le debe mucho durante la pandemia. El confinamiento, que en Punta Arenas se sintió más severo y largo que en otras regiones, se hizo más soportable gracias al maravilloso café en grano, tostado en Meraki, que repartía en moto y nos entregaba desde lejos y con mascarilla.

Antes del encierro, Enzo fue finalista de una recordada competencia de baristas en el Wake-Up Coffee & Brunch, otro local pionero en el que se tuesta, sirve y vende café de especialidad y cuyo socio fundador, Alejandro, también fue escuela de los preparadores jóvenes.

Wake-Up es, además, el café favorito del Presidente de la República y de algunos de los ministros que han llegado dateados por él.

Lo de Enzo son los fierros. Tiene estudios de Mecánica, por lo que nadie como él para reparar de una máquina de espresso o una tostadora, con la mejor disposición y, a veces, cero costo. Aunque prepare cafés ricos de memoria como un experto y haya entrenado a varios, él mismo admite que no tiene talento sensorial o sensibilidad para distinguir las cualidades de distintos granos. El café lo toma caliente, varias veces al día, con harta azúcar. Le sirve para despertar, pasar el frío y conversar, por el puro gusto de difundir, como dice él, «la palabra del café».

Este evangelio consiste, más o menos, en que el cliente no se sorprenda cuando vea los granos verdes, lavados y despulpados, que sepa que después se tuestan en el gran horno. O que, si no le importa la mecánica del proceso, valore que le están ofreciendo la posibilidad de un vínculo más allá de un servicio de compraventa. Que sepa que el barista no es una máquina, sino que un día va a saber su nombre y qué tipo de café toma y eso lo va a hacer volver, siempre.

Yo orbito alrededor de este club como he hecho con otros. Me encanta la ñoñería. He sido

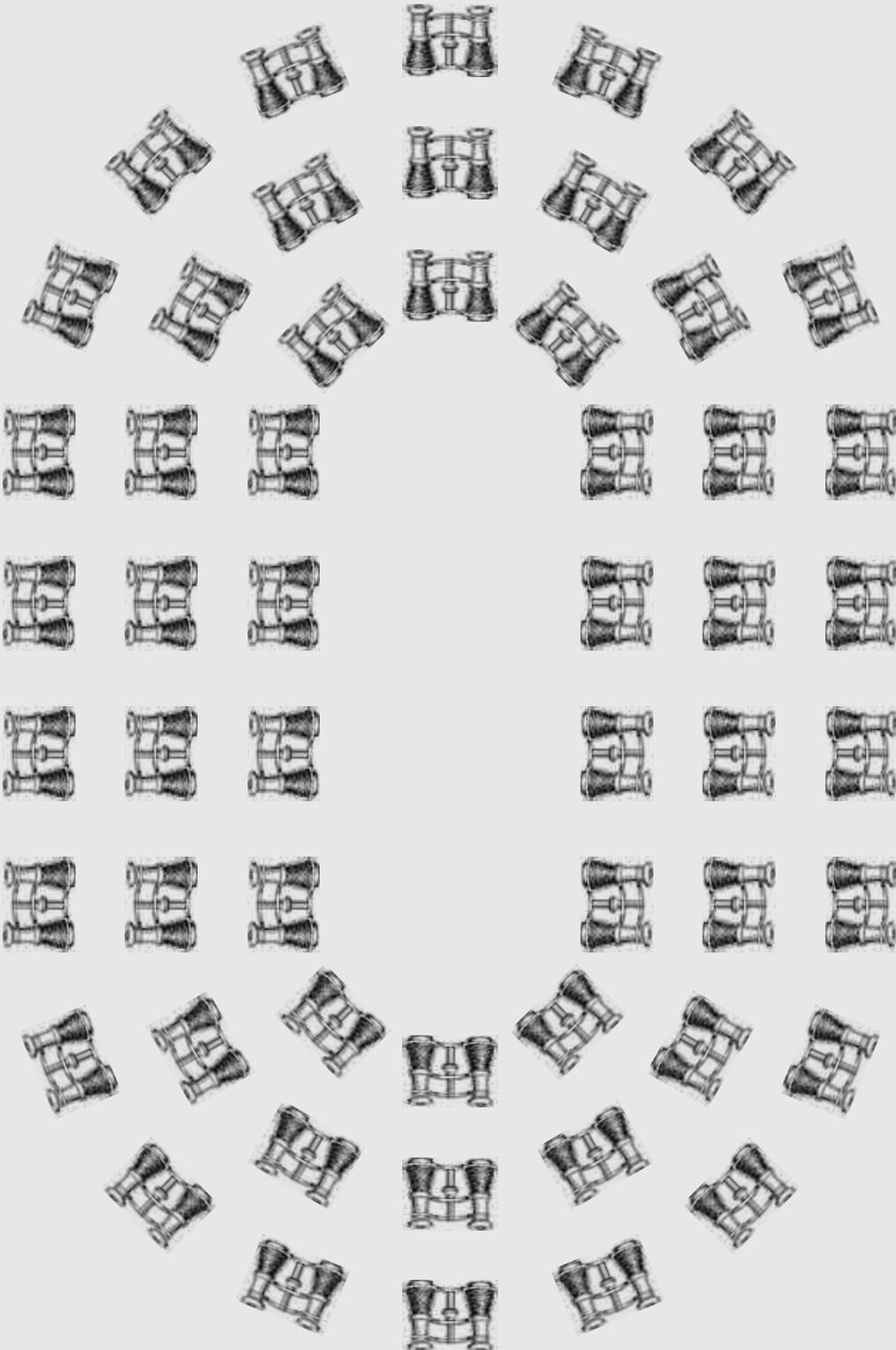
satélite de jugadores de rol, otakus, dibujantes de comic, peleadores MMA y ornitólogos. Hace años me obsesioné con leer los muros rayados de Valparaíso hasta encontrar, entre grafitis y tags, a «La técnica», «Utopía», «Sexo Devil», «Cometa», «Pasas que cosan». Pequeñas firmas con un signo o una caligrafía especial, dibujada con determinación. Los llamé Los Hermosos porque así me los imaginaba: desastrados, anarcos, llenos de poesía, rebeldía y magia con olor a humedad de puerto, que dejaban la marca de su existencia en las paredes para demostrar que estas eran suyas y no del Estado capitalista.

Yo no soy de clubes pero no me resisto a vitrinearlos en cuanto los olfateo cerca de mí. He desarrollado un radar que se activa ante ciertas señales: grupo variopinto, entusiasmo ruidoso, escucha selectiva, monotema, desinterés por el contexto inmediato, orgullo de ser ñoños o pegados. Y ahí voy.

En los clubes puedo estar sin pertenecer, porque tampoco molesto y se me permite ser curiosa, pero también callar y escucharlos hablar. ¿Por qué están juntos? Si no existieran las estampillas, el ajedrez o el tejido, ¿se conocerían? ¿Se hablarían? Me agradan porque se juntan sin más interés que eso, juntarse, y se aprecian sin apenas conocerse, pues no necesitan saberse la vida del otro para tenerle estima o respeto. En mis clubes, he visto cómo las personas que se acercan con ánimo de pelear o de sobresalir se alejan decepcionadas y aburridas, como expulsadas de un campo magnético.

Me abrigo en ellos. «Llévenme», murmuro, cómoda en el espacio que me abren y arrullada por el ruido blanco de una conversación que escucho con un solo oído. Llévenme a la calidez de una conversación junto a la estufa, en un día frío. A la inocencia de los juegos de infancia, cuando comandaba mi cuadrilla de niños del barrio y nos deslizábamos en trineo durante el invierno y jugábamos al tómbol en los días bonitos. A las aguas mansas de mi soledad esteparia, que a veces se deja acompañar.

Y si es con un café de origen, tostado hace una semana, extraído atentamente hasta conseguir que sus notas exploten y que encima lleve un dibujo de gatito, mucho, pero mucho, mejor.



Pasión y pertenencia: el extraño mundo de los fanáticos de la ópera

Roberto Herrscher

«¿Por qué ustedes los sociólogos siempre me preguntan si vamos a la ópera para que nos vean, para conocer gente, para ver amigos, para alcanzar un estatus profesional más alto, y nunca se les ocurre preguntarme si voy a la ópera porque me gusta o simplemente porque la amo?», dice José Luis, una de las fuentes de la tesis doctoral de Claudio Benzecry.

A partir de esta tesis de sociología de la New York University, la primera sobre los amantes de la ópera en América Latina, Benzecry armó el delicioso libro *El fanático de la ópera: etnografía*

de una obsesión, publicado en 2011 por University of Chicago Press y por Siglo XXI en castellano un año después.

José Luis es uno de los casi cien operómanos, la mayoría argentinos, con los que el sociólogo construyó su teoría. Como fanático de la ópera que soy, este libro es mi biblia para internarme en el extraño mundo de los forofos, *hooligans*, hinchas de la más erudita de las pasiones.

Benzecry, hijo de un connotado director de orquesta, estaba en realidad hurgando en una realidad en la que estuvo metido desde niño.

Creció rodeado de músicos (en esto es evidente de dónde viene su enfermedad: es como el amor a la pelota por los futbolistas) pero también de amigos de sus padres, esos que sin cantar ni tocar ningún instrumento esperan con ansia la próxima función, la visita de un divo, el surgimiento de una nueva soprano, la magia de una puesta en escena que les presente una obra que se saben de memoria como si fuera nueva.

¿Por qué van a la ópera y no a un recital del cantante de moda que suena en las radios, o a una discoteca, o a la cancha de su club de fútbol, o al asado con amigos?

Algo debe andar mal, algo debe ser distinto y raro para que alguien quiera ir a la ópera. Como escribe Benzecry, la mayoría de los estudios académicos sobre los seguidores de este arte parten del concepto de «distinción» de Pierre Bourdieu. Esta gente debe ir al MET de Nueva York, al Covent Garden de Londres, al Palais Garnier en París o al Colón de Buenos Aires para juntarse con los de «su clase» o acercarse a los de las clases altas.

De hecho, fue en los palcos y los salones dorados de estos templos aristocráticos que se hacían negocios y se arreglaban matrimonios en el siglo XIX y la primera mitad del XX.

Ahí se entiende: esas etnografías las han escrito aquellos a quienes no les cabe en la cabeza que alguien vaya a la ópera porque le gusta pasarse cinco horas (a veces de pie, en las entradas más baratas) escuchando a señoras pasadas de kilos gritando su amor adolescente a un señor al que muchas veces le llevan una cabeza de altura.

La ridiculización de la ópera es uno de los chistes más repetidos entre los que nunca se pararon a escucharla. Decía Woody Allen que tras varias horas de escuchar una obra de Richard Wagner le entraban ganas de invadir Polonia. El mismo Allen, con un gusto exquisito por el jazz, demostró su nulo conocimiento de la ópera al poner en una escena de *Match Point* a la familia millonaria —a la que el joven arribista quería pertenecer— en el palco de la ópera en Londres mientras la soprano canta un aria acompañada por un piano. La ópera que interpretaba era con orquesta en el foso. Solo en un recital hay arreglo para piano, no en las óperas escenificadas.

Cuando vi esa escena, pensé: este nunca fue a la ópera.

Pero no son así los fanáticos de Benzecry, y tampoco los de mi memoria y mis noches en

el Teatro Municipal de Santiago. Nosotros no vamos por dinero, ni para lucirnos, ni para encontrarnos con los que pueden darnos beneficios y «contactos».

Entonces surge otra posible respuesta de los no operómanos: una sensibilidad extrema, edulcorada, propia de ese grupo que la mirada homofóbica identifica con los gais.

Les cuento una sorprendente casualidad cinematográfica: en 1993, sin que los equipos de producción lo supieran, en Cuba y en Estados Unidos se estrenaban películas en las que los protagonistas eran fanáticos de la misma aria de ópera, interpretada por la misma soprano.

En *Fresa y chocolate*, el profesor gay interpretado por Jorge Perugorria introduce a su joven discípulo en la rebeldía y el pensamiento independiente ante la uniformidad que imponía el régimen cubano, y por ser gay, debía escuchar una música que el público cubano identificara con el romanticismo extremo. En su viejo tocadiscos, le pone al joven la grabación de María Callas del aria *La mamma morta*, de *Andrea Chénier*, de Umberto Giordano. Callas canta en el extremo del desgarro y Diego, el profesor, sufre como si la madre se le hubiera muerto a él.

En *Filadelfia*, el abogado Andrew Beckett, interpretado por Tom Hanks, tiene sida, es despedido de su trabajo y contrata a su colega Joseph Miller (Denzel Washington) para que consiga que se haga justicia. Beckett tiene un joven amante latino, Miguel (Antonio Banderas), y en el departamento burgués que comparten escuchan la misma aria en la voz de la misma María Callas, en una escena en que el público debe entender que escuchan eso porque son gais.

Pero ¿hay que ser gay para que *La mamma morta* te rompa el corazón?

¿No es esta aria una expresión —más allá de las estéticas— de la tristeza más absoluta? ¿No es la voz milagrosa de la Callas la expresión del desamparo de la orfandad de una manera a la vez desbordada y cuidadosa del detalle de la precisión de una partitura? ¿No es eso una lección de arte para todos los amantes de las artes, de cualquier arte?

Recuerdo haber visto ambas películas en esa época. Seguramente fui el único en la función de la segunda que notó que estaban ilustrando el amor entre dos hombres con la misma música. Ahí pensé en la cantidad de colegas con los que hablo de ópera, con los que compartimos veladas

Como no se podía entrar sin traje y corbata, íbamos ataviados con los uniformes del colegio.

en los pisos altos de los teatros y las sesiones de escucha (primero en *long play*, después en cassetes, luego en CD y DVD y ahora en *streaming*), que son homosexuales.

Tal vez «salir del armario» haya llevado a los gays a vivir una conexión con su propia sensibilidad que a los heterosexuales nos cuesta, que a los hombres nos han podado en la infancia.

Por suerte hay muchos otros, como yo, que somos «hetero» y que, sin embargo, nos entregamos con fiera pasión a esta forma extrema de contar historias de amor, de odio, de poder y miseria, de angustia y alegría desbordante, de traiciones y lealtades. Historias que son como la vida pero que son contadas con música, con voces bellísimas que llegan lejos sin amplificación, con orquestas que mueven las butacas como un terremoto e instrumentos que suspiran con la suavidad de un felino en la alfombra. Con escenografías, vestuarios, diseños de luces que te llevan al corazón de la historia y te impactan directo en el alma cansada de la lucha diaria.

Por supuesto que esto no pasa siempre, sino en los mejores casos, como todo arte. Tampoco todos los partidos de fútbol ni todos los conciertos de tu banda favorita son memorables.

José Luis tiene razón: vamos por amor. Vamos para ser felices. Vamos para entrar en un mundo mejor que este.

¿Y quiénes somos?

Benzecry hace un estudio que le brinda resultados sorprendentes: los verdaderos fanáticos, los de los pisos altos y las entradas baratas, no pertenecen a la aristocracia del dinero, sino a una cofradía del gusto, de estar ligados al arte del pasado y las maneras en que artistas del presente lo preservan, lo reinterpretan, lo hacen vivo. Y se juntan para celebrar una ceremonia cultural que tiene bastante de religiosa. Algunos vienen de lejos (tengo una amiga que vive en pleno campo, en la Cataluña profunda, y viaja al centro de Barcelona para vivir su bocanada de aire fresco en el Gran Teatre del Liceu; otra que viaja desde una ciudad alejada de Santiago y se queda en casa de su hijo para poder disfrutar las funciones

del Municipal). Otros caminamos al teatro tarareando felices las arias que disfrutaremos en las voces que admiramos.

Algunos son académicos, empresarias, médicos, abogadas, otros —muchos— profesores de enseñanza secundaria; hay funcionarios públicos, pequeños comerciantes. La mayoría, sobre todo en América Latina, viene de familias inmigrantes cuyos padres y abuelos tenían la ópera entre sus aficiones. Pero no todos: también hay quienes entraron en esta afición por amigos y colegas.

Y muchas son mujeres que van solas o acompañadas a vivir el arte que les llegó por su propia experiencia de escuchar y ver esta maravilla. Han experimentado muchas barreras en este mundo machista, pero en los teatros han tenido más permiso para llorar.

En mi caso, todos estos orígenes son ciertos: mi abuelo Heinrich Herrscher, a quien no conocí, era un culto comerciante judío de Berlín que emigró a Argentina tras el auge del nazismo en su país. En el paraíso o «gallinero» del Teatro Colón, el último piso, de pie (las entradas más baratas), durante la guerra, escuchaba sus amadas óperas de Wagner con un sándwich en el bolsillo para no desfallecer en los intervalos.

Para él escuchar a Wagner era no dejar que su arte sublime sobre la vida, la muerte y el amor fuera devorado por los nazis. Wagner era la vida cultural de Berlín que tuvo que dejar atrás.

En el colegio público al que fui en los setenta, el profesor de música nos llevaba un lunes al mes en micro hasta la sala de ensayos del Colón, donde el erudito periodista cultural Juan Pedro Franze daba unas clases entrevistando al director, el pianista de ensayos y algunos de los solistas de la ópera de ese mes. Luego ilustraban las lecciones con fragmentos de la obra en cartelera.

Recuerdo vivamente cómo Franze y mi compañero Darío Eskenazi, hoy pianista y profesor en Nueva York, me enseñaron a apreciar una de las óperas más hermosas y complejas del repertorio, *Peleas y Melisande*, de Claude Debussy. Después de esos lunes, las tardes de domingo íbamos con Darío a ver la ópera con más

conocimiento y disfrute. Como no se podía entrar sin traje y corbata, íbamos ataviados con los uniformes del colegio.

En la adolescencia seguí internándome en la ópera con mi compañero de servicio militar Jerry Brignone, otro melómano impenitente. En los tocadiscos de nuestras pequeñas habitaciones en las casas de nuestros padres nos sentábamos con los libretos de las óperas que venían en las cajas de los discos y discutíamos las voces, las versiones, y cómo nos imaginábamos poner en escena óperas que nunca habíamos visto. Nos recuerdo descubriendo los profundos temas del deseo y la traición amorosa en *Così fan tutte*, la jovial y amarga joya de Mozart.

En el libro de Benzecry hay muchas historias como la mía, y también claves que permiten entender los lazos que se anudan entre los que mes a mes, durante años, coinciden en los pisos altos de los templos de la ópera, o que se juntan para ir en peregrinación a escuchar las voces y los acordes que los sacan de la monotonía de los trabajos rutinarios, las vidas insulsas y el bullicio del presente. También los hay que, como yo, tenemos trabajos satisfactorios y familias y amigos que nos alegran la vida. Pero cuando se apagan las luces y entra el director al foso, siempre hay más. La ópera es siempre una elevación.

Y también es una vuelta a un paraíso perdido. Un tiempo, el de los grandes compositores, donde con tragedias y enredos picarescos se llegaba a las cimas de la belleza, y el tiempo de la propia infancia o el mundo de un pasado mítico, ya sea de la familia de uno o del país que perdió el rumbo.

No importa que ni el pasado personal ni el colectivo hayan sido como queremos recordarlos. Ver las mismas óperas en nuevos ropajes es revivir la dicha vivida o imaginada.

Los amantes de este arte se han juntado desde hace siglos en cofradías. Fueron los amigos del duque de Mantua los que a finales del siglo XVI inventaron un arte en el que se juntaban las historias de las tragedias griegas con la música instrumental, el canto, el baile, los disfraces y los decorados. De esa época todavía disfrutamos las tres óperas sobrevivientes del genial pionero Claudio Monteverdi: el *Orfeo*, *El regreso de Ulises a la patria* y su modernísima visión satírica del poder, *La coronación de Popea*.

En la Europa burguesa del siglo XIX la ópera era el guño de la nueva aristocracia de la cultura.

Con la clase trabajadora educada y los precios accesibles en los pisos altos de los teatros, se formó una modesta aristocracia del espíritu, que poco a poco fue reconociéndose en sociedades, clubes de disfrute y, en estos tiempos, grupos de Facebook y WhatsApp. Y desde el comienzo hubo clubes, bandos, rivalidades. Los de Rossini contra los de Beethoven; los de Wagner contra los de Verdi; los de las óperas nuevas y poco conocidas contra los del canon eterno; los de las puestas suntuosas de siempre contra los de nuevas propuestas escénicas.

Una noche en el Liceu de Barcelona se agarraron a grito pelado los partidarios y los detractores de una nueva producción de *Un baile de máscaras* de Verdi. El iconoclasta director Calixto Bieito ponía en escena la lucha de demócratas contra fascistas en la guerra civil española. ¿Para qué, para quién es el arte? ¿Qué contamos, en qué pensamos, qué discutimos cuando se pone en escena un clásico de 150 años?

Yo recibo mensajes cotidianos de la tertulia de los abonados del cuarto y quinto piso del Liceu de Barcelona que añoran los tiempos idos, y de los Amigos del Teatro Colón de Buenos Aires, siempre furiosos con el uso comercial y político de su templo, convertido en un bazar.

En cada función nos miramos con simpatía y reconocimiento. Cuando voy a la platea como crítico, no me reconozco en mis compañeros de asiento. Es arriba, con los del proletariado del disfrute lírico, los que no van a ser vistos sino a ver, escuchar y sumergirse cuatro o cinco horas en el océano de la creación, donde soy feliz.

Ojalá haya en el cielo, en la muerte un teatro de ópera y un asiento estrecho pero mullido en el cuarto piso para pasarme la eternidad disfrutando de *Borís Godunov*, de *Parsifal*, de *Falstaff*, de *Las bodas de Fígaro*, con las puestas en escena y los cantantes con los que toqué el cielo en veladas que guardo en la memoria.

Tal vez allí, en el Valhalla, el Olimpo o el edén dantesco, en un entreacto de charla con mis compañeros de pasión, me encuentre con mi abuelo Heinrich masticando con deleite el sándwich lírico de su paraíso perdido.

Roberto Herrscher es periodista y profesor de periodismo en la Universidad Alberto Hurtado, donde también es director del Premio Periodismo de Excelencia. Ha publicado *Periodismo narrativo*, *El arte de escuchar*, *Los viajes del Penélope* y *La voz de las cosas*.

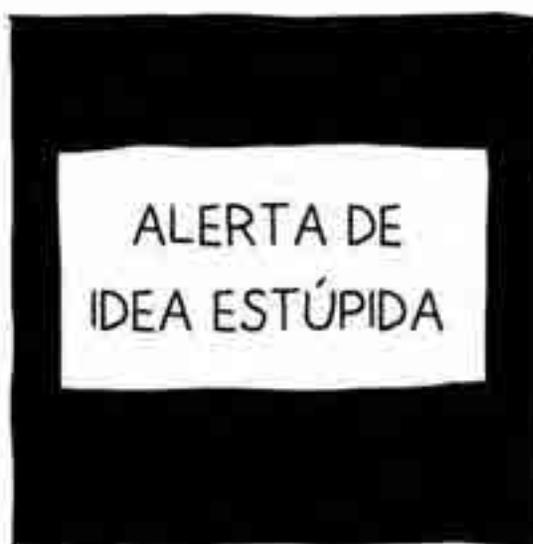
FALSO CLUB DE LECTURA



POR: OFICINISMO











¿NO ESTA LEYENDO?



ESTAMOS SOLAS CON LA MERI



O SEA, LA MERI ESTÁ SOLA,
PORQUE YO TAMPOCO ESTOY
LEYENDO



¿CÓMO LE EXPLICO
SI YO LA METÍ EN
ESTO?



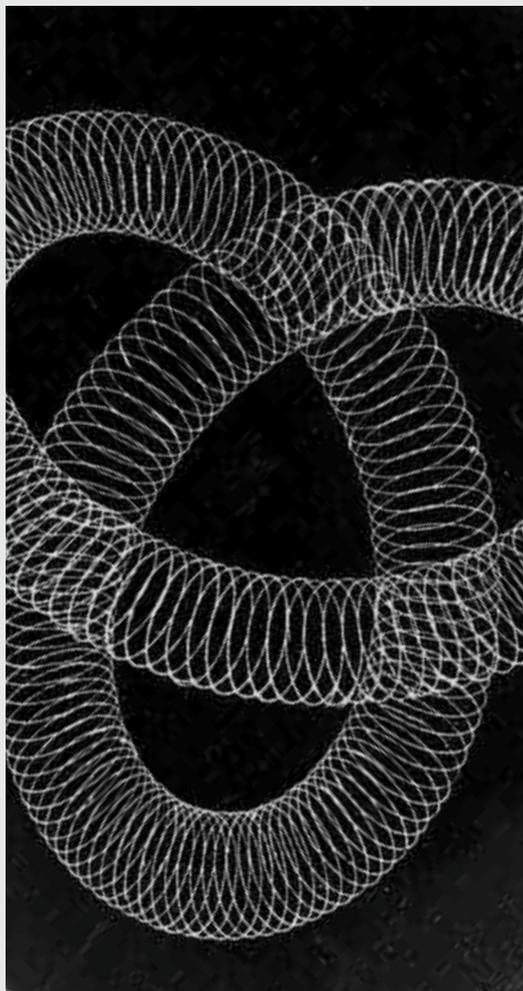




Swish

Gabriela

Alemán



Nunca me hubiera enamorado del básquet si no hubiera vivido de niña en Nueva York. Eran los setenta y la ciudad estaba en bancarrota, montículos de basura se amontonaban en las aceras, los hombres usaban trajes de tres piezas de terciopelo y en Times Square inclinaban sus fedoras coronadas por plumas de pavo real cuando veían su reflejo en las vitrinas de los negocios. En el metro, los punks se sentaban al lado de monjas con hábito y, afuera de la estación, krishnas bailaban descalzos mientras chasqueaban los dedos regando el sonido de campanas entre la gente que, luego de descender en la ciudad desde los cinco continentes, la habitaba sin conflicto. Todas las escuelas públicas tenían un patio de recreo con aros y cada barrio un parque con canchas. Tal vez no había dinero, pero no faltaba talento en esas miles de canchas regadas por la ciudad. Cuando pasaba frente a alguna, todas cercadas con alambradas tejidas en forma de diamante, clavaba la cabeza entre los rombos. Los Knicks acababan de ganar su segundo campeonato y, contra todos los pronósticos y las estadísticas, en NY el cielo era el límite.

Mi pequeño cerebro señaló al básquet como un horizonte de posibilidades. Todas finas, elegantes y livianas.

El sonido de la pelota cuando entra limpia, sin rozar el aro, y baja por la red se volvió mi sonido preferido: *swish*.

Soñaba con él. Soñaba con Dr. J volando y soltando la pelota desde la punta de sus dedos, más arriba del aro, sobre la cabeza de cuatro jugadores.

Y cuando volví a Ecuador descubrí que el país no estaba tomado por la fiebre del básquet, sino por la del regreso a la democracia, con sus ceremonias y una verborrea cruzada de insultos.

Extrañaba el sonido de la pelota descendiendo por la red cuando las formas de lo público eran tan abstractas y tan, tan, repetitivas.

Y apenas había canchas.

Pero descubrí un aro y tenía una pelota y me movía alrededor de una parábola invisible alrededor de ese aro. De donde comenzara, daba dos pasos hacia la izquierda o hacia la derecha, lanzaba y fallaba y encestaba y fallaba y corría tras la pelota y volvía a lanzar. Cuando otros estaban viendo televisión o merendando o haciendo los deberes o preparando el examen del día siguiente, yo estaba parada frente al aro en la línea de tiro libre, lanzando. Una, dos, catorce, treinta y dos veces.

Cada tanto el *swish* me arrebatava.

No era solo el sonido, era lo que estaba atrás del sonido.

Atrás: el amor a esa elegancia tan etérea y tan concreta del básquet, a ese ballet improvisado cada juego entre diez jugadores. Ese no depender de una coreografía ensayada a diario por meses, sino de la práctica y el entrenamiento que te prepara para improvisar los pasos, repetir los pasos, interpretar la jugada y reposicionarte en la cancha y pensar cómo ejecutarla en ese momento.

Puro presente.

El sonido del caucho sobre el suelo de madera o del concreto cuando te detienes de improvisto o giras sobre el eje y vas en la otra dirección. O la bola rebota.

El baile más la música en vivo.

Eso fue de lo que me enamoré, pero me enamoré del amor.

O, puesto de otra manera, del ideal.

No me contradigo, el básquet que vi en NY era ese ideal. Desde entonces los Knicks nunca han vuelto a ganar un campeonato. Nunca se han vuelto a dar las condiciones de esos jugadores, con ese entrenador y esa sintonía entre todos. ¿Los jugadores en las canchas públicas? NY era otra ciudad, entregada a la elegancia de la improvisación.

Pero yo necesitaba un equipo para jugar y practicar, para componer en conjunto. Y, luego sabría, para romper el ideal que guardaba en mi cabeza. Para que el mundo entrara como una presa que se parte y lo arruinara.

Antes de que lo arruine: tan similar a una meditación.

Entré al equipo del colegio, el primer paso antes de cualquier otro paso. Y con entrenador, reglamentos, un calendario y jerarquías se parecía mucho a una familia. A otra familia.

Todavía no lo había leído, pero Philip Larkin tiene razón:

«Te joden, tu mamá y tu papá».

Mamá: la federación.

Papá: el entrenador.

Tenía trece y medía lo que mido ahora, 1.80, y había crecido entre hermanos, con zapatos de gaucho, trajes de baño de una pieza, buzos, ropa cómoda para entrenar, sudaderas con capucha.

Y llegaron los uniformes que usaríamos en el campeonato.

Me entregaron un calzón y una camiseta de poliéster concha de vino con filo gris que se pegaba a mi cuerpo.

A mi cuerpo adolescente que cambiaba.

El entrenador esperaba que me pusiera ese calzón ajustado en el coliseo. Eran los ochenta, digamos, los equipos femeninos no habían arrancado del todo y eran un relleno, a lo sumo, entre los partidos masculinos. Esperaba que jugara en el coliseo con cientos de adolescentes viendo cómo salíamos los dos equipos femeninos a calentar. El rectángulo de cemento transformado en una caja de resonancia de silbidos, abucheos, gritos y alaridos algo lascivos. Cuando ni siquiera sabía qué quería decir esa palabra, pero tampoco era necesario porque se sentía en el aire. Salir de los camerinos y encontrar una pared de muchachos mayores a ambos lados de nuestra fila, que avanzaba hacia la cancha, y las palmas de sus manos rozando nuestros muslos al pasar.

El básquet no era eso, pero se había vuelto eso.

Otra línea del mismo poema de Larkin:

«El hombre le entrega miseria al hombre».

Reescrito en el Coliseo Julio César Hidalgo como:

El hombre le entrega miseria a la mujer.

Y, de repente, el básquet dejó de ser eso que quería jugar.

Cada tanto el *swish* me arrebatava. No era solo el sonido, era lo que estaba atrás del sonido. Atrás: el amor a esa elegancia tan etérea y tan concreta del básquet, a ese ballet improvisado.

Ni lo que amaba, sino lo que comenzaba a detestar.

Le dije a mi entrenador que quería usar short, me habló del reglamento y la federación. Le dije que no quería jugar, me dijo que me necesitaban. Le dije que, si me ponía short, ¿quién lo notaría?, me dijo que nos descalificarían.

¿Y el resto de la familia? ¿Mis compañeras de equipo?

Nadie dijo nada.

¿Y esa camaradería que ya teníamos tras meses de entrenamiento, que permitía que nos entenderíamos sin hablar, que las jugadas fluyeran? Se perdió. O por lo menos se perdió de mi parte.

Jugar se volvió una carga; estaba más consciente de jalar mi camiseta para intentar tapar los calzones que de buscar la pelota para tratar de encestar, o de mover el elástico que se me clavaba en la ingle que de rebotar. Debía estar preocupada por una de las dos cosas o las dos a la vez porque no me fijé en la escaramuza entre dos jugadoras por la pelota, ni cuando una de ellas logró la posesión y boteó con toda su fuerza hacia mí, que entorpecía su camino hacia el aro con la cabeza gacha.

La clavó en mi estómago cuando me encontró. Cuando me caí no pude respirar. Algo le pasó a mi diafragma, no volvió a descender. No sé, el doctor del centro de salud que quedaba al lado del coliseo me lo explicó, pero no recuerdo lo que me dijo.

Fue el último partido que jugué en Ecuador.

Solo que no lo fue. En mi recuerdo lo es porque después de ese partido dejé de disfrutarlo o siquiera de intentarlo.

Lo recuerdo ahora porque escribo esto, pero dejé esa sensación bajo un montículo de escombros.

Y porque lo bloqueé y porque no mucho después de eso me fui.

No perdí el gusto por el básquet, ni por jugarlo.

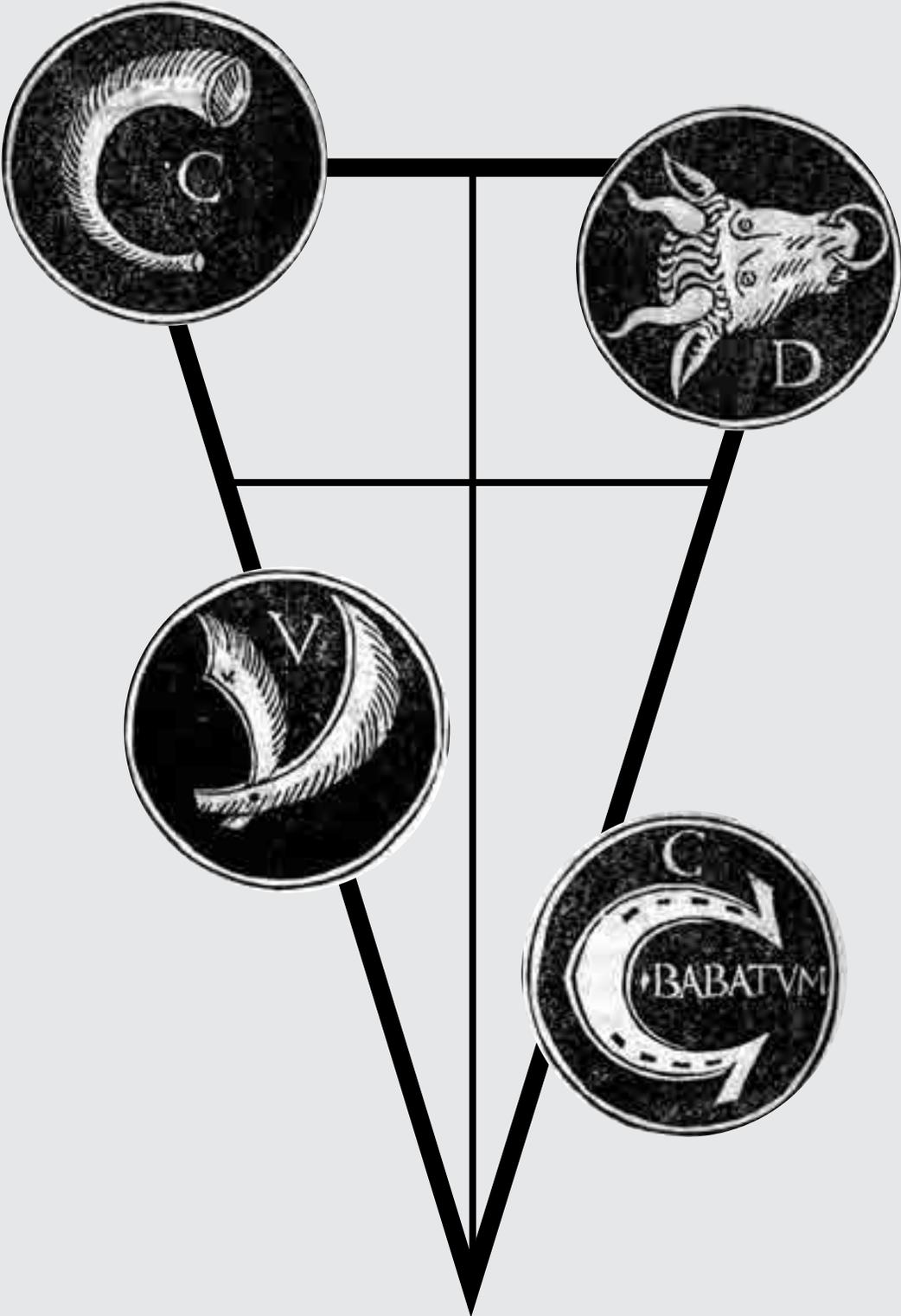
Tuve otras familias, en otros países y ligas. Pertencí a una familia disfuncional en la liga

cantonal suiza. Pertencí al Club Olimpia en la liga profesional de Paraguay, donde también tuve otra familia disfuncional. Disfuncional en maneras muy distintas de la suiza. El orden y el control suizos dan para poco vuelo en la cancha. Pero cómo juega una dictadura de 35 años en la cabeza de alguien, da para mucha desconfianza frente a una extraña (el mecanismo de los *pyragues*, espías del régimen, se trasladaba en vivir bajo una sospecha constante).

Aunque lanzábamos, rebotábamos, nos reíamos y por momentos los engranajes encajaban y los puntos se acumulaban, había algo que no acababa de hacer *click*. A lo sumo *cluck*. O *clock*. Pero seguí entrenando con el Olimpia y fuimos ganando posiciones en el campeonato. Comencé a reconocer algunas palabras en guaraní o me traducían las que no eran ofensivas, como *matunga*. Sí, era alta, ¿y? Aunque sonaban otras. Y, una noche, esa parte de mi vida se acabó. Jugábamos en una cancha de cemento y la base del aro era un rectángulo de concreto que se elevaba sobre el suelo. Fui a un rebote, me empujaron y mi rótula cayó sobre ese filo. Mi rótula giró. Era el partido antes de la final, la adrenalina seguía corriendo por mi cuerpo y no sentí dolor. Cojeé a la banca y el entrenador llamó a su asistente y su asistente abrió un maletín. Mientras me inyectaban cortisona, sin consultarme, oí al entrenador decir que era para el bien del club.

La cortisona aplacó el dolor, aunque la rodilla creció hasta tener el tamaño y la forma de un pequeño nido de avispas y los ligamentos siguieron desgarrándose mientras terminé el partido en la cancha.

Sigo sintiendo el arrebató del *swish* cuando veo un buen partido, y cuando corro y se me inflama la rodilla, tres operaciones después, recuerdo la primera línea del poema de Larkin y pienso en mi entrenador paraguayo.



Por la patria, Dios y la universidad

Paula Arrieta Gutiérrez

De chica jugaba a la pelota en la calle con los demás niños del barrio. Era la única niña y, obviamente, nadie me quería en su equipo. Mi vecino del lado, una suerte de protector personal en esas actividades, les advertía a los demás que no me miraran en menos, que yo no era cualquier niña. No sé muy bien qué significados puede tener eso tantos años después, pero bastaba con decir que, en realidad, yo jugaba bastante bien y no me daba miedo ir al choque, pelear la pelota ni hacerle un túnel a un jugador rival. Supongo que también era un poco arrogante, ahora que lo pienso.

A mi tía abuela Delia le gustaba la Católica. Más bien era fanática de la Católica. Me sentaba a su lado frente a la tele para ver los partidos de Copa Libertadores (Católica versus Oriente Petrolero; Católica versus Sporting Cristal; Católica versus Sao Paulo) y, mientras le gritábamos a la pantalla, me hablaba de cuando apareció Alberto Fouilloux (que le cantaban algo así como «Tito, mi amor») o lo mucho que admiraba al Sapo Livingstone. A mí, esos señores más bien viejos de la tele no me despertaban tanta admiración como la Vieja Reinoso o el Moto Romero. Y Raimundo Tupper, por supuesto.

A las niñas que nos gustaba el fútbol en los ochenta no nos quedaba mucha alternativa. No podíamos entrar a jugar a un club ni a la rama del colegio porque nada así existía. Tampoco había alguien que nos llevara al estadio. Mi papá, que está muy lejos de ser el prototipo de papá futbolero y bueno para el asado, solo me llevó una vez a un Católica/Colo-Colo. La verdad es que fue de acompañante porque quien me invitó fue mi tío. Salió de ahí espantado. Estuvo años contando que nunca más iría a un lugar así porque se decían las groserías más horribles que había escuchado.

Ante el desierto de posibilidades, seguí mi carrera futbolística amateur en mi calle, afuera de mi casa. «¡Auto!», gritaba alguno de los jugadores cada vez que se acercaba un vehículo que tenía la desfachatez de cruzarse por el campo de juego. A veces mi tía Delia se sentaba en la puerta a vigilar que fueran amables conmigo y en su dirección corría yo cada vez que anotaba un gol, como si fuera la galería donde se ubicaba mi barrabrava. Y como mi tía conocía a todo el barrio (niños, padres, abuelos, bisabuelos y la ascendencia completa de cualquier familia que pasó por ahí), después me advertía sobre quién era quién. Una vez me bordó una insignia de la

Salté de alegría. Sería jugadora de la Católica. Usaría el número 10, el de la Vieja Reinoso.

Católica en una polera para que jugara con glamour, estilo e identidad.

Cuando tuve diez años decidí entrar a la rama de básquetbol del colegio, que no sé por qué era lo que me parecía más cercano al fútbol. Ahora pienso que esa intuición era más bien generalizada, que en el básquetbol había muchas futbolistas frustradas y que ahora el fútbol femenino se ha llevado quizás cuántas estrellas nacionales del baloncesto.

Lo sabemos muy claramente hoy, los deportes y el uso de los espacios en la infancia estuvieron y están todavía fuertemente marcados por los roles de género. Solo las niñas de «buen físico» (sí, existía ese término y no refería precisamente a lo deportivo) podían usar las mallas de gimnasia o los calzones del vóleybol. Quien osaba usar esos atuendos sin cumplir con ciertos parámetros se exponía a comentarios, bromas o humillaciones, eso que con el tiempo pasó a llamarse bulliying. El básquetbol, en cambio, ofrecía el refugio de un short suelto y largo, de una polera más bien holgada, un primer hogar para el cuerpo obligado a mostrarse y ser evaluado por cualquiera que estuviera mirando, tanto pares como adultos. Por otra parte, una práctica identificable a lo largo de las generaciones tiene ahora estudios que dan fe de su existencia: en el patio, durante el recreo, son los niños quienes rápidamente ocupan el espacio, extendiendo una cancha que calza perfecto con cada esquina del colegio, y las niñas deben buscar dónde ubicarse sin molestar demasiado, en grupos, y procurar durante todo el recreo no ser golpeadas por un pelotazo, accidente que por lo demás sería completamente culpa suya, por invadir el campo de juego.

Y es que para los varones, desde niños, el mundo calza *completamente* con su mundo, nunca se les enseña que hay más que eso, otros mundos. Como en el cuento «El rigor en la ciencia» de Borges, la cartografía patriarcal lleva sus representaciones a tal punto que parecen la realidad entera, sin lugar para otro dibujo.

En 2021, la selección noruega femenina de balonmano playa protestó por el reglamento que

les obligaba a llevar bikinis durante el mundial de la especialidad. Según las reglas oficiales de la disciplina, los «tops femeninos» –con el estómago al descubierto– «deben ser también ajustados, con sisas ampliamente recortadas por la espalda» y los «bikinis inferiores con talla ajustada y corte en ángulo ascendente hacia la parte superior de la pierna. El lado ancho debe ser de un máximo de diez centímetros». Desde la Federación justificaban esta normativa por la comodidad y posibilidad de movimiento que daba el uniforme, pero nunca pudieron explicar por qué a los varones se les exigía un short suelto y una polera sin mangas.

La protesta consistió en salir a jugar las semifinales con una malla corta, lo que nosotros conocemos como «calzas» o «patas». Al comienzo las amenazaron con multas, y decidieron asumirlas. Luego, con multas impagables. Finalmente, les advirtieron que serían descalificadas. Pero no todo fue en vano: poco tiempo después la norma de vestimenta cambió tanto para el balonmano como para el vóleybol playa.

El lugar amenazado

Pero quiero volver a mi historia inicial. A los trece años, mientras jugaba en el torneo de básquetbol escolar de Santiago, un entrenador del Club Deportivo Universidad Católica se acercó a hablar con mi mamá y mi papá en las gradas del gimnasio. Una vez que se fue me acerqué a preguntar qué pasaba: «Tú puedes decidir lo que quieras, nada de esto es obligación. Pero este señor es de la Cato y quiere llevarte a jugar allá». Simplemente no lo podía creer. Ni siquiera entendí esa aclaración sobre la obligatoriedad, porque no sé en qué mundo podría haber rechazado una oferta así. Salté de alegría. Sería jugadora de la Católica. Usaría el número 10, el de la Vieja Reinoso.

Pertenecer a un club como ese es tal vez una de las experiencias más enriquecedoras que he tenido en mi vida. No solo porque el deporte tiene esos valores que blablablá, sino porque ahí tuve un contacto directo con otros mundos,

Ser de un club es un poco eso: estar en un lugar donde, bajo ciertas circunstancias, estás dispuesta a todo por tu compañera.

otras realidades. Esa gestión que el entrenador hizo con mis padres se había repetido en varias ligas de Santiago, y no solo en las que congregaban a colegios del barrio alto, como en las que yo jugaba. Para esa convocatoria llegamos niñas de todas partes de la ciudad, de situaciones económicas y sociales de lo más diversas, de realidades de todo tipo. Siempre he pensado que es lo más parecido que tuve a lo que debería ser el colegio como experiencia social y de crecimiento. Más aun: así debería ser la vida.

También teníamos mucho en común: todas amábamos el básquetbol; muchas (demasiadas) quisimos antes jugar fútbol; y, sin excepción, todas contábamos con alguien que nos llevaba a entrenar tres veces a la semana y a jugar el domingo, sin importar dónde fuera y cuánto costara llegar. Sé que el Club Deportivo Universidad Católica tiene fama de cuico, pero en ese grupo yo debo haber estado entre lo más cuico, mientras en el colegio —al menos por el barrio donde vivía— estaba entre lo más marginal.

No puedo explicar aquí lo que sentí la primera vez que me puse esa camiseta y salí a la cancha de un gimnasio con la franja en el pecho. Ser de un club es un poco eso: estar en un lugar donde, bajo ciertas circunstancias, estás dispuesta a todo por tu compañera, donde cada una es imprescindible para el objetivo, cualquiera que este sea. Y, lo más importante, donde cada confesión será un secreto que te llevarás a la tumba. Y así fue entre nosotras entre los trece y los dieciséis años: con ellas compartí los primeros amores, borracheras y padecimientos de la adolescencia. Hasta hice mi primer viaje en avión con ellas (era la primera vez para casi todas nosotras), a Rosario, Argentina.

Que no se piense que un club deportivo es pura ñoñería e intercambio entre cabezas de músculo.

Es posible que estas convivencias bajo un objetivo común despierten en la etapa de crecimiento de una persona las voluntades más nobles, como el sentido de lo colectivo y la confianza a

toda prueba. Por eso mismo imagino lo terrible que puede ser para una persona que no calza con la rígida y absurda norma biologicista de la tradición binaria tener que dar pruebas constantes de sus deseos. La atleta sudafricana Caster Semenya tuvo que enfrentar los más crueles cuestionamientos luego del Campeonato Mundial de 2009. En la prensa de todo el mundo se levantaron dudas sobre su sexo, que, además, estaban teñidas por un racismo impúdico. Fue sometida a una aberración llamada «test sexual» y se le impidió competir por mostrar índices elevados de testosterona. Hasta hoy, la atleta lucha por sus derechos, los cuales han sido sistemáticamente violentados. ¿Qué pasa, entonces, con la niñez trans? ¿Quedarán excluidas de cualquier práctica deportiva? ¿Tendrán que demostrar una y otra vez quiénes son?

Mucho de sesgo hay en estas polémicas, y mucha violencia y crueldad también. Hemos visto voces dramáticas pidiendo la exclusión de mujeres trans de las competencias femeninas, pero nadie parece protestar por los hombres trans en las competencias masculinas. Y es que todo tiene que ver con un lugar amenazado, aunque ese lugar ostente un mínimo de poder.

En los años noventa, el atleta chileno Sebastián Keitel fue considerado el «blanco más rápido del mundo». Por supuesto, eso significaba un enorme reconocimiento en el contexto de una disciplina ampliamente liderada por atletas negros, a pesar de que sus tiempos estaban muy lejos de los de sus colegas. Pero ¿cuál es realmente el sentido de eso? ¿Se entregaba también un premio al latino más rápido del mundo? ¿Era Keitel blanco o latino? ¿Y el asiático más rápido del mundo quién es? ¿Y el atleta indígena más rápido del mundo? Ya sabemos cómo es: estas clasificaciones solo intentan establecer un sujeto, el universal, y dejar por fuera a todos los demás, los que no son ese sujeto y, por lo mismo, no ostentan el merecimiento de particularidad. ¿Qué más da que sea una atleta trans la más rápida del mundo? ¿Queremos dividir el mundo así?

Por mí, que compitan todos juntos y que seamos capaces de ver los méritos en cada uno, como se hizo con Keitel, sospecho, por ser blanco.

Mi club

No recuerdo haber pertenecido a otro club en mi vida. Aunque hay una gloriosa excepción: el que yo misma armé siendo niña, con mis primos, cuya principal actividad era llevar adelante elecciones de presidente, senador y diputado, como eco inconsciente de las primeras elecciones que se realizaban en democracia el año 89. Yo, por supuesto, era candidata a presidenta.

Obligué a todos a ir a votar y, me atrevo a decir, a votar por mí. Salí elegida, ciertamente. Fue mi primer ejercicio electoral directo. Nunca milité en un partido político y solo me inscribí una vez en uno, de manera instrumental y por un brevísimo tiempo, para que la candidata que llevaban a la presidencia tuviera un lugar en la franja electoral. Es que de alguna manera siento que no podría tener la disciplina que requiere la militancia partidaria. Sí milito, en forma simbólica, en el lugar donde trabajo. Como una broma cruel del destino, ese lugar es la Facultad de Artes de la Universidad de Chile, el archirrival del clásico universitario. Y ya sé que «la patria, Dios y la universidad» representan hoy todo lo que más detesto. Detesto el patriotismo, no creo en dios alguno y la Universidad Católica, desde donde yo lo veo, carga con una historia infame de la que nunca se ha hecho cargo y que todavía influye en el quehacer nacional.

Aun así, con todo el compromiso que tengo con la Universidad de Chile y las personas que han logrado hacerla resistir a los embates de un sistema que desde la dictadura ha querido verla desaparecer, nunca me he puesto la azul. Y cada fin de semana, como un ritual, me calzo mi polera con la insignia de la UC, la 14 del Mumo Tupper, pongo delante el cenicero con el escudo cruzado que heredé de mi tía Delia y puteo frente a la radio, con toda la ilusión de que este año sí, este año sí que sí.

Patadas en la raja Galo Ghigliotto



Tenía más de cuarenta años cuando me enteré de que Carrera y Domínguez se tocaban en nuestra carpa. Dudo si fue solo durante un campamento o también en otros, porque no recuerdo quién me lo contó, ni en qué contexto. Y creo que debí quedar muy perplejo, porque tampoco recuerdo haber preguntado más.

La información me noqueó por varias razones. Primero que nada, porque éramos una patrulla grande: en un momento llegamos a ser diez integrantes. Diez integrantes que compartían una misma carpa en cada campamento. Además, éramos niños o adolescentes a lo sumo: Domínguez, por ejemplo, llegó con doce años a la patrulla; Carrera tenía catorce, yo quince. Los demás patrulleros eran bastante chicos, de once años en adelante. Y esos niños estaban bajo mi cuidado, día y noche, aunque a la noche estaban todos tan cansados que dormían como troncos. O eso pensaba yo. ¿Alguno de esos chicos se habrá percatado de los sobajeos –y quizás qué más– de Carrera y Domínguez?

Los jefes de tropa, unos tres o cuatro (jefe, sub-jefe, etc.), eran muchachos de entre dieciocho y veinticuatro años a lo mucho, pero tenían todo nuestro respeto y admiración. Eran, además, nuestro ejemplo de virtud, de compromiso, de sensatez, de fuerza, de resistencia. De hombría, en suma. Todos tenían como requisito mínimo

la condecoración más temida y codiciada, el «parche de supervivencia», cosida con orgullo en uno de los brazos de su camisa gris: la prueba de que habían pasado dos o tres días durmiendo a la intemperie en medio del bosque o de un descampado, realizando pruebas en solitario, comiendo solamente de un tarro de jurel y, con suerte, recibiendo como aliciente algún pedazo de chocolate. Pero, además de ser tipos duros, los jefes de tropa eran bondadosos y siempre buscaban nuestro bienestar.

Supongo que por eso habían resuelto que al principio fuéramos solo dos, Carrera y yo, los integrantes de una nueva patrulla. Como nos llevábamos tan mal en la que éramos compañeros, la Córdones, a los jefes de tropa, que nos consideraban «buenos elementos», se les ocurrió que quizás trabajando juntos podríamos mejorar nuestra relación y hasta llegar a ser amigos. Insisto: supongo. Así que decidieron resucitar una vieja patrulla que había desaparecido allá por los ochenta: Pumas.

(Estábamos en 1992, pero los ochenta sonaban como algo muy lejano.)

El plan era hacer una prueba de roles: el primer guía sería Carrera, yo el subguía, por seis meses; luego yo sería guía y Carrera subguía, por otros seis. Al final de la prueba ellos decidirían a quién dejar como guía en forma permanente.

Una segunda razón por la que me quedé tan impactado es porque nunca hubiese sospechado de la homosexualidad de Carrera. La de Domínguez era previsible. Siempre me esforzaba por que no lo molestaran a causa de eso, pero él también se defendía: varias veces detuve peleas protagonizadas por Domínguez, defendiéndose. Pero Carrera no daba esa impresión, o quizás distraía su chocopanda y el que se dejara crecer las uñas de los meñiques. Era poco dado a la risa, es más, creo que nunca lo vi reírse, siempre estaba como estresado, medio histérico. Tenía muy mala manera de expresarse, a veces no entendía lo que me hablaba. Inventaba o confundía palabras o decía «hueá» para todo lo que no sabía nombrar. «Tráeme esa hueá». Y yo «qué hueá». Me sacaba de quicio y yo lo sacaba de quicio a él. Nos odiábamos. Había llegado a la tropa porque su hermano, que trabajaba como cargador en la Vega, era amigo de uno de los jefes.

El inicio de la patrulla Pumas, cuando fue el turno de Carrera de ser guía, fue de las peores

temporadas que pasé en los scouts. Aunque nunca tan mala como el segundo campamento de mi vida, cuando era lobato, a mis diez años.

Por falta de cuórum de lobatos para el campamento de verano, a los pocos que fuimos nos repartieron entre las patrullas de la tropa durante los diez días que duró. En calidad de suches, por supuesto. Tuve la mala suerte de caer en la patrulla Leopardos, cuyo guía, curiosamente llamado Leopoldo, era un muchacho excelente, cálido y comprensivo, recto, buen líder. Pero el subguía era un imbécil; un tipo de apellido Mella que le hacía honor a su apellido, por lo dañino. Durante todos esos días se ensañó conmigo de manera especial y se esforzó por someterme a toda clase de vejaciones. Bueno, quizás exagero, pero: ir solo a lavar la loza de toda la patrulla al río, limpiar las letrinas, mantener el aseo de la carpa y de nuestro sitio, en fin. Y para colmo, ante cualquier mínima falta, me agarraba a patadas en la raja.

Mella fue quien me introdujo en esa tradición scout de usar el recurso de la patada en la raja con tanta facilidad como método punitivo o correctivo. Leopoldo no estaba cuando ocurría eso... aunque ahora que lo veo en retrospectiva, creo que tenía problemas para manejar a Mella, o simplemente hacía la vista gorda. No sé. Terminé ese campamento con disentería, de la pura pena y el estrés.

Humillación doctrinal

Carrera era una suerte de clon de Mella, en su actitud. Como guía, teniéndome como único patrullero, o sea, su subguía, se portó como un imbécil: mandoneaba, pedía que hiciera de todo y él, claro, no hacía nada. Siempre con un tono de pedantería absurda porque él era el guía y «tú tienes que obedecerme».

Una vez, en un campamento, me demoré en algo o no quise hacerle caso y trató de agarrarme a patadas en la raja. Lo mandé a la cresta y fui a hablar con los jefes.

Pero el resultado fue peor.

Esa noche fueron los sachem a sacarnos de la carpa. «Sachem» era el nombre que recibían los jefes supremos de algunos pueblos indígenas de Norteamérica. Pero en el caso de los scouts, al menos en este país, los sachem son un grupo secreto compuesto por algunos de los jefes, además de integrantes de la Ruta —lo que sigue después de la Tropa, dieciséis años hacia arriba—,

Salen en medio de la noche, se acercan a las carpas tocando un tamborcito y entonando un fúnebre canto: «Son los bravos sachem, hijos de la antigua raza de los indios manitú».

que se disfrazan de indios rayándose la cara, usando ponchos mapuche y cintillos de lana. Salen en medio de la noche, se acercan a las carpas tocando un tamborcito y entonando un fúnebre canto: «Son los bravos sachem, hijos de la antigua raza de los indios manitú». Luego gritan sus nombres de sachem: «¡Halcón! ¡Águila! ¡Cóndor!», etc. Cuando los escuchábamos cerca, ya sabíamos que iban a sacar a alguien de la carpa, básicamente para golpearlo, o de plano para humillarlo.

Era una humillación con fines doctrinales, supuestamente. Los sachem chilenos saltaron a la fama en 2010 cuando en un grupo scout de Viña del Mar golpearon a un muchacho, en su iniciación, durante tres horas hasta dejarlo en coma.

Esa noche los sachem fueron por Carrera y por mí. Nos apuntaron con las linternas a la cara para que no viéramos las suyas y nos obligaron a salir descalzos al frío. Así lo hacían siempre. Entonces, para entrar en calor, te hacían correr distancias cortas en medio del bosque, pisando los palos y las piedras, de lo cual no debíamos quejarnos, o seríamos castigados. Los castigos eran siempre patadas en la raja o hacer ejercicios o pruebas en corto tiempo. Y si no lograbas hacer esas pruebas, patadas en la raja. Luego los sachem hablaban, como indios supuestamente, es decir, de manera tarzanesca, para señalar lo malo que habías hecho, lo que debías corregir. En nuestro caso, la advertencia fue trabajar en equipo, Carrera y yo. Luego nos pusieron en posición para recibir patadas en la raja y empezaron: una, dos, tres, cuatro... más o menos cinco por sachem. Pero a Carrera le tocaron más, por abusador.

Al día siguiente la actitud de Carrera cambió. Quedó más dócil, menos arbitrario. Terminamos ese campamento sin ningún triunfo, pero al menos habiendo sobrevivido como una patrulla de dos personas contra otras tres patrullas de entre seis y nueve integrantes.

Meses más tarde fue mi turno de ser guía, Carrera mi subguía. El campamento siguiente lo ganamos, a pesar de ser solo dos. Los jefes me nombraron guía definitivo. Luego comenzaron a llegarnos patrulleros, chicos de entre doce y catorce años. Primero dos. Luego dos más. El campamento siguiente lo ganamos, también el subsiguiente. Creo que fue para ese campamento que llegó Domínguez.

A mis veintinueve o treinta, me encontré con Domínguez, una vez, saliendo de una farmacia junto a la clínica Santa María. Él me reconoció, a pesar de los años, e inmediatamente lo recordé. Estaba casi igual, solo que más alto: medio gordo pero de brazos delgados, pelo negro corto, pecas —aunque menos que en su infancia—, los ojos caídos, dientes largos, la expresión facial al hablar como de esos peces de Bob Esponja, lo prototípicamente amanerado de sus gestos. No recuerdo de qué hablamos, pero definitivamente no fue de sus andanzas con Carrera. De haber sabido en ese momento lo que me contaron después, por supuesto que le hubiese preguntado.

Domínguez, a diferencia de todos nuestros otros patrulleros, quienes habían elegido cambiarse a nuestra patrulla o venían de los lobatos, inauguró su vida scout en la Pumas. En ese entonces, a sus doce años, era un chico muy pecoso, gentil, a no ser que lo molestaran por sus modos y comenzara a pelear. Cuando tenía más confianza, como conmigo, se permitía ser débil y llorón. Recuerdo varios episodios durante un campamento tratando de contenerlo porque echaba de menos a su mamá. O porque lo molestaban mucho. Carrera lo trataba mal, le daba patadas en cualquier momento del día, solo porque Domínguez era lento, o porque sí.

Pero por las noches, en la carpa, mientras todos los demás dormíamos, se tocaban. ¿Se besaban? No lo sé. ¿Había consentimiento por parte de Domínguez? Tampoco lo sé. Y si era

consentido, por ambos, ¿por qué Carrera trataba tan mal a Domínguez durante el día?

Niños con uniformes

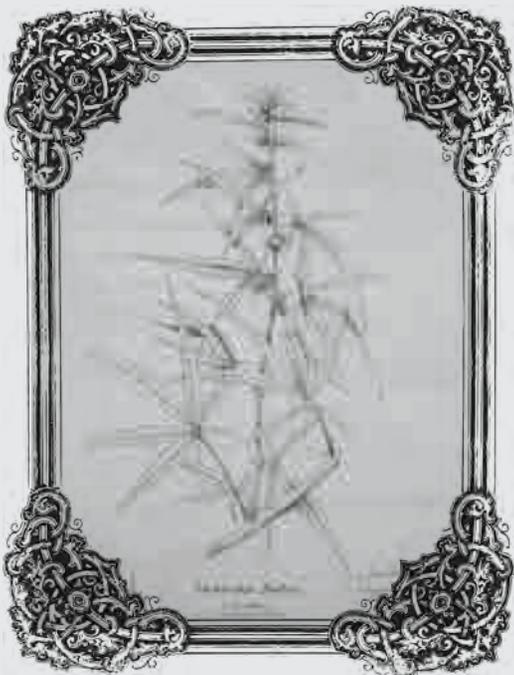
Nuestro grupo scout era bastante inusual, o quizás ambiguo. Para empezar, nuestro himno usaba la misma melodía que «Venceremos»; nunca supe si era como homenaje, o simplemente era muy antiguo y nadie la reconoció, o si era una parodia. No se hablaba abiertamente de política en esos días, no al menos en esos grupos. Todo era militarizado en los scouts, muy castrense, como el ambiente general de fines de los ochenta, pero siento que nuestros jefes alucinaban más con creerse revolucionarios castristas que GI Joe. Pero eso tampoco quedaba claro, porque nunca nadie fue explícito con su postura política, no al menos entre los jefes, aunque uno de ellos era de apellido Allende. Lo cual, claro, no significa nada.

Y en esa ambigüedad se cruzan de alguna manera el rumor de Carrera y Domínguez toqueteándose en la carpa, mientras todos dormíamos, y el uso constante de las patadas en la raja, del movimiento con la punta de la pierna extendida y tensa intentando tocar el ano ajeno. Y entre eso también se cruzan la adolescencia, la soledad y la compañía, las hormonas, el miedo, la competencia, el secreto, la vergüenza, la cobardía de reconocerse, de ser, todo eso escondido en uniformes e insignias.

En fin. Todo lo que es profundamente masculino.

El club de la alegría

Pía Supervielle



No es que me importen mucho los números, pero digamos que, a veces, ayudan; sobre todo si es para esbozar algunos rasgos de un país de características muy particulares e insólitas como Uruguay.

El asunto de los números es así: en Uruguay somos tres millones. Es una frase que nos gusta decir, repetir, es uno de esos lugares comunes que subrayamos con cierto orgullo, un guiño sarcástico en momentos álgidos, como cuando nos va pésimo en el mundial de fútbol (ver, por ejemplo, la insignificante actuación de Uruguay en Qatar). Ahí somos tres millones de directores técnicos. También somos, casi siempre, tres millones de opinólogos.

Hace diez años, los uruguayos estábamos muy enfrascados en discutir y opinar sobre un proyecto de ley sobre el cannabis. Uruguay es un país peculiar, tan peculiar que, en 1974, un año después del inicio de la dictadura cívico-militar, se legalizó el consumo de drogas. Estaba

Un club de cannabis puede tener 99 plantas, entre 15 y 45 socios y vender hasta 40 gramos de marihuana a cada integrante.

permitido consumir, pero cultivar, comprar, vender y distribuir no. Ahora, la nueva ley pretendía regular la producción, distribución y venta de marihuana en el país.

Los comentarios eran de lo más variopintos: que la ley legalizaba el estigma, que al fin se dejaba atrás el prohibicionismo, que el mercado negro iba a seguir, que era urgente combatir el narcotráfico, que iban a andar todos drogados, que fumar porro tiene riesgos irreversibles a largo plazo. Más de la mitad de los tres millones de uruguayos estaban preocupados; según una serie de encuestas publicadas en el segundo semestre de 2013, entre 58% y 63% de la población estaba en desacuerdo con la nueva legislación. El entonces presidente José Mujica intentó calmar los ánimos con su habitual contundencia: «La ley que se intenta es una regulación. No es un viva la pepa».

El martes 10 de diciembre de 2013, después de trece horas de discusión, el Senado uruguayo aprobó la ley 19.172 que regula la compra, producción, distribución y venta de cannabis. Esa madrugada muchos bailaron de alegría. Al día siguiente la noticia recorrió buena parte del planeta. La nota del diario británico *The Guardian* decía, por ejemplo, que era la ley de cannabis de más largo alcance del mundo.

Desde ese entonces, los uruguayos —siempre y cuando se hayan registrado y le hayan dado todos sus datos al Estado— pueden tener hasta seis plantas de cannabis en su casa, comprar marihuana en las farmacias (por si todavía quedaban dudas sobre las particularidades del país) o abastecerse a través de los clubes cannábicos de membresía.

Un club normal

Este era un texto sobre clubes así que finalmente aquí llegamos al núcleo del asunto. Pero antes un paréntesis más. En Uruguay tenemos algo con los clubes. Hay clubes sociales, deportivos, de cine, de lectura, de fotografía, de señores y

señoras que se juntan a discutir sobre música clásica, de reparadores de objetos que de lo contrario iban a ir a parar a la basura. Y hay, por supuesto, clubes de fútbol. Demasiados. Están los grandes, los que llenan estadios con sus hinchadas, y los que reúnen a un puñado de fanáticos cada fin de semana, son clubes de fútbol de ligas menores, de niños, de universitarios, de los papis del colegio y de fútbol femenino.

Y, desde hace una década, también hay clubes de cannabis.

Vuelvo entonces a los números del país pequeño: en Uruguay hay 283 clubes cannábicos de membresía, con 9.400 socios. Según datos del Instituto de Regulación y Control del Cannabis los clubes cannábicos son el sector que más creció dentro del mercado regulado. Y, en los últimos años, el crecimiento fue muy significativo; en 2020 se registraron 28 clubes; en 2021 lo hicieron 54 y en 2022 el número creció hasta los 70. Y para no abandonar los números, un club de cannabis puede tener 99 plantas, entre 15 y 45 socios y vender hasta 40 gramos de marihuana a cada integrante del club por mes. El precio de la membresía depende del club, pero a grandes rasgos los 40 gramos van desde los 80 hasta los 200 dólares. No es un precio demasiado amable para muchos bolsillos, pero los integrantes de los clubes son consumidores sofisticados y sibaritas, usuarios que buscan nuevas variedades y que están dispuestos a pagar una considerable suma de dinero por tener marihuana de muy buena calidad.

Advertencia: la marihuana en Uruguay está regulada y eso quiere decir que en los clubes, como en las farmacias, sólo pueden comprar cannabis ciudadanos legales o naturales o también los que tienen residencia permanente. Así que hasta ahora no hay buenas noticias para el turismo cannábico, aunque en algunos círculos se está dando la discusión del acceso universal. Mientras tanto, un integrante del legislativo de Montevideo propuso en marzo que se prohíba

el consumo de marihuana en espacios abiertos.

Uruguay puede ser un país estable, amable y feliz. Y otras veces puede ser todo lo contrario.

Juan Pablo y Matías siguen estas discusiones, pero se mantienen al margen. No son activistas de la marihuana, pero como tienen un club integran la Federación de Clubes Cannábicos de Uruguay. «Es un entorno muy macanudo el del cannabis. Tenemos un grupo de whatsapp donde intercambiamos información, nos consultamos dudas, compartimos genética», cuenta Matías.

Hace cinco años Juan Pablo trabajaba en una agencia de publicidad y Matías estudiaba Psicología. Matías vivía con su madre fuera de Montevideo y tenía un cultivo ilegal de cuatro plantas en su casa. Un día su madre se hartó y le dijo algo más o menos así: Te vas vos y tus plantas. Juan Pablo y Matías son hermanos. Un día estaban en la playa y entre chistes y números en el aire pensaron que tal vez podrían hacer un club en una casa que era de ambos y estaba inhabitada. Así que aprendieron de cultivos *indoor* con tutoriales de internet, invirtieron lo que tenían que invertir para acondicionar la casa, compraron deshumidificadores, aires acondicionados y toda la tecnología necesaria para que las plantas crecieran, trajeron del exterior distintas variedades genéticas de marihuana y finalmente montaron el club. De pronto el espacio dejó de ser una casa y se convirtió en algo que se parece más a un laboratorio.

El club de Juan Pablo y Matías ofrece entre cinco y diez variedades, pero siempre depende de la época del año, de la cosecha y de la demanda. «Algunas se agotan antes porque a la gente le gustan mucho», dice Matías.

Los hermanos explican, sin embargo, que la gracia es fumar variedades distintas; cada genética es un sabor, una sensación y un efecto diferente. Aunque a la variedad más pedida, como suele suceder con el plato más taquillero de un restaurante, es difícil sacarla de la carta.

El club de Juan Pablo y Matías no es un club de amigos, ni un club que se formó desde el activismo; es un club de integrantes que no se conocen, que jamás se vieron las caras, pero que mes a mes se trasladan hasta un lugar de Montevideo para recibir su paquetito de 40 gramos de cannabis y nada más. Y, claro, tienen un gusto evidente en común: el porro gourmet.



El club fantasma

Jacobo Zanella

1 Lo nuestro no era un club. Nunca nos reunimos con ese cometido ni hablamos de ello como una posibilidad. Creo que nos habríamos reído si alguien lo hubiera propuesto. Los otros tres miembros ni siquiera saben, ni se imaginan, que me estoy refiriendo a lo que compartimos como si hubiera sido un club. Pero siempre que leo a Karl Ove Knausgård, o cuando compro un libro suyo, o cuando simplemente veo el voluminoso bloque de volúmenes que ocupa en la biblioteca, o cuando me entero de que va a publicar algo nuevo, o me lo encuentro en Internet, o mencionado en el mail de un amigo, cosa que pasa a menudo, pienso en ellos, en nosotros, como los únicos lectores de su obra.

Leer a Knausgård no es haber leído un libro, o parte de un libro, es haber leído todo, las miles y miles de páginas, pues de otra manera no se le comprende. Lo suyo es eso, lo oceánico, la escala de la vida, no de la página, la línea interminable de pensamiento, y nosotros cuatro habíamos leído cada palabra, por eso pensaba, o pienso, que somos sus únicos lectores en esta ciudad (qué tan probable es eso, no lo sé, absurdamente me gusta dudarlo), y haberlo leído así, porque no solo eran los seis tomos de sus memorias, sino sus otros libros también, los desconocidos, los textos periodísticos, los ensayos traducidos al inglés, las entrevistas en donde habla de sus proyectos,

los libros que apenas se estaban traduciendo, en fin, y discutirlo todo con emoción, siempre, en reuniones y fiestas, en recesos de clases, en mensajerías y correos, durante años, hizo que su obra se colara en nuestros días, en la manera de mirar, de observar la luz, el tiempo, la ciudad, nuestros pasos en ella.

2 En esas conversaciones con el club fantasma que no sabe que existe, virtuales o en persona, salía todo aquello, siempre con cierta torpeza, la única manera que teníamos de hacerlo, de dejar salir un poco de lo mucho que entraba. A veces éramos como un espejo del otro, de la emoción al hablar. Por fugaz que fuera ese reflejo, era constante, necesario y estaba lleno de fuerza. Nos regresaba al lugar de lo inocente, del descubrimiento, del secreto y de las emociones literarias, que al mezclarse con la vida suelen ser un poco absurdas, pero maravillosas por el contraste. Y si alguien presenciaba aquellos intercambios, que se extendieron por años en todo tipo de situaciones sociales, quedaba automáticamente fuera, asombrado o aburrido —no había forma de hacerlo partícipe—, intentando precisar o alejarse de esa emoción que nos desbordaba cuando hablábamos de «KOK», esa escritura, el nuevo libro, la nueva escena, lo que había hecho en nosotros.

Que todo esto me parezca absurdo deja de serlo cuando sé que hay por lo menos tres personas más, cercanas, en la misma ciudad, en quienes también la obsesión tiene efectos similares.

3 Quizá uno no llega a Knausgård sino que se convierte, pues la resistencia es enorme. Siempre se podrá decir que de él se han leído sus obras completas, pues el libro que sale es el libro que se lee de inmediato, a veces sin esperar siquiera las versiones en español. Lee-mos, los cuatro, cosas muy distintas, he ahí la peculiaridad del espacio en donde se intersectan nuestros círculos. Es seguro que no hay otro autor en que coincidamos, no de esa manera, con esta urgencia. De distintas formaciones y profesiones, gustos y estados, signos y manías, son esos textos los que nos unen cuando nos encontramos. Pero a Knausgård parecemos leerlo igual. Qué inesperado, como descubrir que tuviéramos un antepasado en común. Como si esta intersección pudiera explicar, hasta ahora, las incontables coincidencias que tuvieron que suceder para llegar a esta ciudad enorme, todos de otros sitios, y de pronto irnos acercando, primero por amigos en común, luego por cuenta propia, conocernos, hacernos amigos, todo esto sin saber que había un escritor noruego que en el futuro escribiría unos libros que parecerían destinados a nuestras disertaciones, casi como si él nos hubiera elegido, y no nosotros a él.

4 Cuando estamos los cuatro juntos la correspondencia es más débil. Cuando somos solo dos, en cualquier combinación posible, es mucho más fuerte que cuando nos reunimos los cuatro.

5 Es curioso, ahora que lo pienso, que el club que formamos tiene, sí, un centro claro, ciertos libros publicados por cierto autor, pero es raro que entremos en los detalles, en lo muy específico, aunque sean libros que se pierden en los detalles y lo específico. Es como si el club fuera más sobre un concepto, sobre una idea inasible, que sobre lo pequeño, lo demostrable o lo que se puede reducir a un ejemplo. Es

más sobre la imaginación que sobre la metáfora, tal vez. Los libros son en apariencia mundanos, sus temas en apariencia cotidianos, pero nuestras interacciones como lectores parecen no tener como fin ese mundo físico, real del autor, sino algo que podría ser su opuesto: lo que sentimos al leerlo. O lo que sentimos al no poder expresar lo que sentimos al leerlo.

6 La obsesión por Knausgård. No siento ese tipo de curiosidad por ningún otro escritor contemporáneo, no de esa manera. Saber que vive, que está escribiendo mientras lo leemos, que se entera del mundo como lo hacemos nosotros, al mismo tiempo, que mis dudas podrían ser las suyas, que lo que ahora sentimos juntos podría ser parte de uno de sus libros futuros. Casi todos suceden en Escandinavia, en fechas específicas, y contraste esas fechas con mis viajes allí, y trato de imaginar la posibilidad de haber coincidido en alguna esquina, en algún bar. Que todo esto me parezca absurdo deja de serlo cuando sé que hay por lo menos tres personas más, cercanas, en la misma ciudad, en quienes también la obsesión tiene efectos similares. Amigos con bibliotecas en las que Knausgård ocupa un espacio visible. Porque, además de ser lectores activos y actuales de su obra, nos seguimos preguntando qué es lo que estamos leyendo en él. Nos seguimos formando una opinión de su escritura, pero quizá, sobre todo, de esa mirada sobre todas las cosas del mundo, de su mundo, que no es el nuestro. Es casi lo opuesto al nuestro.

7 Con A, una mañana, estuvimos haciendo una especie de inventario de las categorías de Knausgård: lo interior y lo exterior, lo cerrado y lo abierto, adentro y afuera, lo subjetivo y lo objetivo, lo personal y lo social, lo invisible y lo visible, lo importante y lo anodino.

Es como si el club fuera más sobre un concepto, sobre una idea inasible, que sobre lo pequeño, lo demostrable o lo que se puede reducir a un ejemplo.

8 En el cuarto libro de memorias, Knausgård menciona diecisiete libros de autores que en su adolescencia «deseaban lo mismo» que él. Llamé a esa lista de títulos, quizá erróneamente, el canon de juventud de Knausgård. Como el corpus de una tesis, comencé a leerlos. Le conté a B sobre esto, y que he estado consiguiendo y leyendo los libros, algunos difíciles o imposibles de conseguir, o solo en noruego. Llegué al lugar con una gran bolsa de tela con siete libros dentro. Los saqué uno por uno, contándole cómo los había leído, en dónde, qué me habían parecido. Al final saqué el volumen donde está la lista, la revisamos, ella recordaba esa página, por supuesto, cruzamos con un lápiz los que ya tengo, y hablamos de los once que faltan, y de cómo podríamos hacer una colección con esos diecisiete títulos, muchos traducidos por primera vez al español. ¿Tendría sentido? Hablamos luego de cómo ese «canon» se ha ampliado para incluir libros similares, que encajan perfectamente en ese espacio literario. La lectura de esa página había abierto un espacio en la imaginación de al menos dos lectores, y nos habíamos reunido una tarde a beber cerveza y hablar de ello, a explorar esa posibilidad.

9 Una noche coincidí con C en una fiesta. No sabía que iba a estar ahí. Me deslicé del grupo en el que estaba, fui hacia él y nos pusimos a charlar, más bien a gritar, por la música. No había hablado con él en meses. Lo primero que le dije es que había sucumbido a la serie de las estaciones, había comprado uno de los libros y estaba por terminarlo. Se emocionó porque él también había sucumbido, pero no había comenzado aún. De vez en cuando A le enviaba imágenes de las páginas que más le sorprendían, páginas que a su vez le sorprendían a él, hasta que al final decidió comprar el primer libro de la serie. Me preguntó qué me había parecido, le dije que había pasajes extraordinarios y otros

regulares, al parecer publican todo lo que manda, no hay alguien que realmente edite. Nos preguntamos de nuevo por qué nos gustaba tanto, aun a pesar de estas cosas, y dijo C que es lo más parecido a un vicio: no hay otra manera de explicarlo.

De los cuatro, C es el que más se pregunta qué es lo que tiene que nos atrae de esta manera. Me hizo recordar a ¿Alfonso? Reyes hablando del «gran documento» de Proust hace un siglo: «Obra asfixiante y blanda, que se apodera de nosotros con todas las atracciones de un vicio secreto. Cuando cerramos uno de aquellos gruesos tomos, nos quedamos como desilusionados: después del hartazgo de lectura, vienen las náuseas de la droga. Gran tema para un moralista, el discutir hasta qué punto es honesta una lectura que sólo incita a seguir leyendo, y no a ser mejor ni a vivir mejor».

10 Así era nuestro club. Knausgård era un gran punto en común. En cada ciudad del mundo habrá alguno, y entre todos formarían un gran club de desconocidos reconocibles en la lectura.

El mexicano Jacobo Zanella (Guanajuato, 1976) es integrante de Gris Tormenta, un taller editorial que reflexiona sobre la intersección entre escritura, lectura y la edición actual.

El spot

La mesa Té Club: El recuerdo y la felicidad

Florencia Doray



La mesa blanca de patas gastadas era mi casa de las tardes. Desde el suelo miraba los pies de mi abuela, apretados por las sandalias cuadrillé, que se colaban por debajo del mantel. Afuera, el rebanar del cuchillo sonaba como un tren. El crujido de la canela, la caída de las hojas en cascada, el crepitar del fósforo y la explosión breve del gas de la cocina marcaban el inicio de la ceremonia de la once.

La tetera del agua sostenía otra más pequeña, azul y enlozada. Era la del té, que calzaba justo sobre el agujero de la grande y se abrigaba con el vapor que subía hasta hacerla hervir.

Mi abuela asomaba la cara, como abriendo la cortina de un escenario: tenía el plato de pan tostado con mantequilla en una mano y el tazón pintado con la palabra «Recuerdo» en la otra. Yo me sentaba a la mesa para mirar cómo volcaba el té y el agua sobre un colador de metal. Revolvía con fuerza, para que los restos de las hojitas navegaran en el remolino marrón de mi taza. Algunas me hacían cosquillas sobre el paladar; me entretenía sacándolas con la punta de la lengua.

Cuando vino la escasez de tiempo, la tetera azul quedó guardada en el aparador y comenzaron las tardes de once comida: aparecieron sobre la mesa el huevo revuelto, el bistec, la palta, el tomate, el causeo y las bolsitas de té, que reemplazaron a las hojas.

Mientras escuchaba la teleserie de las ocho, mi abuela dejaba una olla con agua y coquitos de eucalipto sobre la estufa y ese era el olor de la espera. Ya estaba oscuro cuando volvía mi mamá, cargada con libros de castellano y pruebas para corregir. Se sentaba a mi lado y permanecía en silencio hasta tomarse el té; después de eso, nos contaba su día con detalles.

Su tazón era igual al mío, pero tenía escrito «Felicidad».

Era una época de palabras simples: betún, arcial, cotona, solera, embeleco, réclame.

Mesa lejana

Al inicio de la tanda comercial, los arpegios de una guitarra. Una casa de adobe en medio del desierto y una mesa larga de mantel blanco, con gente compartiendo; la mesa se pierde detrás de una duna; una niña recibe una cajita de té y los niños corren alrededor. La once instalada en un cementerio, una plaza, una iglesia, un puente a gran altura, una escalera angosta, la orilla del mar, una estación de trenes, una cascada, un

lago, un trigal, la ciudad. Un pescador toma té, unas amigas conversan, una madre sonrío, un señor elegante brinda, dos campesinos comparten la tetera al interior de un granero. Nadie habla. Se escuchan: el silbido del viento en el desierto, el tañer de los campanarios, la bocina del tren, el canto de los gallos, el ladrido de los perros o las risas de los niños. La voz profunda de Julián García Reyes interpreta la frase de cierre: «No hay otro club en Chile que tenga tantos socios como Té Club... Por calidad».

Sentada en la cocina, tomando once frente al televisor, vi una mesa llena de gente que llegaba hasta la orilla del mar. Replicando el movimiento de la taza en la pantalla, me sentí parte de esa cadencia que atravesaba Chile. Mi mesa, entonces, se extendió a territorios lejanos: Petrohué, Cabo de Hornos, Valparaíso, Santiago, Quilicura, Coipue, Caburgua, Antofagasta, San Pedro de Atacama, Andacollo. El calor de la cocina de adobe y el brasero encendido con el agua para el mate, el pan amasado y el queso de cabra; la frescura de la sombra de la parra sobre la mesa del patio; los lamentos del Pintos y el Bandido asomándose detrás del gallinero; el sabor de los frutos del naranjo, la higuera y el damasco: eso era la felicidad para Dennis Pastén. Todo eso, y también el olor a tierra húmeda, que aparecía cuando su mamá mojaba el piso del dormitorio y ella dibujaba caminitos sobre el suelo con su dedo índice.

En las noches, podía tocar el cielo. Desde su casa en la población Casuto de Andacollo se divisaban las montañas, el observatorio, las faenas mineras y el Cerro de La Cruz Verde, por donde bajaban los peregrinos hacia la iglesia chica y la iglesia grande, que parecía otro cerro en medio de la ciudad.

Era la menor y sus hermanos ya trabajaban en el mar. Su madre, Uberlinda Salinas, era baja, delgada, tenía el pelo corto, fumaba mucho y se reía siempre. En las tardes de parrón le había enseñado a amasar el pan, a formar las churrascas con las manos y a perderse en el rojo del brasero, mientras esperaba que su papá volviera del turno en la mina. Su nombre era Alfredo Pastén y lo apodaban «el Chiquito».

Un verano, sacaron la ventana del dormitorio que daba a la calle e instalaron un quiosco. Un amigo locutor les grabó una promoción y el negocio se hizo conocido en todo Andacollo. El comercial se escuchaba por el 94.1 FM de Radio

Invitaban a los vecinos a participar en la filmación de un comercial de una marca de té y les decían que el único requisito era ir pintosos y llevar su propia taza.

Génesis, con una música de mambo de fondo y un relato festivalero: «Cuando el sol toca la calle Simón Bolívar, ya está abriendo sus puertas El Chiquito, con gran variedad en artículos de paquetería, también genéricos, para sus malestares de estómago, periodos y analgésicos. Bebidas, helados, frutas, verduras, galletas, dulces, confites y el mejor carbón de espino, todo el día y todos los días. Como dice ella, la sonriente Ubita, no solo de pan vive el hombre, también de quiosco El Chiquito. Ya lo sabe, desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche: quiosco El Chiquito».

Las ventas se multiplicaron y Uberlinda fue rebautizada como «la Sonriente Ubita».

Dennis tenía seis años cuando pasó lo del Té Club. Esa mañana, su mamá le fijó el pelo con dos moñitos de mariposa y la vistió con un vestido blanco. Caminaron cerro abajo por la calle de tierra, pasaron el puente sobre la quebrada y llegaron al correo. Le enviaron una carta o tal vez un paquete a la tía Luisa que vivía en Arica. Luego, cruzaron hacia la plaza, que era abundante en sombras y todavía estaba pavimentada con adoquines.

Entonces, vieron la mesa.

La bolsita fue siempre, a la vez, dulzura y calor por un precio mínimo. En 1989, los estudios de BBDO mostraban que los chilenos más pobres tomaban ocho tazas de té al día. En los *focus groups* descubrieron que la mayor parte de ellos o sus padres venían de provincia y que en ese trayecto habían cambiado un horizonte sin límites por otro que entorpecía la mirada; habían dejado un lugar donde todos se conocían por la ciudad solitaria en plena multitud. Habían renunciado, incluso, al sentido del encuentro en la comida. Y no quedaban esperanzas de volver.

El equipo creativo de Martín Subercaseaux

imaginó un comercial que trajera de regreso ese horizonte perdido. En las primeras versiones, el cine de Patricio Bustamante transformó al paisaje en protagonista y creó una atmósfera donde cada mesa se veía como un integrante más del territorio, que se extendía con la llegada de los comensales. Más tarde, Ricardo Larraín cerró el encuadre en los personajes y sus historias: por eso, en sus películas, la mesa Té Club no siempre estuvo llena. La completaban el viento, el mar, los animales. En un plano inicial: un hombre sentado junto a su perro, llenando su taza con agua, en medio del desierto; en la imagen final, una familia pequeña compartiendo la once al pie de una nube gigante.

No había mucho presupuesto. Cargaron un camión con tablas, caballetes y manteles para armar las mesas. Así recorrieron Chile.

Las productoras Alejandra Etcheberrigaray y Patricia Navarrete llegaban unos días antes a los pueblos y se acercaban a las radios locales para convocar a los extras. Invitaban a los vecinos a participar en la filmación de un comercial de una marca de té y les decían que el único requisito era ir pintosos y llevar su propia taza. La gente se entusiasmó: algunos aparecían con su mejor tenida y aportaban con pan, teteras y azucareros a las filmaciones en pleno campo, que empezaban de madrugada. Otros, simplemente, se encontraban con la mesa.

En la plaza de Andacollo, Dennis y su mamá se terciaron con el camión. Una productora les contó que estaban filmando un réclame y las invitó a unirse a la mesa. Uberlinda puso a la niña sobre su falda, para cederle la silla al vecino que se sentó al costado. Les pasaron una taza y les dijeron que lo único que tenían que hacer era tomar once, así es que aprovecharon para conversar, comer y compartir, porque en este caso el té sí era de verdad, no como en algunas películas

En un plano inicial: un hombre sentado junto a su perro, llenando su taza con agua, en medio del desierto; en la imagen final, una familia pequeña compartiendo la once al pie de una nube gigante.

o teleseries donde los actores fingían que tomaban de una taza vacía.

Cuando terminó el rodaje, los de producción desarmaron las cosas, las cargaron en el camión y subieron rumbo al cementerio para grabar la segunda escena, con las dos iglesias de fondo.

La paga que recibieron por participar en el comercial fue una caja con cien bolsitas de Té Club.

Dennis y su Uberlinda caminaron de regreso a la casa: ya era la hora del mate.

El resultado de la campaña fue impresionante: la marca aumentó su participación en el mercado de un diez a un sesenta por ciento y la mesa Té Club se quedó en nuestro léxico.

Hubo varias versiones del comercial, pero en mi memoria todas se resumían en aquella que mostraba la mesa de los personajes opuestos. Hernán Antillo había escrito el jingle: «Los viejos, los niños; las gordas, las flacas; los cuicos, los lana; las altas, las bajas; rubias, morenas; doctores y enfermos; las lindas, los feos; los malos, los buenos. Todos son socios del mismo club, del mismo club».

La mesa es el club más grande del país, con sede en la biografía: la de la convivencia de fin de año de cuarto básico, cubierta por un mantel plástico con dibujos de cumpleaños, donde comíamos suflitos, un pedazo de torta y pan con paté; la de los dieciochos, con banderitas y sombreros, poblada por vasos y fuentes de todos los colores, tamaños y formas; la de los paseos de amigos en la playa, con vino, poesía y guitarreo; o la de los domingos, en la casa que ya no existe, con los viejos que partieron antes de que hiciéramos todas las preguntas.

Un tiempo después de la filmación, Mónica Rojas, dueña del único teléfono de recados de la

población, llegó hasta El Chiquito para avisar que tenían un llamado de larga distancia: la tía Luisa de Arica había visto un réclame de Té Club y quería asegurarse de que la niña que miraba a cámara con un tazón «Recuerdo» en la mano era su sobrina. Pasaron meses antes de que pudieran ver el spot, porque en esa época no llegaban todos los canales. A Dennis le gustó reconocerse en la televisión, pero le dio mucha pena que su mamá no apareciera en las imágenes, aunque ella sí había estado ahí, sosteniéndola.

A los seis años, aún no sabía que nada de eso era importante, porque la Sonriente Ubita de Andacollo ya era protagonista de su propio comercial.

Florencia Doray es académica de la Escuela de Publicidad UDP.

1

El club de los destructores de puentes

Jonnathan Opazo

Algunos malintencionados dirán que es una secta. La Agencia Nacional de Inteligencia quizá los tenga en algún expediente con el rótulo de sospechosos. Para sus vecinos no deben ser más que un inofensivo grupo de universitarios desnutridos de los muchos que llegan a la Universidad Austral. Ellos se hacen llamar a sí mismos El Club de los Destructores de Puentes y —según leí en un fanzine encontrado en un paradero—, «más que una banda de noise y rap, somos una agrupación de resistencia cultural contra el avance de ese monstruo de mil cabezas que es la civilización occidental en su versión winka».

Un amigo antropólogo me contó que los escuchó tocar en una sede social y vio cómo la gente abandonaba el lugar con un rictus de desprecio. Querían incomodar a todo y a todos, al parecer incluso a los que los invitaban a sus eventos en solidaridad con causas varias. Porque gritarle a un micrófono mientras tu acompañante amplifica y modula el ruido blanco de una radio china quizá esté muy lejos de la canción de protesta en su versión cuerdas de náilon o el reguetón con letras ácratas.

Lo de agrupación, por cierto, es también un epifenómeno de su evidente y sostenido alejamiento de la realidad: el Club de los Destructores de Puentes es en realidad un dúo. En los pocos videos disponibles en

YouTube vemos a dos jovencitos vestidos de negro, sus rostros cubiertos con pasamontañas, que frotan cables, destruyen juguetes electrónicos y gritan, por sobre todo gritan, consignas contra su principal y ubicuo enemigo: el monstruo de mil cabezas, etc. A simple vista, nadie con dos dedos de frente podría temer en serio que logran algo más que hacer música experimental, descargar emepetrés en softwares *peer to peer*, estudiar alguna carrera de ciencias sociales y practicar el robo hormiga en algún supermercado. Nadie salvo una persona: el detective Flores.

Así se hacía llamar en las muchas cartas al director que envió al diario *El Austral* entre marzo y junio del 2022. Allí advertía a los valdivianos del inminente peligro que significaban para «la muy noble y muy leal ciudad sureña y su clima republicano, de sana convivencia entre chilenos y alemanes» la presencia de «grupos que envidiaban el progreso de nuestra urbe, con su pujante expansión y diversificación».

Según pude averiguar tras seguirle la pista, Flores temía que, tras «la asonada izquierdista» de octubre del 2019, habitantes del sector Las Ánimas, «con evidentes influencias de carácter anarquista», pusieran en peligro las principales obras de conexión vial que conectaban a Valdivia con la carretera 5 sur. Había

encontrado además, en el Bاندcamp del grupo, la prueba definitiva: una canción que llamaba a «cogotear turistas / dinamitar el Calle Calle y el Cruces / el Caucau y el Santa Elvira / volver sin freno a lo salvaje».

Difícil averiguar si era paranoia, una tomadura de pelo o los delirios de un carabinero jubilado. El caso es que, para Flores, el Club de los Destructores de Puentes era un peligro evidente para la calidad de vida de la ciudad. Debo decir que la sola imagen de un jubilado escuchando las canciones abrasivas de dos chicos alucinados con crear el ruido más ominoso del sur de Chile me llena de ternura y emoción. De alguna forma, Flores y el Club de los Destructores de Puentes son dos estrellas menores que se alimentan mutuamente, solitarios armando trincheras en medio del mar de indiferencia que imponen los días con su curso implacable.

Al cierre de esta edición, ningún puente salió dañado y la civilización occidental en su versión chileno-sudamericana continúa intacta, pecho hinchado, avanzando hacia el futuro esplendor que el detective Flores anhela ver antes de dar su último respiro.

Jonnathan Opazo ha publicado *Ruina*, *Cangrejos*, *Cian*, *Junkopia* y *Movimiento de traslación*.

2

EMC

Alejandra Moffat

Un verano mi abuela nos reunió a la entrada de su casa en el campo. Llevaba una pila de revistas de la década de los setenta. Éramos trece nietas y nietos que escuchábamos expectantes sus instrucciones mientras nos repartía las revistas. La misión era clara: exterminar a las moscas que llegaban a invadir su casa por culpa de la lechería vecina. *¡Las tienen que perseguir con las revistas enrolladas! ¡Está prohibido atacarlas cuando se paren sobre las murallas blancas!* El Club MataMoscas era comandado por mi abuela que vigilaba estrictamente nuestros movimientos y nos hacía contar los cadáveres que iban cayendo sobre el suelo, el marco de las ventanas, los sillones, la mesa del comedor, los cubrecamas, las baldosas del baño y la radio. Cada uno mataba entre veinte a treinta moscas diarias. La ganadora o ganador de la jornada recibía una cucharada de manjar con sabor a gloria.

Yo nunca logré triunfar porque era piti y me distraía con las moscas de color azul tornasol, con las alas que quedaban pegadas en los vidrios y los moscardones que hacían un sonido de helicóptero. Me urgía entrenar.

Cuando volví a Concepción, donde vivía, tomé prestada una de las revistas de autos que mi papá coleccionaba y abrí algunas ventanas. Tuve batallas con moscas, zancudos, mosquitos de la fruta y polillas. Poco a poco mejoré mi técnica.

Soñaba que mi abuela me felicitaría por mi destreza y me regalaría una capa negra estilo Batman con un bordado *MM* (*MataMoscas*) en plateado. Seguro iba a poder comandar una nueva y ambiciosa misión: atacarlas en la lechería.

Al fin llegó el verano. Entré a la casa de mi abuela feliz, mi tío que vivía en España estaba de visita y comeríamos paella y turrone. En el pasillo había dos maletas y una caja envuelta en papel de regalo. Mi abuela abrió su regalo delante de todos y vi aparecer ante mis ojos algo terrible: un moderno matamoscas eléctrico. Una malla azul fluorescente que se enchufaba y atraía a las moscas como si estuviera rellena de manjar. Apenas tocaban la superficie con sus patas flacas recibían una descarga eléctrica. El sonido daba escalofríos. El Club MataMoscas había llegado a su fin.

A los dos días de instalado el horrible aparato se desató una tormenta. Teníamos prohibido salir y la abuela ya estaba al borde de un ataque de histeria de tanto tropezarse con nosotros: *Si no encuentran una entretenición voy a llamar a sus papás para que los vengan a buscar mañana.*

Recorrí la casa en busca de algo interesante con lo que pudiéramos jugar; estaba a punto de darme por vencida cuando vi una máquina verde media oxidada sobre uno de los libreros del living. Era una vieja máquina de coser.

Una prima propuso que les hiciéramos ropa a sus barbies. Aceptamos con la condición de que después pudiéramos jugar con ellas. Mi abuela limpió su pesadísima máquina de coser y nos enseñó a usarla.

Empezamos con pantalones y faldas diminutas. Aprendí a marcar la tela con tiza, recortarla, unir las partes con alfileres, enhebrar, hilvanar, probar el modelo en los maniqués y usar la máquina. Un día propuse que nos hiciéramos ropa para nosotras. Mi abuela nos llevó a una ropa usada de Los Ángeles para que compráramos telas, hilos y cierres. Le pregunté si podía comprarme algo negro y plateado, aceptó. Nos enseñó a leer los moldes de sus revistas de corte y confección y nos achicó modelos que nos gustaban. Le pregunté si me podía enseñar a hacer una capa, me midió y dibujó la forma en que debía recortar. Marqué con tiza la tela negra y la recorté. Luego marqué las iniciales en la tela plateada: EMC. Mi capa estilo Batman estaba a punto de ser real. Especialista en Moscas y Costura.

Alejandra Moffat, profesora de la Escuela de Cine y Realización Audiovisual UDP, es escritora y guionista. Su más reciente publicación es la novela *Mambo* (Montacerdos, 2022).

3

Honor y gloria a Gamal Abdel Nasser

Gazi Jalil

Hay un club al que hubiera pertenecido con gusto. Cerró a fines de los 70 convertido en una suerte de casino clandestino y sus miembros se declaraban orgullosos representantes de un país que duró apenas tres años, pero fue un hito cuya existencia llegó a oídos de uno de los grandes líderes mundiales del siglo pasado.

Descubrí la existencia de este club durante una investigación que realizo para reconstruir la historia de mi abuelo, Abed Yuseff Jalil Braim, un inmigrante palestino que fue uno de los primeros árabes que se radicó en la Patagonia. En las pocas pistas que dejó de su pasado nunca he encontrado una respuesta para comprender por qué escogió Punta Arenas para iniciar su nueva vida, tan lejos y tan distante de todo lo que conocía, mientras que el resto de sus compatriotas echaba raíces en el centro del país, con un paisaje y un clima que les era más familiar.

Cuando llegó, en la ciudad quedaban los restos del esplendor que vivió antes que la apertura del Canal de Panamá jubilara el Estrecho de Magallanes como paso obligado del comercio marítimo. Tal vez esos tibios destellos lo atrajeron hasta donde terminaba el mapa, pese a que apenas hablaba español. Había vivido bajo el imperio otomano y luego resistió la dominación inglesa que siguió en Palestina tras la Primera Guerra Mundial, así

que es razonable suponer que en Punta Arenas encontró algo de paz para convertirse en un próspero comerciante y formar una familia de cuatro hijos.

Solía juntarse con el puñado de árabes que también se había establecido en Punta Arenas, casi todos hombres, la mayoría de ellos dedicados al comercio. Eran una rareza en una ciudad construida por inmigrantes europeos, especialmente croatas, españoles, alemanes, italianos, ingleses y franceses, quienes hacían su vida social en torno a sus propios clubes. Entonces, ¿por qué no hacer lo mismo? Según los registros, el 13 de junio de 1934 fundaron el Centro Árabe, conformado por palestinos, sirios, libaneses y unos pocos griegos, invitados para hacer número.

La sede era una amplia casa, con una habitación adaptada como salón exclusivo para socios, adornado con gobelinos, cuadros de líderes árabes, diplomas y una fabulosa alfombra persa que era un lujo en esa época. En la otra sala funcionaba el bar, con una barra de extremo a extremo, y en medio una gran mesa de billar. La única señal de que adentro funcionaba el Centro Árabe era una placa de bronce atorillada en la entrada.

Si había algún musulmán en ese grupo, estaba a salvo de la mirada de Alá, poque allí se tomaba alcohol y se comía cerdo sin culpa alguna.

En sus estatutos, que ayudó

a elaborar mi abuelo, se señalaba que el club tenía como fin «unir a la colonia, ayudar a los pobres sin distinción y defender el nombre árabe». Bajo esta norma, sus socios participaron activamente en varias campañas benéficas, en especial para los damnificados del terremoto de Chillán en 1939, y apoyaron con firmeza la propuesta de convertir a Punta Arenas en un puerto libre.

Conservo una foto en sepia, donde salen dieciocho de los fundadores, entre ellos mi abuelo, que muchas veces ocupó el cargo de tesorero. Todos aparecen serios y elegantes, de cuello y corbata. En la pared del fondo se ve un retrato de O'Higgins y otro de Arturo Prat en pleno abordaje, tal vez en un intento por remarcar que, ante todo, se sentían chilenos.

No era mucho más lo que sabía de ellos, salvo que sesionaban los sábados, que el plato principal de la cocina era el kubbe, que renovaban la directiva cada año y que enviaban la información a Santiago para ser publicada en el periódico *Mundo Árabe*. Pero hace poco, revisando viejas carpetas, encontré lo que para mí fue un descubrimiento extraordinario: una copia de una carta enviada al líder egipcio Gamal Abdel Nasser. Está fechada el 3 de junio de 1959 y representa todo el espíritu patriótico que los mantuvo unidos durante décadas. Bajo la bandera de Chile y de la recién formada República Árabe Unida (RAU), le

confiesan «la admiración y el cariño del Centro Árabe de Magallanes, el más austral del mundo (...), conservando en su seno a originarios y genuinos representantes de esa tierra y a sus numerosos descendientes».

Se nota que habían enmarcado la carta, como si fuera un hito en la historia del club, cuyos socios veían en Nasser a una especie de Bolívar del mundo árabe, y a la RAU, formada por Egipto y Siria, como el inicio de la unión de todos los países árabes, tal como se sentían ellos al otro lado del planeta.

Mi padre, que conoció el Centro Árabe a los quince años, recuerda haber visto un cuadro con la foto de Nasser y la bandera roja, blanca y negra de la RAU izada en el frontis para las Fiestas Patrias, el 21 de mayo y el aniversario del club. También se acuerda de que la llevaban como estandarte cuando los socios desfilaban en actos cívicos, junto a otros clubes de colonia.

La RAU había nacido en 1958 y se acabó en 1961, pero en el Centro Árabe magallánico siguieron admirando a Nasser con sus luces y sombras, pronunciando encendidos discursos que glorificaban su figura. El día que escucharon por la radio que, bajo su liderazgo, Egipto, Jordania, Siria e Irak estaban a punto de atacar Israel salieron a celebrar a la calle, pero rápidamente los festejos se fueron apagando cuando se enteraron de que la

guerra había sido un desastre y que Palestina había sido borrada del mapa.

Se diría que, con el tiempo, sin los fundadores y sin el espíritu de Nasser, el Centro Árabe fue perdiendo su fuerza. El concesionario, para aumentar las pocas utilidades que obtenía, comenzó a admitir a todo quien quisiera entrar y pronto el lugar se convirtió en un bar de mala muerte, lejos del brillo que alguna vez tuvo. El salón principal siguió un destino peor, transformado en sala de juegos de apuestas, y así hubiera funcionado por más tiempo si alguien no hubiera hecho la denuncia a la policía.

Antes de que le pusieran el letrero de «clausurado», la directiva de entonces prefirió cerrar el club para librarlo de la humillación y reinaugarlo más adelante en otra sede, pero eso nunca ocurrió.

La puerta se cerró definitivamente a fines de los 70, sin despedidas ni ceremonia, y pocas cosas fueron rescatadas. Hoy me pregunto dónde estarán la bandera, los cuadros, la placa de bronce de la entrada y los gobelinos con motivos árabes. Sé que la mesa de billar fue donada y que el libro de actas pasó de mano en mano hasta terminar en la Universidad de Magallanes. Sé también que había una gran colección de fotos y otros documentos que están perdidos, aunque la carta a Nasser sobrevivió milagrosamente al olvido. Me fijo en quiénes la firmaron.

Son doce. Allí se leen, en cuidada caligrafía, apellidos como Chelech, Selim, Arabach y, por cierto, Jalil. Jamás lo supieron, pero ellos son los protagonistas de uno de los capítulos más alucinantes de la historia de la inmigración árabe a Chile.

Gazi Jalil es periodista y director de la Escuela de Periodismo UDP.

¿Qué estás leyendo?

Jorge Rojas

Periodista, autor de *Nosotros no estamos acá*

«Mi papá es Ismael Zambada García. El Mayo es su sobrenombre más común, pero también le dicen el Padrino, la Doctora, la Señora, y las personas más cercanas, como mi compadre Chapo, lo llaman la Cocina». Estas son las primeras líneas de *El traidor: El diario secreto del hijo del Mayo*, de Anabel Hernández, uno de los libros más profundos que se han escrito sobre el cártel de Sinaloa. Y al decir «profundo» quizás me quedo corto, porque hay otros adjetivos más precisos para describir la densidad de estas páginas: sorpresivo, revelador, riguroso, por dar algunos ejemplos. Todo esto en varios niveles: en la relación del cártel con el poder político, en el relato de las sangrientas guerras intestinas y en las operaciones comerciales de compra, venta y traslado de drogas.

El protagonista de esta historia es Vicente Zambada Niebla, Vicentillo, como lo llaman en Estados Unidos. Fue detenido en Ciudad de México en marzo de 2009 y un año después lo extraditaron a Illinois, donde llegó a un acuerdo para convertirse en «testigo colaborador», aportando antecedentes de otros miembros del cártel a cambio de recibir una menor condena. Su relato en aquel juicio, un diario secreto en el que contó su vida y las diversas operaciones en las que le tocó participar en los últimos veinte años, va mostrando los engranajes de esta transnacional de la droga: «La meta del cártel, como cualquier otro negocio, en este caso tráfico de drogas, es hacer dinero. Y con el dinero uno gana poder y capacidad de corromper», dice en esas primeras líneas. «El 99% de la Procuraduría General de la República son corruptos, no hay siquiera uno que no tome dinero», dice más adelante para dar a entender el alcance de ese poder que llega a la mismísima presidencia.

El traidor es también un mapa sobre la estructura de esta organización asentada sobre una compleja red de sociedades y rutas de tránsito

que les han permitido dominar más del 70% del tráfico mundial. Varias de esas historias eran desconocidas hasta la publicación de este libro, porque Vicente no era cualquier fuente. «Las narraciones del hijo del Mayo dejaban ver su inteligencia, su tristeza y a veces su ironía mordaz. Su anhelo de ser libre, su conflicto interno de pertenecer al cártel y a la vez repudiarlo. De amar a su padre y querer estar cerca y al mismo tiempo darse cuenta de que cada día se transformaba en un criminal como él», escribe Hernández.

Pero ¿cómo llegó la autora a un relato tan íntimo? Acá viene la historia de la historia.

En enero de 2011, Fernando Gaxiola, abogado de Vicente, la contactó a pedido de su cliente. Lo primero que le contó fue que desde 1998 la organización tenía contactos con la DEA y les daban datos de sus enemigos para que la Marina mexicana los tomara detenidos. Hernández pidió documentos y durante cinco años se reunió en secreto con el abogado, mientras iba llenando aquellos vacíos en donde el relato de Vicente no llegaba. En paralelo, Gaxiola corría su propia carrera, una contrarreloj: en noviembre de 2015 moriría de un cáncer. Ese sería su último acto. La luz verde para convertir todas aquellas conversaciones y documentos en este libro: un retrato del cártel de Sinaloa y un perfil sobre el



hombre que lo dirige en la voz de su hijo.

Anabel Hernández, *El traidor: el diario secreto del hijo del Mayo*, Ciudad de México, Grijalbo, 2019, 384 páginas.

Josefina González

Cantante, escritora y artista visual

Hace muy poco comencé a leer este libro de poemas que llegó a mis manos casi de casualidad. Es un libro breve y delicado, con ese vértigo de naufragio y tormenta que es de las cosas que más me gustan de leer poesía, aunque suene

cliché. Freud, el amor y la calamidad, chilenismos, herencias orales, slang y la melancolía de lo no vivido; poesía latinoamericana que nace de un cruce de carencias, infancias, violencia y un deseo desmedido por generar palabras que expliquen el misterio.

pero también yo
amigo gatuno
estoy enfermo
y tuve padres (de izquierda) que declararon:
es por tu bien
y fui engañado

Palabras que siento familiares y al mismo tiempo ajenas, imágenes que interpelan, formas que me asombran y renuevan el gusto por la lectura. Creo que hay pocas cosas más que se le puedan pedir a un libro como este, obra que además exige (como gran parte de la poesía local que me interesa) no temerle al efecto espejo de querer leer la cercanía.

las amistades hoy se rompen
por medios inalámbricos
nadie llora
nadie ríe ya pegado al tubo
del teléfono público salía a veces una moneda
escupida como
limosna del Estado



Martín Cinzano, *Temblor de párpado*, Santiago, Gramaje, 2020.

Claudia Jara Bruzzone

Escritora

Hace no tantos años una amiga me contaba cómo había comprendido el sentido del chilenismo «andar pajareando». Al internarse en el parque Huerquehue se perdió mientras seguía a un pequeño grupo de aves; su canto pareció hipnotizarla. Cuando por fin retomó el sendero comprendió su descuido, le pasó por andar pajareando, me dijo. En otra ocasión me tocó encontrar a las orillas del lago Budi a un profesor jubilado que había decidido destinar sus últimos años al avistamiento de aves. Perseguía en esa oportunidad a un martín pescador; ya anochecía

y mientras guardaba en su estuche el teleobjetivo explicaba susurrante y con calma que volvería al día siguiente; buscaba la captura perfecta. Las aves parecen causar esos efectos, una maravilla ocasional despertada por su canto o una pasión duradera, absorbida con la calma de un monje.

Esta última forma es la que adopta J.A. Baker en *El peregrino*, texto –traducido al español el año 2016 por la editorial Sigilo– que condensa el seguimiento de los halcones peregrinos que visitaban la región este de Inglaterra. Durante diez años Baker registra la observación constante de estas aves, aprende sus hábitos, comprende sus preferencias y poco a poco, a través de la lectura, somos testigos de cómo su entendimiento sobre la naturaleza se modifica, alterando también su autopercepción: «Como en un ritual primitivo, sin tener conciencia, estaba imitando los movimientos de un halcón; el cazador volviéndose lo que caza», confiesa. Sin embargo, y sin restar importancia a lo anterior, la obra destaca por la delicadeza de su prosa, la prolijidad y belleza con que es capaz de describir lo observado: «Remoto como una estrella, el halcón planeó hacia el estuario, minúsculo tizón que ardió y fue consumiéndose en el fuego helado del cielo» es uno de los tantos ejemplos de cómo el lenguaje se reviste poéticamente en el texto, fruto sin duda de la pasión irrefrenable que siente por lo observado, pasión que deviene en obsesión que explica en parte la constancia de su trabajo y el esfuerzo consciente de traducir lo captado por sus sentidos a la escritura de la manera más fiel posible. En ese intento Baker es sobrepasado por los estímulos, la descripción meramente científica no es suficiente y cuando las palabras que elegimos para nombrar las cosas no dan abasto surge, inevitable, la literatura, lo que explica cómo un hombre sin vínculos aparentes con el mundo de las letras pudo escribir una obra considerada hoy como uno de los mayores clásicos de la literatura de naturaleza.

Evidentemente la concepción de una obra de estas características hoy en día parece anacrónica y lo es. *El peregrino* fue publicado por primera vez en 1967, cuando aún el imperio de lo instantáneo no ejercía su avasalladora hegemonía, pero su lectura resulta particularmente refrescante al oponerse –diría «ontológicamente»– a las formas actuales de pasar el tiempo, como hacer scrolling en las redes sociales. Imaginar a un hombre con la tenacidad para perseguir, desde el otoño a la primavera, durante diez años a un grupo de

halcones parece descabellado para nuestros ojos acostumbrados a lo efímero, son esas locuras para las que el siglo XXI no nos tiene preparados, la extrañeza de lo permanente en un mundo donde las experiencias duran solo veinticuatro horas. La pasión con la que J.A. Baker escribe sobre los peregrinos nos conecta con aquella vehemencia irrenunciable que habita los rincones atávicos de nuestra memoria, fragmentos de humanidad que sobrevivirán a cualquier algoritmo.



J. A. Baker, *El peregrino*, trad. Marcelo Cohen, Buenos Aires, Sigilo, 2009, 224 páginas.

Alberto Arellano

Periodista y autor de *¿De quién es Chile?*

Hace poco leí un artículo del fogueado reportero estadounidense Robert A. Caro, quien ya bordea los noventa años, y que trata sobre la enorme tarea periodística que emprendió hace ya muchos años de escribir en varios tomos la biografía de Lyndon B. Johnson. El artículo está en *La vida toda* (bajo la cuidada edición de la deslumbrante Alma Guillermoprieto) y allí Caro cuenta qué significó y cómo abordó el desafío de enfrentarse a cuarenta mil cajas con treinta y dos millones de folios de información sobre su biografiado. El artículo, extraordinario de principio a fin, me dejó rumiando preguntas: ¿qué pasa cuando, a diferencia de este caso, la información que tenemos para contar una historia real es inicialmente escasa? ¿Qué pasa cuando, a diferencia de Johnson, a quien queremos retratar es a una persona más bien anónima o desconocida? Y, por último, ¿qué pasa cuando ese biografiado anónimo o desconocido no es contemporáneo sino que vivió y murió varios siglos atrás? Me parecía que ahí había dos puntos de partida –ambos con sus complejidades y méritos propios, por cierto– radicalmente distintos al abordar la investigación de un personaje y sus circunstancias. El molinero Domenico Scandella bien podría estar en las antípodas de Johnson (de hecho, lo está en prácticamente todos los sentidos). Menocchio, como era conocido hacia fines del siglo XVI ese personaje originario de la región italiana de Friuli, es el protagonista de *El queso y los gusanos*, libro del historiador Carlo Ginzburg publicado en 1976. Un campesino anónimo, un hombre sin importancia (al menos hasta entonces) y fuera

del foco de la corriente historiográfica dominante, preocupada más bien de las «grandes gestas» y de la vida de aquellos en los que ha recaído el peso de las grandes decisiones. Lo fascinante del libro, además de la historia que cuenta –Menocchio, tal como se advierte desde un comienzo, es condenado a la hoguera por la Inquisición–, es cómo Ginzburg logra rearmar los aspectos subjetivos de su existencia. ¿Cómo llega a cuajar en la cabeza de Menocchio que el origen de la vida remite a una masa inorgánica como la que hace el queso con la leche y de la que salen gusanos y que esos fueron los ángeles? ¿De dónde surge tamaña cosmogonía? La clave del ejercicio que hace el autor es que en ese intento de explicación está el retrato de una capa importante de la cultura popular de entonces. La microhistoria bien hecha tiene esa virtud: logra iluminar una realidad más amplia, una época si se quiere. Y ahí está la belleza de este libro: en la reconstrucción del imaginario o la representación del mundo de un ser insignificante, pero a la vez enorme.



Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos: el cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Ariel, 2019, 304 páginas.

Nayareth Pino Luna

Escritora y profesora

«¿Bertoni la seguirá amando?», me preguntó Carlos mientras veíamos una de las pinturas de Cecilia Vicuña en la exposición *Soñar el agua*. Una pintura precisa de un hombre que sin duda era él. Ese día recordé que tenía un libro de Bertoni sin leer y en un santiamén entré en esa simpleza, en esa vulnerabilidad decidida. No queda otra son los versos de un hombre que no tiene de qué avergonzarse. Pienso en la fatalidad de la lengua, una idea de Barthes que siempre me repito: la lengua es radical, la palabra es radical. Bertoni escribe desde otra orilla. Una lengua que se traduce en un pensamiento que está de paso. Una lengua que reconoce su propia ignorancia, insuficiencia: «No tiene remedio/ Pensar y aceptar/ Nada más» (263). Me quiero quedar por un rato en esa orilla, defendiéndome «con pequeñas sacudidas de palabras» (139).



Claudio Bertoni, *No queda otra*, Santiago, Cuarto Propio, 2014, 302 páginas.